**Luis Braille**

**La historia de un genio de singular**

**"relieve"**

Carmen Roig nace en Montevideo (Uruguay). Desde 1989 reside en Madrid, trabajando en lo Dirección de Cultura de la ONCE, como técnico de Publicaciones. Además, realiza lo revista infantil "Trasto", es secretaria de redacción de la revista "Integración" y jefe de redacción de la revista "Tercer Sentido" todas ellas editadas por la oNCe.

Ha publicado las siguientes obras:

Por tres continentes: diálogos y testimonios. Cuadernos Horizontes, N° 4. Fundación Braille del Uruguay, Montevideo, 1975.

Revistas para niños ciegos. Cuadernos Horizontes, N° 8. (En colaboración con María del Ca rmen Ramadori y Enrique Elissalde). Fundación Braille del Uruguay, Montevideo, 1979.

El Cuento de Cecilia, Ediciones "El Mácaro", Colección "La voz del Maíz", N° 5. A cargo del Proyecto Interamericano de Literatura Infantil (PILI), Ministerio de Educación de Venezuela, Organización de Estados Americanos (OEA), con ilustraciones de Roberto Broullon, Turmero, Estado Aragua, Venezuela, 1981.

Un viaje feliz (libro-juguete para niños). Fundación Braille del Uruguay, Serie Los Transportes, Montevideo, 1981.

Un cuadrado es un cuadrado (cuento para niños). Fundación Braille del Uruguay, Serie "Historias Geométricas", Montevideo, 1981.

Circunferencia con cinturón (cuento para niños). Fundación Braille del Uruguay, Serie "Historias Geométricas", Montevideo, 1981.

Cuento con triángulos (cuento para niños). Fundación Braille del Uruguay, Serie "Historias Geométricas", Montevideo, 1981.

Las hadas desdentadas (cuento para niños). Fundación Braille del Uruguay, Serie "Historias Geométricas", Montevideo, 1981.

El sueño de Ua (cuento para niños). Fundación Braille del Uruguay, Serie "Historias Geométricas", Montevideo, 1981.

El rombo Julián (cuento para niños). Fundación Braille del Uruguay, Serie "Historias Geométricas", Montevideo, 1981.

Encuesta sobre recursos técnicos del sistema braille y el libro hablado en América Latina. Cuadernos Horizontes, N° 14. (En colaboración con Patricia Hauser y Enrique Elissalde). Fundación Braille del Uruguay, Montevideo, 1985.

Discurso pronunciado en ocasión de recibir la orden al mérito "Jorge Taramona Miranda", otorgada por el Consejo Panamericano Pro Ciegos.

Fundación Braille del Uruguay, Montevideo, 1985.

Mujeres Ciegas en América Latina, Fundación Braille del Uruguay (En colaboración con Enrique Elissalde), Montevideo, 1985.

Protesta ante la muerte de Antonio Vicente Mosquete (Poesía), incluido en "Un Cuaderno para Antonio". Unión Latinoamericana de Ciegos, Col. Fondo Tiflológico Latinoamericano, ONCE-FBU, Montevideo, 1987.

Túnez: una cita con la historia. Cuadernos Horizontes, N° 25. Fundación Braille del Uruguay, Montevideo, 1987.

Catálogo de Materiales en Relieve. ONCE, Madrid, 1993, reediciones en 1994 y 1995.

Los botines del abuelo. II Certamen Literario "Ana de Valle", Ayuntamiento de Avilés, Colección Hoja de Laurel, Avilés, 1997.

CARMEN ROIG

LUIS BRAILLE

La historia de un genio de singular «relieve»

Diseño de la portada: RR. PP. y Publicidad de la ONCE

Coordinación de la edición: Dirección de Cultura de la ONCE

Primera edición, 2000

ONCE Dirección General

Calle del Prado, 24 - 28014 Madrid

© Carmen Roig

© ONCE Organización Nacional de Ciegos Españoles

ISBN: 84-484-0228-6 Depósito Legal: M-6.765-2000 Impreso en España por IRC, S. L.

A todas las personas ciegas (y sus padres y madres) que, por causa de la deficiencia, y para recibir educación, han tenido que afrontar la dolorosa circunstancia de separarse de los seres queridos.

NOTA. Esta obra está basada en la vida de Louis Braille (1809—1852), pero no se trata exclusivamente de una biografía sino de una novela. Aunque las fechas, los sitios, las situaciones y la mayoría de los personajes son reales, también la autora se ha tomado la libertad de crear o imaginar otras y otros movida por la única y sana intención de acercarnos el personaje e interesar al lector.

Después de haber barrido una y mil veces las losas del suelo, Monique estaba extrayendo ascuas del fogón y colocándolas en braseros para calentar los dormitorios, mientras Luis, sentado en su mecedora, junto al fuego, deslizaba las yemas de sus dedos sobre brillantes tachas de bronce, clavadas sobre maderas, que formaban letras y palabras. De pronto alzó el rostro hacia su madre y preguntó:

—¿Tardará mucho en volver papá?

—Ya debería estar aquí. Quizás se haya entretenido en casa del señor Du Bois. ¿Por qué no te acuestas?

—No, quiero ver a papá. Cuando él llegue, me acostaré enseguida.

Media hora más tarde, al entrar el padre, Luis saltó de su asiento y corrió a sus brazos, al tiempo que preguntaba:

—¿Cómo te fue en París, papá?

—Muy bien hijo —y con la voz algo quebrada agregó—: podrás ingresar al Instituto.

—¿Me enseñarán a leer y escribir?

—Sí, te enseñarán a leer y también música.

La madre, con la espalda fuertemente oprimida contra la pared, secaba sus lágrimas con la punta del delantal, a la vez que dedicaba a su esposo desesperadas miradas de angustia, mientras continuaba el torrente de preguntas de Luis:

—¿Dónde está? ¿Cómo es? ¿Cuándo podré ir?...

—Mañana hablaremos de todo eso —afirmó el padre— ahora es muy tarde y debes irte a la cama.

—Mamá, ¿dónde estás?

—Aquí estoy, hijo —replicó Monique, tratando de disimular las lágrimas.

—¿Qué te pasa? ¿Estás llorando?

—No, hijo. Me ha entrado humo del fogón en los ojos, eso es todo...

Las horas pasaban lentas y ni Monique ni Simón Braille lograban conciliar el sueño. La casa, ubicada en la esquina de dos callecitas del pequeño pueblo de Coupvray, lucía un cartel de madera sujeto con cadenas a un soporte de hierro adosado a la pared, donde podía leerse: "Braille — Bourlier".

El viento movía el cartel que rechinaba con un sonido acompasado y a su ritmo la señora Braille sollozaba en silencio.

Luis y sus padres dormían en la sala común, (que poseía una puerta que daba a la calle), y en la que se desarrollaba buena parte de la vida de la familia. Allí también comían y cenaban; allí estaba el horno donde se cocía el pan, los arcones de madera donde se guardaba, el fregadero donde se lavaban los enseres.

La cama de Luis se encontraba junto a la pared que hacía ángulo con la cama de sus padres; esta última, estaba metida en una especie de nicho, construido para aprovechar el hueco de la escalera, y discretamente cubierto con una cortina a cuadritos blancos y rojos, que la separaban del resto del ambiente.

A continuación del horno, estaba la estufa de leña, con el escudo de la familia encima, frente a la cual solía sentarse Luis. En medio de la sala, se encontraba una gran mesa de madera con largos bancos a sus lados.

Todo lucía impecable, dentro de su rusticidad.

Otra puerta daba acceso a una escalera que conducía al piso superior, donde había tres habitaciones. En una dormía la hermana mayor, Catalina, con su esposo; en otra, la segunda de las hermanas, María Celina, de veinticuatro años cumplidos; y la tercera, que daba acceso a un pequeño jardín construido aprovechando un gran desnivel del terreno, estaba reservada para el hermano mayor, Luis Simón, que tenía veintisiete años y quien visitaba esporádicamente a la familia ya que se había independizado, marchándose a trabajar a otro pueblo.

Desde esa planta, se accedía al granero, ubicado bajo el tejado, donde se almacenaban los productos cosechados en el verano y el otoño que abastecían las necesidades de la familia.

La misma escalera, que conducía al piso superior, desde la sala común, descendía unos peldaños comunicando con el taller de talabartería y un pequeño despacho, que poseía acceso desde la calle lateral.

La escalera constituía algo así, como la espina dorsal de la casa.

—Me parece que hay ratones —susurró Simón y, corriendo las cortinas que ocultaban la cama, se dirigió a la puerta que daba acceso a la escalera.

En realidad, lo que deseaba era comprobar si Luis dormía, pues ansiaba dialogar con su mujer para hacerle comprender que sería mejor para todos, si enviaban a su hijo a París, para que se educara.

Vuelto Simón a la cama, los esposos dialogan en susurro hasta que la dura realidad y los recuerdos les trituran las palabras.

Monique llora desconsoladamente. La idea de separarse de su hijo la mortifica, a tal punto, que siente sus entrañas desmigajadas.

Trata de asimilar, a duras penas, la idea de que el niño debe instruirse. Ella, al igual que los demás, tampoco quiere que su hijo sea un mendigo el día que ellos falten, pero... Siente que la invade un sentimiento que podría calificarse de odio, pero, incapaz de odiar a su marido, vuelca su resentimiento hacia el señor Du Bois quien —según interpreta ella— le metió en la cabeza a su esposo la idea de enviar a Luis a París, a una escuela de ciegos. Si hasta el nombre es horrible: Instituto Real de Jóvenes Ciegos... la palabra ciego le golpea una y otra vez en la frente, aunque evita, constantemente, pronunciarla porque no quiere afligir aún más a Simón.

Muchas veces él ha dicho que se siente culpable de la ceguera de Luis, porque a los tres años, jugando con una lezna, se la clavó en un ojo, mientras él, en lugar de vigilarlo, salió a despedir a un cliente.

Ahora, con espanto, ella recuerda la escena: el niño gritando en el taller, el padre que entra corriendo de la calle, ella que se precipita escaleras abajo y encuentra a su hijo con la cara ensangrentada. Los alaridos de los tres resuenan en sus oídos nuevamente... La angustia, la zozobra, la desesperante carrera hasta la casa del médico...

Al revivir cada uno de esos momentos, Monique se confunde y no sabe discernir cuál de los dos es el peor: si el vivido hace siete años, o este de ahora en que la amenaza de la separación de su niño ciego, le impide respirar...

Los recuerdos la torturan como clavos ardiendo. El ojo herido queda inútil. Al poco tiempo, también el otro resulta afectado. Monique rememora el momento en el que el médico diagnosticó una infección por simpatía.

Ella no entendió muy bien qué era eso, pero lo que sí comprendió fue que su hijo ya no vería nada, ni si quiera la luz del sol; que ya no podría ser talabartero como su padre, su abuelo, su bisabuelo... ni sería el compañero de la vejez, como auguró Simón el día en que Luis nació.

Simón, por su parte, también sabe que su hijo ya no será lo que él había soñado que fuera. Los recuerdos que se abaten sobre él, en este momento, aunque diferentes a los de su mujer, no resultan menos dolorosos. Hace apenas tres años tuvo que soportar las burlas y los crueles comentarios acerca del niño ciego, provenientes de los soldados que se vio obligado a alojar en su propia casa durante veinticuatro largos meses, mientras Francia estuvo ocupada por las tropas extranjeras, durante la guerra.

En esa ocasión, se juró que haría todo lo posible para que su hijo no fuera el hazmereír de nadie. Le enseñó todo lo que sabía, hasta a leer, y descubrió que Luis, a pesar de su ceguera, era el más capaz de sus cuatro hijos.

Por eso, cuando cumplió los nueve años, agotados ya sus conocimientos, confió su educación a Antoine Bécheret, el maestro del pueblo. Pocas semanas le bastaron al docente para reconocer que el niño es inteligente y aplicado, pero que sólo tendrá que limitarse a oír sus lecciones, ya que no podrá aprender a leer, ni a escribir como los otros niños, ni tiene libros donde estudiar.

Mientras Monique continúa arrancando angustiosos suspiros de su pecho, Simón evoca su firme decisión de colaborar con el señor Bécheret en la educación de Luis y las horas que se ha pasado en su taller clavando tachas de bronce, sobre listones de madera, previamente dibujados con las letras del alfabeto... Tachas con la cabeza redondeada, para no herir los tiernos dedos de su hijo, y que formaban palabras, frases, nombres...

El maestro apreciaba mucho la dedicación del padre, pero comprendía que no bastaba con ello. Por eso realizó todos los esfuerzos a su alcance para lograr que el niño fuera a París. En vista de la preocupación de los padres y la capacidad e interés de Luis por aprender, el maestro se puso en contacto con el granjero Michel, padrino de Luis y con el señor Du Bois, gran amigo de la familia, para que le ayudaran a convencer al señor y, sobre todo, a la señora Braille, de que esa solución era la mejor.

El primer problema con el que chocó el maestro fue el de que la familia Braille no disponía del dinero suficiente para costear los gastos. Entonces, en compañía del cura, que también estaba convencido de la inteligencia de Luis, se pusieron en contacto con la Marquesa D'Orvilliers, propietaria de grandes tierras y del castillo de Coupvray, dama generosa y solícita, para interesarla en la educación del pequeño ciego e hiciera lo posible por conseguir una beca.

Además de estas gestiones, fue necesario, y así lo quiso él mismo, que el padre del alumno fuera a París, a llenar la solicitud de inscripción.

Ese fue el motivo del viaje de Simón, quien no se atrevería jamás a contarle a su esposa lo espantoso y triste que era el local de la calle Saint—Victor número 68, rodeado de otros edificios vetustos, enclavado en uno de los peores barrios de la capital, cargado de humedad y pestilentes olores, provenientes de un río putrefacto.

No cesaba de comparar y contraponer, ese penoso lugar, con el paisaje de Coupvray, rodeado de suaves colinas, donde pastaban los carneros y se extendían los viñedos, donde las líneas sembradas se sucedían en varios matices, de verdes y amarillos a lo largo del año; donde el sol iluminaba el castillo de la marquesa y corría como un baño tibio por todo el pueblo y llegaba hasta su casa y se metía, juguetón, por las ventanas y la puerta de su antiguo y noble taller.

Un taller que, en invierno, su esposa entibiaba con brasas extraídas del fogón de la sala común, ubicado junto a la estufa de leña, frente a la cual Luis se sentaba en su mecedora, a repasar sus lecciones y las palabras que él le había dibujado con tanto amor, utilizando tachas de bronce.

A estas escenas familiares, cálidas y felices, a pesar de la desgracia de la ceguera, se oponían las pesarosas imágenes del oscuro, frío y maloliente París.

El lúgubre local donde tendría que vivir su hijo, durante el período de clases, se levantaba, como un fantasma, a los pies de su cama, sellándole los labios y haciendo zozobrar, en un proceloso mar de dudas, su todavía precaria decisión de separarse de Luis.

Si Monique lo viera, seguro que se deja matar antes de permitir que su niño viva allí.

Pero, a nosotros los hombres, Dios nos ha hecho machos, fuertes, resistentes. Las mujeres, en cambio, ya se sabe. Son unas blandengues. Luis, aunque no vea, es varón y podrá aguantarlo. Estoy seguro. Es preferible que sufra un poco ahora, antes de que se muera de hambre de adulto, por ser un ignorante.

El mes de diciembre de 1818 está promediando. Dentro de pocos días será Navidad y Simón siente que ésta no será como las anteriores. Una esperanza se abre, estrechando un dolor. El niño deberá partir... Quizás, algún día, puedan alegrarse al comprobar que no se han equivocado... Pero... ¿y si ese día no llegara nunca?... Simón interrumpe sus pensamientos ante la duda de que su mujer pueda llegar a percibirlos...

Pero no. Monique, por fin, se ha dormido. Cesa el viento y comienza a nevar. Simón siente que la nieve no está sólo afuera sino que también invade sus venas, helándole el corazón.

El 14 de febrero de 1819 fue un día de gran agitación para la familia Braille. Al día siguiente, a las nueve de la mañana, Luis partiría rumbo a París.

En realidad se habían vivido varias jornadas de agitación, preparativos y despedidas. Exactamente desde la tarde en la que llegó la carta firmada por el doctor Guillié, Director del Instituto Real de Jóvenes Ciegos, anunciando que Luis había sido aceptado como alumno y se le otorgaba una beca.

Luis tenía diez años. Los había cumplido el cuatro de enero. Ahora estaba henchido de interés y curiosidad por saber cómo serían su vida y sus estudios en París. Por supuesto que también le inquietaba separarse de sus padres, sus hermanas, sus amigos, sus vecinos... pero pensaba que ello no sería demasiado grave.

Su madre le recordaba constantemente dónde estaba cada cosa, cómo había colocado su ropa y repasaba, una y otra vez, que no faltara nada. También enviaba una carta al doctor Guillié donde le rogaba que Luis no pasara frío, le contaba qué le gustaba comer o hacer a su hijo y le encarecía, por todos los santos del cielo, que no le fuera a pasar nada malo a su niño.

A Luis le costó dormirse esa noche. Estaba muy agitado. Por su mente desfilaban las palabras de despedida y las recomendaciones de su padrino, su madrina, de sus tíos, de los amigos, del maestro, del cura... Había ido personalmente, en unos casos acompañado de sus padres, y en otros de sus hermanas, a despedirse de cada uno de ellos.

A Luis le costaba comprender por qué su madre se preocupaba tanto. Él se sentía mayor y sabía valerse por sí mismo. Tal vez si hubiera algún otro chico ciego en el pueblo, que ya hubiera hecho la experiencia de irse a un colegio, ella se quedara más tranquila. Pero no. Luis era el único. Eso significaba también que no tendría ningún conocido en París. Pero ese hecho no le asustaba. Al contrario. Siempre le interesó conocer gente nueva, distinta, que utilizara otras palabras desconocidas para él. Como su hermano mayor, por ejemplo. En las escasísimas oportunidades en que los visitara —Luis sólo recordaba dos— utilizó términos que él jamás había oído antes. Y resultaba divertido...

¿Le pasaría a él lo mismo? ¿Volvería a casa trayendo consigo palabras nuevas? ¿Y si a su padre, después, no le gustaban? Porque tampoco le agradaban las de su hermano mayor...

Su padre... ¿qué le pasaría últimamente? Estaba muy callado, casi se diría que taciturno...

Luis le preguntó si estaba triste porque él se iba, a lo que Simón respondió que todo lo contrario; que estaba muy agradecido a Dios, porque hacía poco más de treinta años que en Francia, un señor llamado Valentín Haüy, se preocupó por la educación de los ciegos. Antes de él, nadie les enseñaba a leer, ni aprendían geografía, ni historia, ni el cálculo que tanto le gustaba a Luis.

Esas referencias históricas sonaban, evidentemente, a excusas. Eran asideros que se buscaba el padre para convencerse a sí mismo y a los demás, de que no quedaba otra alternativa que no fuera la de la separación. Pero Luis notaba que el tono de su voz era diferente, se apagaba por momentos, aunque trataba de hacerse el fuerte.

No vas a llorar, ¿verdad?, le dijo la noche anterior. Y agregó: los hombres no lloran. Eso queda para las mujeres, que son unas miedicas. Los machos, como tú y como yo, tiramos para adelante, como los caballos y jamás nos quejamos. ¿Tú has oído quejarse alguna vez a los caballos? Nunca, ¿verdad? Las que chillan y alborotan son las gallinas, que son hembras, ¿te das cuenta?

Las palabras del padre volvían a su memoria y con ellas, los paseos que juntos realizaban por las calles del pueblo y por los campos vecinos, habiéndole de las cosechas, de los colores del paisaje, de las distintas formas de las hojas, de las piedras, de los bichos que atacaban a las plantas, oyendo, juntos, el rumor del río, o explicándole qué era eso del día y la noche, refiriéndole historias sobre unas estrellas que él jamás podría ver, pero que estaban ahí, igual que la luna, o que el mar que su padre tampoco había visto nunca...

Cuando tuvo edad suficiente para ello, sus padres le permitieron salir solo a caminar, ya fuera en verano, como en invierno. A pesar de las protestas de su mujer, Simón consiguió una vara, firme, larga y bien pulida, y le enseñó a usarla para que él pudiera ir por sus propios medios, hasta la casa del maestro. Alguna vez tuvo la sensación de que lo seguían, de que no lo perdían de vista, pero otras veces no. Quizás se convencieron de que él sabía sortear los obstáculos y, sobre todo, si se trataba de un sitio conocido, llegaba a dominarlo como si viera, como dijo una vez su padrino: ¡Este chico me deja pasmado!, exclamó, ¡parece que viera!...

Ahora recuerda aquel día en que un vecino le increpó:

—¿Cómo tus padres te dejan salir solo de casa? ¡Tú no deberías moverte de la silla! Te puedes caer.

Luis no se atrevió a contarlo en casa. En realidad, él se cayó muchas veces, pero ¿qué podía pasar? ¿Qué más malo que ser ciego?

Y, por suerte, Simón Braille hizo caso omiso a las críticas de sus vecinos. Su madre le permitía acarrear leña para el horno y la estufa y su padre lo llevó muchas veces al monte y hasta le autorizaba a cargar el hacha.

A Luis le encantaban los paseos en compañía de su padre y ahora pensaba con quién pasearía en París; si en París habría árboles con pájaros cantando al atardecer, si se sentiría el olor a heno y a estiércol de caballos, a pan fresco, recién salido del horno...

Pensando en todo ello se durmió tarde, a pesar de lo cual saltó de la cama cuando su madre lo llamó.

La leche humeaba sobre la mesa. Luis sabía dónde estaba, porque su madre la colocaba siempre en el mismo sitio. Mientras bebía, Luis pensó en cuál sería el sabor de la leche de París...

A las ocho y treinta, cargando el cesto con la ropa (entre la cual él había escondido la tabla con tachas donde estaba escrito su nombre y apellido), marcharon hacia la calle Saint Denis desde donde partía la diligencia.

Los últimos días del invierno aún dejaban sentir el frío y la primavera todavía se demoraría en llegar. A pesar de ello, el señor Bonet, quien conducía el carruaje que cubría los 35 kilómetros que separaban a Coupvray de París, afirmó que los caminos estaban transitables.

Muy pocos pasajeros se presentaron ese día. A cada uno de ellos, Monique le hizo recomendaciones acerca de su hijo. Al señor Bonet casi lo vuelve loco encomendándole una y otra vez el cuidado del niño.

Simón, que continuaba sin hablar mucho en los últimos días, se limitó a decir: ¡Ya está bien, mujer!

Cuando las ruedas comenzaron a moverse lentamente sobre el empedrado y los cascos de los caballos resonaron por la calle Saint Denis, Luis, acurrucado en el asiento trasero de la diligencia, lamentó no poder ver los rostros de sus padres. Apenas recordaba el de su madre y, aunque a menudo lo acariciaba con sus manos, ahora no podía hacerlo, ni verlo... se quedaban ahí, mientras él se marchaba... Experimentaba una mezcla rara de emociones y, cuando la diligencia enfiló hacia la carretera, sintió deseos de salir corriendo, pero no se movió de su sitio.

Simón pasó su brazo derecho sobre los hombros de Monique y apretó los labios, incapaz de decir una sola palabra. Allí permanecieron largo rato, de pie sobre la acera junto a la cual solamente la bosta de los caballos denunciaba el lugar donde había estado detenida una diligencia, que ahora se marchaba con la más preciosa de las cargas.

Monique sintió que sus ojos se habían secado. Que ya era incapaz de llorar, y si no fuera porque Simón la sujetaba por los hombros, hubiera corrido detrás del carruaje hasta quedar exhausta. Pero no se podía hacer nada. Nada más que rogarle a Dios y a la Santísima Virgen que no le pasara nada malo al niño y que ellos no se equivocaran al enviarlo tan lejos y tan solo.

El señor Bonet llevó a Luis hasta la puerta del Instituto. Hizo sonar el llamador y a los pocos segundos la puerta se abrió.

—Buenas tardes —saludó Bonet, porque ya eran las dos.

Hubo un instante de silencio, al final del cual, el hombre que había abierto señaló:

—¡Ah!, tú eres Luis, de Coupvray. Te esperábamos antes.

—Soy Luis Braille y vengo de Coupvray —replicó sin arrogancia, pero orgulloso de su apellido, el niño.

—Rápido, adentro, que es tarde.

—Un segundo más, por favor —rogó el señor Bonet—. La causa de la demora...

—Con sus excusas me demora más —replicó cortante el hombre. Tenía una voz seca y dura y sus vestimentas olían a humedad.

—Por favor —suplicó Bonet— tengo en el carruaje un cesto con la ropa del chico...

—No hace falta —volvió a interrumpir el hombre—, aquí se le proporciona todo. Puede llevarlo nuevamente a casa del señor Braille —y marcó el apellido, burlándose del orgullo con que el chico lo hubo pronunciado.

—¡No! —gritó Luis con desesperación.

Se hizo un breve y espeso silencio. Luis, rompiéndolo, dijo:

—¡Por favor, señor! Tengo en mi cesta algo que necesito.

Al tiempo que hablaba recordó que, envueltos en una suave y cálida servilleta, su madre había puesto cuatro panecillos acabados de hornear y que, en ese momento, él tenía hambre.

—Todo lo que necesites se te dará aquí. Vamos, ¡hale!, entremos que hace frío y no voy a constiparme por tu culpa.

El señor Bonet vio cómo el hombre empujaba al niño hacia el interior y la pesada puerta se cerraba ante sus narices.

—Avanza por este corredor y al llegar al patio, me esperas —casi le gritó el hombre a Luis, mientras pasaba las trancas a la puerta. El chico así lo hizo y cuando detuvo sus pasos al llegar al patio, oyó que el hombre a sus espaldas comentaba:

—Vaya, vaya, parece que Luis Braille sabe caminar —y otra vez marcó la palabra Braille, mofándose de él.

Luis se volvió frente al hombre y dijo con mucha modestia, pero a la vez con firmeza:

—Señor, usted sabe mi nombre, ¿tendría la bondad de decirme el suyo?

—Vaya, vaya. Parece que en Coupvray también saben educación —y agregó— : me llamo Paul Romain —marcando el apellido con tono burlón.

—Señor Romain, tendría la amabilidad de explicarme por qué se sorprendió de que yo supiera caminar.

—Porque aquí llegan muchos como tú, que no han caminado nunca y entonces es una lata tener que enseñarles. Por lo menos tú, me ahorrarás ese trabajo. Y no sé por qué te doy tantas explicaciones. Vamos, sígueme. Te enseñaré tu dormitorio.

Al atravesar el patio, Luis se desvió un poco y rozó el marco de la puerta que se abría sobre un largo y estrecho pasillo. Una vez en él, pudo seguir mejor a Paul, a pesar de que éste caminaba bastante rápido. Cuando se detuvo, Luis hizo lo mismo y el hombre señaló:

—Bueno, parece que también oyes bastante bien.

Luis oyó justamente que Paul extraía un manojo de llaves y abría una puerta. Penetró en la habitación y agregó:

—Entra. Éste es tu dormitorio. Allí sobre la cama tienes tu ropa, cámbiate, porque a las tres irás a ver al director.

Sin más cerró con llave y Luis escuchó sus pasos alejándose por el pasillo. Permaneció inmóvil unos momentos; hacía frío y tenía hambre. Sintió deseos de llorar pero recordó los razonamientos de su padre y pensó, para darse ánimos, que ya tenía diez años y que por fin aprendería a escribir y tendría libros como las personas que ven.

Sobreponiéndose a su angustia, recorrió el dormitorio, trató de reconocer cada mueble, cada objeto y por fin se sentó sobre la cama. Era dura y olía a humedad como el resto de las cosas y el edificio todo. París olía a humedad y era frío.

Evocó su mecedora, que estaría vacía, frente a la estufa y asoció, de inmediato, el hecho de que se había quedado sin la tablilla con su nombre y apellido y sin los panecillos horneados esa misma mañana por su madre. Y entonces, inevitablemente, sus ojos se inundaron...

Trató de sobreponerse. Puso atención a los ruidos que le llegaban del exterior, mojados por sus lágrimas.

Perdió la noción del tiempo, comparando olores, sonidos y sensaciones. Imaginó el camino de retorno del señor Bonet, su llegada al pueblo. Se preguntó quiénes irían a interesarse por él, ¿su padre?, ¿su madre?, ¿sus hermanas?, ¿el maestro?, ¿los vecinos?

¿Qué les contestaría el señor Bonet? ¿Qué diría su madre al ver que todas sus ropas, incluidos los panecillos y la tablilla tan celosamente escondida por él, volvían a casa?

Volvían las cosas, pero su dueño no.

De pronto, oyó que la llave giraba nuevamente en la cerradura. Saltó de inmediato, al tiempo que se enjugaba las últimas lágrimas, y se quedó de pie, firme junto a la cama.

—¡Cómo! ¿Aún no te has cambiado? —vociferó la voz de Paul, dentro del cuarto—. ¿Crees que el director te esperará toda la tarde?

Luis no despegó los labios. Ante su silencio y su inmovilidad, Paul declaró:

—Muy bien, irás a ver al director así como estás. Él juzgará tu conducta. Vamos.

Luis avanzó hasta el pasillo. Oyó que Paul cerraba nuevamente con llave y avanzaba con pasos molestos hasta que, en determinado momento, torció hacia la derecha. Cuando se detuvo, le informó:

—Ahora hay que subir una escalera. ¿Sabes hacerlo?

—¿Dónde está? —preguntó el niño, al tiempo que imaginaba la de su casa.

Por primera vez, Paul se acercó a él y, tomando su mano, comenzó a subir. La escalera finalizaba en un pasillo. Lo recorrieron hasta que Paul golpeó frente a una puerta.

—Adelante —replicó alguien, desde el interior.

Al penetrar, Luis se dio cuenta de que se trataba de una habitación estrecha, atiborrada de muebles. La voz de Paul resultaba ahogada por el ambiente.

—Señor director, éste es Luis Braille, y no es mi responsabilidad que se presente en ropas de paisano.

Tuvo tiempo más que suficiente para cambiarse y él me aseguró que sabía cómo hacerlo.

—Está bien, Paul —asintió el director, y dirigiéndose a Luis, agregó—: Buenas tardes.

—Buenas tardes —respondió el niño.

—Puedes retirarte —le indicó el director a Paul.

El celador giró sobre sus pasos y cerró la puerta tras de sí. El señor director comenzó a hablar:

—Si avanzas cinco pasos hacia mi voz, encontrarás una silla, allí, un poco más a tu derecha. Allí... muy bien, puedes sentarte. Mi apellido es Guillié y soy el director del Instituto Real de Jóvenes Ciegos. Hemos aceptado tu inscripción y desde ahora, si cumples con todas las reglas, serás nuestro alumno. ¿Comprendes qué quiere decir cumplir las reglas?

—Sí, señor —contestó el chico.

—Muy bien, una de nuestras reglas se refiere a la vestimenta. Aquí todos se visten igual, es el uniforme del instituto y lo debes llevar siempre en esta casa. Aquí se te dará todo lo que necesites. ¿Has comprendido?

—Sí, señor.

—Muy bien, ahora te leeré el reglamento y te explicaré cómo se rige la vida aquí.

El director, habló mucho rato, leyó mucho rato, explicó mucho rato. Nombró al padre de Luis, dijo lo que Simón había dicho que sabía hacer su hijo, mencionó al maestro de Coupvray, se refirió a la marquesa llamándola por su nombre completo Jeanne Robertine D'Orvilliers, y le recordó a Luis que gracias a ella le habían concedido la beca, ya que sus padres no poseían dinero suficiente para costear sus estudios y que, por lo tanto, tenía que ser buen alumno y no defraudar a quienes confiaban en él.

El director habló y habló y habló, pero en ningún momento le preguntó si había comido.

Luis lo oía con frío y mucha hambre, pero su voluntad de aprender, lo ayudaba a sobreponerse, a detener las lágrimas antes de que se asomaran... a ahuyentar los recuerdos de Coupvray...

El primer contacto que Luis tuvo con sus compañeros y profesores, no fue tan feliz y reconfortante como él había imaginado. Sus voces no denotaban alegría. Al contrario. Resultaban apagadas y adustas. Y eran muchas, lo cual le obligaba a realizar grandes esfuerzos de concentración para recordarlas todas.

Además, él que tanto disfrutaba aprendiendo palabras nuevas, ahora, de golpe, se encontraba con muchas que no comprendía, que aparentemente sonaban a órdenes o mandatos, cuando no despertaban la burla por su manifiesta ignorancia. Sólo una vez se atrevió a preguntar ¿y eso, qué significa?, porque la reacción de los demás fue tan desconcertante como agresiva.

Supo, además, que estaba solo en una habitación únicamente por un tiempo y porque era "nuevo" y que esa medida equivalía más a un castigo que a un premio. A todos los nuevos se les asignaba una habitación individual para que no echaran a perder al resto mientras se acostumbraban al ritmo de vida del Instituto y se observaban a fondo sus costumbres y reacciones. Una vez que lo consideraran "adaptado" pasaría a ocupar una cama en los dormitorios comunes, junto a otros quince o veinte alumnos. No logró determinar si esta perspectiva le alegraba o no. En cambio, le desilusionó por completo comprobar que en ese colegio no enseñaban a escribir.

Para leer, se usaban gruesos y pesados volúmenes, con las letras comunes impresas en relieve. Pero había sólo catorce libros impresos, de esa manera, por los propios alumnos.

Para escribir, se utilizaban grandes letras talladas en madera que laboriosamente se acomodaban sobre unas tablas con surcos que las sujetaban. Con ese lento y trabajoso método, sólo se conseguía escribir una o dos oraciones, bien para demostrarle a los profesores que se sabía hacerlo, bien para responder, brevemente, a alguna pregunta a través de la cual los evaluaban.

Aprender a leer, no le costó demasiado. Pese a que la forma de las letras de los libros no eran iguales a las que su padre le había enseñado, no tardó mucho en aprender a reconocerlas. La lectura era lenta y trabajosa ya que resultaba imprescindible descifrar un carácter antes de pasar al siguiente.

La mayoría de las lecciones se impartían en forma oral y Luis, a lo largo de los días, fue comprobando que no había mayor diferencia entre los métodos de ese colegio y los que utilizaba el señor Bécheret, su querido maestro de Coupvray. Más de una vez se preguntó si realmente valía la pena haber venido a París...

Le asignaron un aula donde había otros ocho alumnos. Sólo dos eran nuevos como él. Los demás parecían tontos. No mostraban el menor interés por aprender nada. Decían que se aburrían y se dedicaban a perturbar la clase o a realizar preguntas que más parecían insultos que dudas. Ninguno de ellos era de París y se expresaban de forma tan diferente que, la mayoría de las veces, Luis se quedaba en la luna o respondía en forma equivocada provocando la hilaridad del grupo. Y los profesores, en lugar de reprenderlos, permanecían impertérritos, sin decir ni pío. Al contrario. Daba la impresión de que ellos también festejaban las chanzas que le dedicaban sus condiscípulos.

Los hombres no lloran, se repetía, cada vez que las risas de los demás, sellaban sus labios.

Mentalmente los calificó de malvados, porque ¡lo eran!

Pocos días después de su ingreso, se enteró también de que, entre los alumnos y los profesores, existía una intrincada red de espías, soplones y adulones que se comunicaban unos a otros todo comentario u opinión dentro de los muros, que llegaban siempre, y sin que se supiera muy bien cómo, a oídos del director, quien repartía premios y castigos en base a las noticias que le llegaban, llevadas y traídas, cambiadas y vueltas a cambiar según por las gargantas que hubieran pasado.

Luis meditó largos días en qué hacer, en cómo comportarse para que lo respetaran. Al final, pensó que lo mejor era aprovechar al máximo las clases tratando de leer y entender los libros que pasaban bajo sus dedos, para ganarse, aunque más no fuera, la consideración de buen alumno. Aunque no tardó demasiado en descubrir que eso constituía también un fallo, al que se calificaba con el término de empollón.

Sin que supiera bien cómo, o en qué momento, sus ropas desaparecieron y no le quedó otro remedio que vestir el uniforme del Instituto, que no se correspondía con su talla, además de ser feo, áspero y lleno de humedad. Vestidos así, pasaban el día en el colegio, iban a la iglesia los domingos por la mañana y realizaban, de vez en cuando, demostraciones de habilidades en el propio colegio, frente a ocasionales, curiosos y descreídos visitantes. Hasta el momento, él no participaba de las mismas, porque era nuevo y no había adquirido aún la experiencia suficiente, según opinaban los maestros. Él estaba seguro de que era capaz de hacerlo mejor que sus compañeros de grupo, pero necesitaba convencer a los demás. Ya le llegaría la oportunidad de demostrarlo. Por ahora, era mejor así. Se evitaba pasar los nervios, que todos aseguraban pasar, cuando debían de leer en público.

Alguien le dijo, una vez, que entre los chicos ciegos encontraría verdaderos amigos, pero por ahora Luis no encontraba ninguno.

La asignatura que más le interesó fue historia, no sabía bien si por la materia en sí misma o por el profesor que la impartía. Este profesor era un joven ciego de veinte años que les manifestaba mucho afecto. ¿Llegaría a ser su amigo? Luis no lo sabía, pero por el momento trataba de poner toda su atención en las clases y el docente se mostraba conforme con su rendimiento.

Pero, a mediados de marzo, las fuerzas de Luis comenzaron a flaquear. Se sentía triste y sucio. En su casa él podía ir a buscar agua al pozo y bañarse una vez a la semana. Ya hacía más de dos años que lo hacía solo y disfrutaba ese momento con todos sus sentidos. Le gustaba cómo olía su cuerpo, restregado con una bolsita de espliego, después del baño. Limpio, fresco y perfumado se iba a la cama y esa noche, dormía feliz y plácidamente.

Aquí en París no había bolsitas de espliego. Cuando preguntó se rieron en su cara y se burlaron de él, durante un buen rato. Aquí en París, el agua era escasa; en el Instituto sólo había una sala de baño que los alumnos utilizaban únicamente una vez al mes. A Luis le correspondía bañarse un mes después de haber ingresado...

Y todos entendían que eso era lo mejor, ya que el bañarse muy seguido acarrea catarros y malas costumbres.

¿Llegaría alguna vez a enterarse de cuáles eran esas "malas costumbres"?

Luis sintió que sus fuerzas habían flaqueado tanto que terminaron por abandonarlo. Un domingo se despertó con la campana que indefectiblemente sonaba a las seis de la mañana. Sabía que tenía que desayunar, que a las ocho partirían en fila hacia la iglesia para oír misa. Sabía que si se retrasaba un solo minuto, tendría que afrontar un castigo. Sabía que los castigos eran severos. Sabía que la vida allí, estaba cronometrada, minuto tras minuto. Sabía todo eso, pero no se movió.

Inmóvil en la cama, sin ánimo ni para sentarse, su mente voló a Coupvray. En ese mismo momento, su padre avivaba el fuego en la estufa, la madre calentaba la leche, sus hermanas colocaban el pan, las tazas, las servilletas, sobre la mesa. Todo era movimiento, alegría, calor. Se apresuraban para no llegar tarde a misa. Ellas apelaban a sus galas dominicales para lucirlas frente a Dios y a los vecinos.

Ya el calor de la estufa invadía la sala y todos tomaban asiento en torno a la mesa con la jarra humeante en el centro.

—El pan, ¿te lo traes tú mismo, como siempre? —preguntó su hermana Catalina.

—Sí, sí, claro —respondió Luis y corrió al viejo arcón, alzó la tapa y el suave olor del pan, horneado el día anterior y amorosamente acomodado para el resto de la semana, lo embriagó de felicidad. Éste era un privilegio del que gozaba los domingos y no había peor castigo para él, que le impidieran ejercerlo. Los domingos el arcón del pan olía a paraíso. Tan convencido estaba de ello, que un día, en clase de religión, lo contó y el cura, sorprendido, preguntó:

—¿Cómo, cómo es eso?

Luis lo explicó mientras todos le oían en silencio. No entendía por qué se sorprendían tanto. En realidad, más se sorprendió él, cuando oyó que el cura le decía a su madre, en un tono bastante burlón:

—Voy a tener que probar su pan, señora Braille; según su hijo, ni la Virgen lo hace mejor que usted...

Su madre le miró asombrada. Pero más asombrado estaba él. Porque no había dicho eso. Y sintió rabia, porque se estaban burlando de él y también de Dios. Esa misma rabia mezclada con tristeza, lo volvió a invadir ahora junto al olor a paraíso que emanaba el arcón y se quedó con la tapa abierta, pensando que, si estaba en el paraíso, no podía albergar esos sentimientos, cuando oyó la voz de su padre:

—¿Qué te pasa Luis? ¿Te has quedado dormido? ¡Venga, que estamos esperando por ti!

Cerró la tapa y se dirigió a la mesa, al tiempo que dos gruesos y calientes lagrimones, que no sabía cómo disimular, corrían por sus mejillas.

Le ardían los ojos y le ardían las mejillas. La garganta era un nudo apretado, apretado y estaba a punto de... cuando unos suaves golpecitos en la puerta del dormitorio, lo sobresaltaron. Por un momento, Luis no supo dónde estaba, ni qué pasaba.

Los golpes volvieron a sonar y el chico sobreponiéndose, apenas dijo:

—Siii...

La voz de Nanette le llegó como un susurro:

—Luis ¿qué le pasa? ¿Se siente bien?

—Sí, sí...

—Bueno, muévase. Si no va a ser peor.

Oyó los pasos de Nanette alejándose rápidos por el pasillo y saltó de la cama. Si todo era terrible, ¿qué era lo peor?

Se vistió lo más rápidamente que pudo y cuando entró en el comedor, la avinagrada voz Paul le increpó:

—Braille, ha llegado usted con media hora de retraso. ¡Ya sabe lo que esto significa!

—Sí, señor —respondió humildemente.

—Bien; como castigo usted no irá hoy a misa. Deberá ayudar a limpiar después de cada comida y el resto del tiempo lo pasará recluido en su dormitorio.

—Sí, señor —dijo Luis, mientras sentía sobre su rostro, como una lluvia helada, las feroces miradas del celador y las risitas ahogadas de los otros muchachos.

—Por hoy le permitiré tomar su desayuno. La próxima vez, no. ¿Entendido? Los demás, muévanse, hay que ir a misa.

Un rumor de pasos invadió el comedor y se alejó, apagándose poco a poco por los corredores. Luis tomó asiento en la mesa más próxima. La voz de Nanette, le llegó como un tibio rayo de sol a través de un cristal:

—Vamos, niño Luis, ¿qué le pasa? Hace días que casi no prueba bocado. Está adelgazando y poniéndose pálido.

Mientras hablaba, colocó entre sus manos, una taza, conteniendo una leche que en nada se parecía a la de Coupvray. La leche de París era agria, y el pan no olía a paraíso, sino a infierno...

Los hombres no lloran, yo no soy una gallina, se repetía, para contener las lágrimas porque no quería mostrárselas a nadie.

Su dolor era suyo... no tenía con quién compartirlo. La voz de Nanette reiteraba las palabras de siempre:

—Vea, niño, siempre al principio se extraña. Ya se va a acostumbrar... Verá como dentro de unos días...

En ese momento, Luis tomó una determinación: no permanecería más allí. Se volvería a su casa, fuera como fuera.

—Venga, tómese de una vez el desayuno, que nos vamos a retrasar en la limpieza y habrá castigos, para usted y para mí.

La voz de la cocinera interrumpió sus pensamientos pero no su decisión.

—Oye, Nanette. ¿Tú sabes escribir?

—No. ¿Por qué me lo pregunta?

—Tengo que escribir una carta.

—¿Por qué no le pide a alguno de sus maestros?

—Imposible, ninguno me hará caso...

—Pero usted es buen alumno, niño, el señor Nicolle, su profesor de historia, lo aprecia a usted mucho; él quizás...

—Está bien Nanette, no te preocupes. Vamos a fregar todos estos cacharros.

—Pero, no ha probado bocado. Si se toma el desayuno, prometo buscarle una solución.

Nanette era la única persona en la que Luis confiaba entre cuantas había en el Instituto. Decidió ponerse en sus manos. Pero para ello, debía tragarse aquel horrible desayuno, si no, no habría trato. Ella ya estaba en la cocina. Luis se metió el pan en el bolsillo, se puso de pie y comenzó a recoger los jarros de sus compañeros. Repartió un poco de leche en cada uno, los apiló y se dirigió a la cocina. Fue hasta el fregadero y comenzó con su tarea, mientras Nanette limpiaba las mesas, acomodaba las sillas y barría el piso.

Cuando todo estuvo en orden, Luis anunció:

—Vuelvo a mi dormitorio, Nanette.

La mujer colocándole una mano sobre el hombro, le dijo:

—Escúcheme, niño. Yo no sé leer ni escribir. Pero, conmigo vive una sobrina que sí sabe. Tiene veinte años y es muy buena. Estoy segura de que ella le escribirá su carta.

Luis, por toda respuesta, le estrechó brevemente las manos y corrió a su habitación.

Se sentó en el borde de la cama y se dijo que no debía llorar, sino pensar en el texto de la carta. Tenía que aprovechar ese domingo, porque después no se vería a solas con la cocinera por mucho tiempo. En la cocina trabajaban tres mujeres durante la semana, pero los domingos hacían turnos, dado que la mayoría de los alumnos, salía de paseo, con parientes, amigos o padrinos. Él se quedaba, junto con otros pocos que no tenían con quién salir.

El domingo próximo estaría Adela, una vieja insoportable, y el siguiente, Eugenia, una tonta que ni si quiera sabía quién era él. El domingo que le correspondiera nuevamente a Nanette, no deseaba estar castigado, porque ello significaba quedarse sin ir a misa y eso era terrible para Luis. Necesitaba encontrarse con Dios. Era su consuelo en esa inhóspita ciudad. La iglesia era el único lugar aceptable de todo París. ¿De todo París? ¿Qué conocía él de París? Sólo el Instituto y la iglesia. Nada más. Pero qué le importaba el resto. El resto debería ser tan horrible como el Instituto. Tan horrible como ese pedazo de pan que tenía en el bolsillo, que comenzó a mordisquear mientras ordenaba sus hermosos recuerdos de Coupvray, junto a los espantosos de su vida actual, para entre esos dos polos, diseñar una carta que convenciera a todos de que debía volver a casa.

Mientras limpiaban la cocina, después del almuerzo, Nanette le dijo que estaba segura de que su sobrina le haría la carta, que le contara qué quería mandar decir.

—¡Ah! No —respondió Luis, que dudaba de la capacidad de la buena mujer para transmitir con exactitud cada una de las palabras que él quería utilizar—. Que ella venga aquí y yo se la dicto.

—Eso va a ser muy difícil, niño. Usted sabe que aquí, los alumnos sólo pueden recibir visitas autorizadas.

—Entonces, llévame a tu casa.

—Imposible. Tenemos prohibido salir con los alumnos salvo para ir a la iglesia, o a realizar algún trámite. Yo no tengo permiso ni para eso y menos para que venga a mi casa.

Luis titubeó. Ante tanta dificultad, a punto estuvo de contarle el contenido de su carta a Nanette. Pero intuía que debía exagerar un poco su dramática vida en París, para convencer a su familia. Y también intuía que la mujer intentaría suavizar la carta, cambiando sus palabras.

¿Qué hacer? ¡Qué desgracia ser ciego! ¡Qué desgracia no poder escribir una carta! No tenía forma de hacerlo... Conocía las letras, sabía leer y pasaba horas leyendo esos gruesos volúmenes impresos en relieve, pero hasta ahora, nadie le había enseñado un método por medio del cual pudiera escribir una simple carta.

Nanette interrumpió sus cavilaciones:

—Anímese, niño. Dígame qué quiere mandar decir...

—Perdóname, Nanette, no puedo... —respondió Luis y esta vez sí, no le importó que la mujer lo viera y lo oyera llorar. Lloró. Lloró para desahogarse y también porque sabía que su llanto terminaría por ablandarla, forzándola a hallar alguna solución.

Efectivamente, Nanette se enterneció. Enjugó sus lágrimas y con mucha suavidad le aconsejó:

—Vuelva a su dormitorio. Alguna solución habrá. Si viene Paul, que está furioso, porque hoy le tocó turno, va a ser peor para los dos. ¡Márchese! ¡Márchese, por favor!

Luis obedeció presuroso porque ella tenía razón.

Recluido nuevamente en su cuarto, comenzó a meditar sobre alguna forma a través de la cual los ciegos pudieran escribir...

Mientras limpiaban la cocina, después de la cena, Nanette le comunicó:

—Escúcheme, niño. Necesitamos un padrino autorizado, con el cual usted pueda salir los domingos. Entonces, con él se va a casa y mi sobrina le escribe la carta. ¿Qué le parece?

—Fantástico, pero ¿quién puede ser ese padrino?

—Bueno, yo puedo acudir a un matrimonio conocido. Son muy buenos y estoy segura de que nos harán ese favor.

—Sí, Nanette, sí. Pídeles que me lleven. Te aseguro que no los molestaré más que una sola vez.

—Pero hay otro problema. Ellos van a necesitar un permiso de su padre.

—¡Ay, Nanette!, qué complicado es todo aquí en París.

—No se preocupe. Vamos a hacer así: yo le pido a mi sobrina que le escriba una carta a sus padres explicando la situación y pidiéndoles que manden el permiso... Digo... si le parece bien.

Luis se quedó pensativo. Todo ese trámite entorpecía su vuelta a casa. Pero... ¿qué otra solución tenía a mano?

—Está bien, Nanette. Haz como tú dices.

—Dígame, pues, el nombre de su padre y su dirección.

—Mi padre se llama Simón Braille. Pero la dirección no la sé. Jamás tuve que escribir una carta. Es la primera vez que salgo de mi casa y no sé cómo se envía una carta para allá. Jamás nadie me lo contó. Ni yo lo pregunté.

—¿Qué hace su padre?

—Es talabartero en Coupvray.

—Hay otro talabartero en ese pueblo?

—No.

—Entonces si ponemos el nombre de su padre, su oficio y el nombre del pueblo, casi seguro que la carta va a llegar.

—Creo que sí —contestó Luis con un hilo de voz, abrumado ante tantas dificultades...

Comenzaron a pasar, lentos, los días. Luis casi no hablaba y se refugió en los estudios, pensando que, ya que iba a volver a casa, que por lo menos su sacrificio le valiera de algo, aprendiendo lo más posible en lo que le restaba de permanencia allí.

Un día, al retirar el plato que Luis apenas había tocado, Nanette le comunicó que la carta ya había sido enviada. Esa tarde, no pudo concentrarse en el estudio. Pensaba en su padre, en su madre, en sus hermanas. En su casa de Coupvray con la leña crepitando en la estufa. En su mecedora, vacía junto al fuego; pensó en los vecinos; en el cura; en su antiguo maestro. ¿También ellos lo echarían de menos, o vivirían su ausencia como un alivio? ¿Estarían tristes o no? Él había salido contento de su casa porque le gustaba estudiar y aprender. Pero ignoraba en aquel momento, cuánto iba a sufrir, qué distinta resultaría su vida... Ahora, arrepentido, le remordía la conciencia por haberse sentido dichoso cuando supo que podía viajar a París.

¿Lo estaba castigando Dios por haber sido tan desaprensivo? No, Dios no podía ser tan malo. Dios conocía sus sentimientos más íntimos y sabía que él no actuó con desprecio hacia su hogar y su pueblo natal. Que sólo lo movió el interés por aprender cada día más, como aseguró su maestro de Coupvray.

Por otra parte, algunos de sus compañeros, que no mostraban el menor interés por aprender, también echaban de menos sus hogares y sufrían como él. No. No era un castigo de Dios...

Y ahora, ¿qué sentirían sus padres? ¿Cómo habría redactado la carta la sobrina de Nanette? ¿Qué pensarían sus padrinos, cuando se enteraran de que él quería tener otros, aquí en París?

Pero, éstos no serían padrinos verdaderos... Casi nada en París era verdadero.

Bueno, si sus verdaderos padrinos, se molestaban, ya les explicaría personalmente el por qué y sabrían por su boca que, si se vio obligado a apelar a ese recurso, fue simplemente para poder salir, no a pasear, sino para que le escribieran una carta. Ya habría oportunidad de aclarar la situación. Mientras tanto sólo cabía seguir esperando. Y a todo esto, ¿cómo se llamarían los que iban a ser sus padrinos en París?

Finalizó la semana sin que Luis pudiera hablar con Nanette. La ansiedad lo consumía, pero no encontraba la manera de hacerlo sin comprometerse ni comprometerla. De nada le servía hacerse castigar pues no era seguro que le enviaran a limpiar la cocina y, aunque así fuera, Nanette no estaría sola.

Poco a poco, la salud de Luis se quebrantaba. Una mañana no pudo ponerse de pie. Estaba mareado, tenía fiebre y le dolía terriblemente la cabeza. ¿Y si me muero?, pensó. Quizás no sea lo peor. Tal vez sea lo mejor. ¿Sus padres, sufrirían mucho? Quizás no, porque ya estarían acostumbrados a su ausencia. Daba lo mismo estar en París que en el cementerio, ¿no? Y si me muero, ¿me llevarán a enterrar a Coupvray? ¿Será importante eso? Tal vez sí...

Yo prefiero estar enterrado en Coupvray, junto a mis abuelos. ¿Qué puede hacer un niño en un cementerio donde no conoce a nadie? ¿Acaso Nanette sería capaz de llevarme flores alguna vez? ¿Y por qué habría de hacerlo?...

Tengo que saberlo. Supongo que no me voy a morir hoy mismo, y menos dentro de un rato...

Debería levantarme para avisar que estoy enfermo, pero no puedo. Ya vendrá alguien.

Efectivamente, apenas transcurridos quince minutos, unos fuertes golpes sonaron en la puerta.

Era Paul, hosco y autoritario como siempre. Luis, con una débil voz dijo que no se sentía bien, pero el hombre no lo oyó. Al no obtener respuesta, Paul abrió la puerta y metiendo su cabeza dentro de la habitación, gritó:

—Braille, ¿qué le pasa?

—No me siento bien, señor Romain.

Paul metió ahora sus pasos, además de la voz, dentro de la habitación y se acercó a la cama.

—Tiene usted mal semblante —señaló—. Le pediré a alguna de las mujeres que venga a verlo.

Dios mío, haz que sea Nanette, rogó Luis en silenció.

Pasaron los minutos. Hasta que todos los alumnos estuviesen en clase, nadie vendría a verlo. Porque nadie podía ni quería romper la rutina cronometrada del Instituto.

Por fin sonó la campana y unos minutos más tarde Luis oyó unos suaves golpes en la puerta.

¡Gracias a Dios! ¡Era Nanette!

Sus primeras palabras fueron de recriminación: yo le advertí, niño, que si no comía se iba a enfermar, pese a lo cual obraron como un bálsamo para Luis.

—Nanette, no te preocupes por mi salud —se atropello el chico—. Dime mejor cómo se llamarán mis padrinos y si hubo respuesta de mi padre.

—Vamos despacio, niño. Le traigo buenas noticias —el corazón le dio un vuelco a Luis—, pero si usted no se cura, si no me hace caso, no va a poder salir, ni conocer París, ni escribir carta ninguna. A ver, ¡saque la lengua! Mmmm, ¡tiene mala pinta! Y tiene fiebre. Si para la tarde no mejora, será necesario que lo vea el médico.

—Escucha, ya me siento mejor. Dime qué noticias tienes.

—¡Un momento! Si usted promete tomar una infusión y una medicina que le voy a preparar, entonces sí le contaré. Si no me obedece, no le cuento nada.

—Está bien, está bien...

Al rato, Nanette volvió con su infusión y su medicina. Luis se incorporó y bebió las dos cosas sin rechistar.

La mujer se sentó en el borde de la cama y le contó que su padre había respondido; que comprendía la situación y había escrito tres cartas: una al señor director, con la autorización, otra a su sobrina y otra a los futuros padrinos.

—Pero, ¿quiénes son, y cómo se llaman?

Se llamaban Rouge, como el color, había dicho Nanette, Claude y Brigitte Rouge. Se trataba de un matrimonio sin hijos, que fueron, en otro tiempo, patrones de Nanette. Porque ella, antes de trabajar en el Instituto, lo hizo en su casa, como cocinera. Eran gente acomodada y le tenían mucho cariño.

Los señores Rouge estaban dispuestos a venir el próximo domingo, pero si él continuaba enfermo, no podría ser. Tampoco el siguiente, porque ella estaría de guardia.

—Te aseguro que el domingo estaré bien. ¡Ya estoy bien!

—Bueno, el sábado lo resolveremos. Primero está su salud.

—No, primero está la carta que debo escribir.

—Bueno, bueno, ahora descanse y prométame que va a comer todo lo que le traiga.

—Lo prometo —aseguró el chico y tuvo un acceso de tos.

La mañana transcurrió en un sopor. Luis no sabía si estuvo dormido o despierto, vivo o muerto... Volvió a tener conciencia de sí mismo, al oír la campana que anunciaba el retorno vespertino de los alumnos a clase.

Era incapaz de darse cuenta de si se sentía mejor o peor.

Después de todo, ya había aceptado la idea de que podía morirse hoy o mañana. Pero todavía no. Mejor no. Porque aún necesitaba saber si lo enterrarían en Coupvray o en París.

Oyó nuevamente los golpecitos de Nanette en la puerta y su voz que penetraba preguntando si se sentía mejor y si iba a comer.

Mientras hablaba, la mujer apoyó los platos sobre la mesilla de noche y luego llevó su mano a la frente de Luis comprobando que la fiebre había bajado bastante, por lo cual quizás no hiciera falta llamar al médico.

—No, Nanette, mejor no lo llames. Te aseguro que mañana estaré sano y bueno, como dice mi mamá.

Luis pronunció esas palabras sin reflexionar, pero al tomar conciencia de que había citado a su madre en forma textual se le hizo un nudo en la garganta. ¿Cómo comer ahora, con ese nudo tan apretado? Tendría que esforzarse mucho, pero ¿lo conseguiría? Tal vez necesitara algún aliciente. ¿Y si le arrancaba alguna promesa a Nanette? Eso lo ayudaría.

—Oye, Nanette, si me como todo, ¿te quedarás un rato más?

—Pero niño —protestó la mujer— usted sabe que no se puede y que...

—Yo sé —interrumpió Luis— que cuando Raúl se enfermó, tú te pasabas las tardes enteras junto a él.

—Bueno, era un caso distinto... El pobre niño Raúl...

—¡Se murió! —afirmo rotundo Luis, que deseaba llevar la conversación hacia ese terreno.

—Bueno, bueno, se enfría la comida.

—Prométeme que si me como todo, te quedarás un rato más.

—Está bien. Prometido.

Luis comenzó a comer con lentitud, porque deseaba crear un clima trágico y porque tenía varias preguntas que formular.

—Dime una cosa, Nanette, cuando alguien se muere aquí, ¿lo entierran en París o lo llevan a su pueblo?

—¡Ay, niño! ¿Por qué hablar de estas cosas ahora?

—Porque necesito saberlo.

—Bueno... eso depende —comenzó, realizando un gran esfuerzo para encontrar las palabras adecuadas.

—Depende ¿de qué?

—De la familia... Cuando alguien muere, lo primero es avisar a la familia.

—¿Y si no tiene familia?

—Pues... se da cuenta a la Policía y ellos se encargan.

—Se encargan ¿de qué?

—Pues del muerto, ¡de qué iba a ser!

—¿Qué pasó con Raúl?

—Ay niño, no lo sé... de esas cosas se ocupan otros.

—¿Quiénes se ocupan?

—El director, el subdirector, los celadores. ¡Venga, niño! No charle tanto que se enfría la comida.

Luis se concentró en comer mientras pensaba cómo seguir.

Apenas acabó, volvió al ataque:

—Raúl, ¿tenía familia?

—Sí, niño. La familia era de aquí, de París.

—Pero nunca vino nadie a verlo.

—Eso suele pasar —reflexionó Nanette con una voz pensativa y apesadumbrada.

—Es que los ciegos somos un estorbo.

—No niño, usted está equivocado. No todas las familias hacen lo mismo que la del pobre Raúl. Ya ve que su padre respondió inmediatamente a la carta que le enviamos.

—Pero, ¿sabes lo que me dijo Gabriel?

—No.

—Me dijo que desde que llegamos aquí, éste es nuestro hogar. Que el director es como un padre, los maestros son los tíos, los alumnos son los hermanos y que esta familia así formada, es la mejor. Que la gente de afuera no nos comprende. Que los ciegos sólo pueden ser comprendidos por otros ciegos. Que solamente aquí se puede ser feliz. Me aconsejó que me olvidase cuanto antes de mi familia.

—¡Ah, no! ¡Eso sí que no! —protestó la mujer—. Eso es muy feo. Vea niño, yo tuve la desgracia de perder a mis padres siendo muy pequeña. Usted ni se imagina lo terrible que es. Yo siempre le digo a mi sobrina que piense todos los días en sus padres. No. No, niño. No haga caso. Sus padres son sus padres, sus hermanos son sus hermanos, sus tíos son sus tíos y no tienen la culpa de que usted sea ciego y haya tenido que venirse aquí. Es muy triste olvidarse de la familia y hasta creo que debe ser un pecado... Bueno, y ya basta de charla, que se me hace tarde y usted debe descansar para estar bien el domingo.

Y antes de que el chico atacara con otra pregunta, la mujer recogió los platos y se marchó.

Al día siguiente, Luis pudo levantarse, pero estaba muy cansado y con mucha tos al finalizar la mañana, por lo que el celador le ordenó que volviera a la cama.

Una hora antes de la cena Nanette fue a verlo.

—Niño, ayer yo quería hablar con usted para preparar la salida del domingo, pero usted se puso a decir todas esas cosas tan horribles, que me quitó las ganas.

Luis asintió sin abrir la boca. Y ella continuó:

—Ante todo recuerde siempre que nadie, nadie, debe saber que mi sobrina envió la carta. Y menos que usted va a ir a mi casa. Mire que puedo perder mi empleo, si se descubre.

—Quédate tranquila, no diré ni una palabra a nadie.

—¿Me lo jura?

—Te lo juro.

—Bueno, los señores Rouge vinieron ayer a hablar con el director, quien ya les dio el permiso.

—¡Ay Nanette!, no sé cómo agradecértelo.

—Cumpliendo su juramento, niño.

—Lo cumpliré.

—Vendrán el domingo después de misa y le acompañarán hasta mi casa. Mi sobrina le escribirá su carta y usted se quedará con nosotras hasta las cinco de la tarde en que deberá volver aquí.

—¿En qué iremos hasta tu casa?

—En su carruaje. ¡Tienen uno con cochero y todo! ¡Ay!, espero que nadie se entere de esto. Ya hay algunos que andan insinuando que yo le estoy mimando demasiado.

—No te preocupes, será por poco tiempo —respondió Luis en forma enigmática.

Tal como estaba previsto, el domingo Luis salió con sus nuevos padrinos. Pero Nanette no se atrevió a ponerlos al corriente de sus planes, por lo que en lugar de llevar al chico a su casa, ella fue a buscarlo al domicilio de los señores Rouge.

Luis tuvo que salir con su uniforme del Instituto —no tenía otra ropa— cosa que le mortificó sobremanera.

El matrimonio quedó vivamente impresionado con la dulzura y vivacidad del chico y lamentaron mucho no poder estar un rato más con él. Querían llevarlo a pasear, mostrarle París, pero el proyecto tuvo que quedar para otra ocasión.

La casa de Nanette, no estaba lejos pero, pese a que ya estaban en primavera, el frío era tanto que la madrina le prestó un gorro para que se abrigara.

Al llegar atravesaron un largo y frío corredor, después un patio, subieron cinco pisos por la escalera, un pasillo, otra escalera y por fin llegaron a una buhardilla de dos habitaciones que, años antes, había cumplido la función de trastero.

Nanette encendió el fuego. El frío era intenso y al rato Luis comenzó a toser.

Rosalía resultó ser bastante simpática y dicharachera y después que Luis le dictó su carta, se pusieron a charlar y hasta le leyó algunos cuentos.

Antes de volver, Luis pidió que le permitieran bañarse.

—Eso es imposible. No tenemos baño.

—Pero, ¿y vosotras no os bañáis nunca?

—Algunas veces sí, en verano.

—¿Y cómo hacéis?

Nanette le contó que tenían un barreño bien grande, que lo ponían en la cocina, calentaban bastante agua y se bañaban en él. Pero ahora hacía mucho frío y era imposible. Cuando hace frío, no es necesario bañarse, dijo, ya que no se transpira. Y concluyó asegurando que era malísimo hacerlo ya que las personas se exponían a contraer una pulmonía.

A las cuatro volvieron a casa de los señores Rouge y a las cinco y media, el chico volvió al Instituto.

Luis estaba seguro de que apenas su padre leyera la carta, vendría inmediatamente a buscarlo. Sus días en el Instituto estaban contados.

Los señores Rouge prometieron volver a los quince días para llevar a Luis de paseo. Si Dios quiere, dentro de quince días ya no estaré aquí.

Apenas volvió a su casa Nanette exigió a su sobrina que rompiera la carta. La joven se negó rotundamente. Ella prometió enviarla y debía hacerlo. Nanette apeló a su autoridad de tía para prohibírselo.

—Tú no sabes nada de estas cuestiones —sentenció la mujer—. Todos se sienten mal al principio pero terminan por acostumbrarse y hasta bendicen el colegio. Además este chico es un exagerado, ¡mire las cosas espantosas que te hizo poner!

La carta de Luis no era demasiado extensa, pero sí precisa, terminante, con frases afiladas como navajas y lo suficientemente exageradas como para con mover el ánimo de sus padres.

Rosalía estaba desconsolada. Leyó y releyó la carta. Comprendía que, en parte, su tía tenía razón, pero no soportaba la idea de no cumplir con su promesa.

Sus pupilas comenzaron a inundarse, y antes de que las lágrimas llegaran a mojar sus pestañas, Nanette le arrancó la carta de las manos, la hizo trizas y dijo ¡basta! Ella dio rienda suelta a su llanto y Nanette se fue a la cocina. Al rato volvió y le ordenó:

—Bueno, ¡se terminó! Ahora vas a escribir lo que yo te dicte.

En su carta Nanette contaba que Luis los echaba de menos, pero que estaba bien. Les explicaba que todos los niños pasan por esa situación difícil al principio, que no había más remedio, porque los padres son los padres y es lógico que se extrañe todo: la comida, los amigos, el hogar. Les aconsejaba que no retiraran al chico del colegio antes de finalizar su período de adaptación, porque después no querían volver y se perdían para siempre y terminaban mendigando por las calles. Por último les comunicaba que ella no estaba autorizada a escribirles, que sólo deseaba conformar a Luis y les rogaba encarecidamente que no se lo fueran a contar a nadie porque su puesto de trabajo estaba en peligro.

Cuando Simón Braille recibió la carta, no supo cómo interpretarla. Se sintió tan confuso, que decidió no enseñársela a su mujer. Su primer impulso fue ir a París y traerse al chico. Le parecía que detrás de las palabras de Nanette, oía las de su hijo que reclamaba protección y amparo, y no se equivocaba.

Decidió ir a hablar con el señor Bécheret para que lo asesorara y lo consolara. El maestro compartía las recomendaciones de Nanette y le aconsejó que de ninguna manera fuera a París. Pero era tanto el dolor y la angustia del padre, que, para conformarlo, le sugirió que le escribiera a Luis, enviándole noticias de la familia y del pueblo.

Simón le confesó que se sentía incapaz de hacerlo. Entonces el señor Bécheret le propuso ir a su casa al día siguiente para escribir una carta colectiva.

A las cinco de la tarde llegó el maestro munido de papel y tinta. La familia tomó

asiento en torno a la mesa y el docente comunicó el motivo de su visita.

—Entre todos, le vamos a escribirle una carta a Luis —dijo muy alegre, y

enseguida agregó—: vamos a empezar por la hermana mayor. A ver Catalina ¿qué cosas te gustaría contarle a tu hermanito?

—No sé... no se me ocurre nada.

—¿Qué hiciste ayer?

—Estuve ayudando a Celina con su ajuar.

—¡Ah!; es cierto que la señorita se nos casa! Bueno allí hay tema más que suficiente. Tú Celina, puedes hablarle de tus últimos preparativos.

—Pero Luis no podrá leer la carta —adujo Celina—se la leerá otro, y ese otro yo no sé quién es. No me gusta eso.

—Es un hecho a tener en cuenta —sostuvo el maestro—. Pero siempre se

pueden contar cosas que no comprometan demasiado nuestra intimidad. A ver usted, Monique, ¿por qué no le cuenta a su hijo cómo se siente ahora que va a ser suegra nuevamente?

—Usted disculpe, señor Bécheret —comenzó Monique y su voz se fue haciendo cada vez más dura— le ruego que me dispense de esta tarea. No soy su alumna y usted no podrá entender jamás el dolor de una madre a quien le han arrancado de su lado a su hijo de diez años, en nombre de la educación y del futuro...

—Pero Monique... —atinó a decir el marido.

—Nada, nada —replicó Monique poniéndose de pie—. Otra vez pido disculpas, pero nadie comprenderá jamás lo que esto significa para mí. Yo no sé cuál será el porvenir de mi hijo. Por supuesto que deseamos lo mejor para él, pero toda la educación del mundo no será capaz de compensar el disgusto que esto nos causa y lo que el pobrecillo estará sufriendo. Y usted, señor Bécheret tiene su parte de responsabilidad en todo esto.

—Querida señora Braille...

—Nada de explicaciones señor Bécheret, ya basta para mí, continuad vosotros —y diciendo esto, cerró la puerta tras de sí y subió rumbo al dormitorio de sus hijas.

A pesar de la reacción de Monique, el maestro convenció a las hermanas para escribir la carta.

Cuando Luis la recibió, sintió que le quemaba en las manos. Él imaginaba su contenido y no sabía a quién pedirle que se la leyera. Nanette no sabía leer. El profesor de historia también era ciego. El director, imposible, porque se molestaría mucho al enterarse de la respuesta a una carta como la que Luis hubo enviado. Como era viernes, el chico decidió esperar hasta el domingo y pedirle al cura que se la leyera.

Cuando el cura leyó la carta, Luis no podía dar crédito a sus oídos.

—¿Está seguro de que no dice nada más?

—Pero no, hijo, te he leído todo.

¿Habrían sus padres recibido su carta? No hacían la menor mención a la misma. ¿Y por qué su madre no le había escrito? ¿Qué hacer ahora? ¡Parecían todos tan contentos! Nadie lo echaba de menos. ¿Acaso era eso lo que deseaban? ¿Librarse de él?

—Vamos, hijo, ¿qué te pasa?

—Nada, nada, padre, muchas gracias.

El niño estiró su mano derecha. El sacerdote le devolvió la carta. Luis la dobló cuidadosamente, la puso en el bolsillo de su chaqueta, al tiempo que inspiraba profundamente un aire con restos de incienso que lo transportaba a la iglesia de su pueblo, mezclado con el amargo sabor de las lágrimas reprimidas...

Durante el lunes siguiente, Luis no tuvo tanto tiempo para meditar en su situación como él había pensado. Después del almuerzo el director lo mandó llamar y le comunicó que a partir de esa noche pasaría a dormir en un cuarto común con otros compañeros. Y que, además, esa tarde comenzarían sus clases de música. Luis sólo atinó a preguntar en qué momento se ocuparía del traslado de sus cosas y el director se limitó a señalarle que no se preocupara, que esa noche se dirigiera directamente al dormitorio número dos que era el que le habían asignado. Que allí encontraría al señor Jaime que le indicaría cuál era su cama.

Luis bajó las escaleras asombrado y perplejo.

Este era un nuevo cambio. Se acabarían para siempre sus meditaciones a solas, sus diálogos consigo mismo. Debería decir adiós a cualquier visita furtiva de Nanette. Bueno, pero no sería por mucho tiempo. Aunque... ¿Por qué no han contestado mi carta? ¿Qué les estará pasando a mis padres?

La clase de música tuvo la virtud de transportarlo a otro mundo. Un mundo que parecía asequible, abarcable, atrayente... que logró arrancarlo de su ensimismamiento. Quizás me dedique a la música, pensó, aunque si me voy... No importa, alguien encontraré, fuera de aquí que quiera enseñarme.

Y llegó la hora de ir a dormir y Luis, sin darse cuenta, se encaminó, como siempre, a su dormitorio, pero apenas había tomado esa dirección, cuando dos o tres chiquillos le gritaron:

—¿Dónde vas? Se acabó la ratonera. Vamos para el palomar.

En la jerga del colegio, el palomar era el dormitorio común, donde se apiñaban quince o veinte camas. Luis siguió a sus compañeros y al llegar al dormitorio lo recibió la voz de Jaime.

—Buenas noches, Braille, venga que le enseñaré su cama.

Era una pieza más larga que ancha. Dispuestas una a continuación de la otra, había veinte camas, todas iguales. Las separaba una diminuta mesilla y a los pies, un pequeño armario con dos estantes. A Luis le correspondió la última, al fondo de la pieza, por lo que al atravesarla, guiado por Jaime, oía las risas y los murmullos de los que, de ahora en adelante, compartirían sus sueños y vigilias.

La primera cama de la fila, era de Jaime. Luis se enteró entonces de que, noche tras noche, el dormitorio era vigilado por el celador que dormía también allí.

Debajo de la cama, un orinal. Y sobre la mesilla y dentro del armario... nada. Nadie se ocupó de trasladar sus cosas. Se lo dijo a Jaime, pero éste le respondió que no había nada que trasladar. ¿Sus cosas? Nada, pura basura y un libro que fue devuelto a la biblioteca.

Lo que Jaime llamó pura basura, eran los tesoros de Luis: papeles con textos impresos que había obtenido en la imprenta. Una flor que guardaba celosamente. Un pedazo de lana en la que todas las noches hacía un nudo. Un rosario fabricado con hilo... Nada, basura para el basurero. Por suerte la carta de su familia la tenía aún en el bolsillo. ¿Por suerte? ¿Es que realmente deseaba tenerla?

—Vayan acostándose, chicos, que ya vuelvo.

Por fin. Ya era hora, susurraron algunas voces cerca de Luis. Alguien le contó que Jaime volvía muy tarde, por lo que todas las noches disfrutaban de vía libre hasta que el sueño los iba venciendo.

Una práctica común en el colegio, la constituía la costumbre de los sobrenombres. Esa noche Luis se enteró del suyo. Mejor dicho, de los suyos, porque tenía tres: el rubio, el muñeco y el dulce. Los motes, las burlas, ciertas palabras en clave, que formaban una especie de lenguaje secreto, golpeaban su rostro, como el granizo contra los cristales.

El habla del colegio estaba llena de frases cuyo significado Luis sólo intuía.

¿Llegaría él un día a burlarse de otro compañero que viniera de un pueblo lejano? Seguramente que no. Jamás.

Depositó suavemente sus zapatos en el suelo, para no hacer ruido. Dobló cuidadosamente sus ropas. Abrió la cama y se dispuso a acostarse. En ese momento, se percató de que en el dormitorio reinaba un sospechoso silencio. Sintió que una bandada de enormes pájaros salvajes se abalanzaba sobre él y no terminaban nunca de caer, uno y otro y otro y otro más. Diez, veinte, treinta y cuatro garras buscaban su cabeza, sus brazos, sus piernas, se abalanzaban sobre su cuerpo, pellizcaban, tiraban, rasgaban, arañaban, mordían, buscaban y encontraban una carne fresca, rubia, dulce, para saciar un apetito largamente contenido.

Cuando el grito se preparaba, fuerte, largo y redondo en su garganta, una funda lo amordazó. Y las garras siguieron ¿cuánto rato?, solazándose en su carne, su pelo, sus uñas, hasta que una voz dijo ¡basta! y todo cesó tan bruscamente como había comenzado. Con precisa rapidez la bandada se alejó, oyéndose apenas, el roce de las alas y las risas contenidas.

Mucho rato después, cuando los ronquidos de Jaime llenaban el dormitorio, Luis sintió que alguien se acercaba a su cama a enjugar sus ardientes e impotentes lágrimas. Era Gabriel, quien, para consolarlo, le informó de que había aprobado la prueba y que a partir de ese momento era aceptado por el grupo y pasaba a integrar la "Cofradía de los Caballeros del Imperio Revolucionario". Luis, por toda respuesta, con los dientes apretados, susurró:

—¡Vete a la mierda!

Y Gabriel, golpeándole el hombro, contestó:

—¡Bien, rubio, eres uno más de los nuestros!

Un mes después de haber enviado su carta a Coupvray, Luis recibió la visita de su padre. El señor Braille conversó primero con el director, luego, con dos profesores y, por fin, le hicieron pasar a la sala de visitas, a donde llegaría su hijo unos minutos más tarde.

Simón Braille, vestido con sus mejores galas de paisano, de pie, con el sombrero sujeto por ambas manos, aguardó, presa de una enorme tormenta interior.

Había ido a París dispuesto a traerse a su hijo a casa. Sin embargo, con cuantos habló se refirieron a Luis en forma cariñosa, entusiasta y casi se diría admirativa.

Lo convencieron de que el niño era un excelente alumno. Esto no hacía más que confirmar la opinión del señor Bécheret quien siempre sostuvo que Luis era muy capaz. Además, aseguraron que tenía muy buena conducta y era humilde y educado, y que le notaban conforme y aplicado. ¿A quién creerle? ¿A los demás o a su propio corazón? Por otra parte, ¿qué podía ofrecer un pueblo como Coupvray para un ciego? Luis ya no podría seguir la tradición familiar y esta realidad era un hueso duro de roer, tan duro como la ceguera injusta y terrible de su hijo.

¿Qué hacer ahora? ¿Qué decirle a su mujer cuando lo viera volver solo?

De pronto, el niño abrió la puerta y penetró en la sala. Al verlo el padre quedó paralizado. En lugar de las ropas con las que salió de su casa, lo encontraba con su uniforme de colegial —pupilo—ciego, tan deprimente como todo lo que les rodeaba.

Quiso hablar pero no pudo. Luis cerró la puerta y se quedó esperando. Pasado un instante, con voz dubitativa llamó: ¿Papá?

—¡Hijo! —pudo al fin articular Simón.

Luis abrió entonces sus brazos y comenzó a desplazarse en la dirección de donde le había llegado la voz ahogada del padre.

Se estrecharon en un apretado abrazo y sus lágrimas se mezclaron. Estuvieron así, en silencio, un largo rato, hasta que el padre, angustiado porque los minutos pasaban, y sólo le autorizaron estar media hora con su hijo, haciendo un gran esfuerzo, rompió el silencio:

—¿Cómo estás? Déjame mirarte —y lo apartó con suavidad.

—¿Recibiste mi carta, papá?

—Sí hijo. Por eso estoy aquí.

—Me voy a marchar contigo hoy mismo.

—De eso tenemos que hablar, hijo.

—¿Hablar qué, papá? Ya te he dicho todo en mi carta.

—Pero yo no he dicho nada. Ven, sentémonos aquí.

Luis tembló de satisfacción frente a la idea de que su padre lo sentara sobre sus rodillas. Pero no. Simón tomó asiento y lo atrajo suavemente a su lado. Otra vez un silencio espeso los rodeó. Ambos percibían con desagrado el mal olor y la humedad del ambiente. Ambos se esforzaban por disimular los temblores que recorrían sus cuerpos. El padre buscaba las palabras. El hijo buscaba señales. El tiempo se llevaba los minutos...

De pronto se oyeron unos golpes, familiares para Luis, en la puerta. Inmediatamente la voz de Nanette interrogó:

—¿Desean beber una taza de té?

—Sí, sí, por favor.

Nanette terminó de entrar con una bandeja sobre la que humeaban dos tazas de té. La apoyó sobre una mesita y buscó infructuosamente entablar diálogo con el señor Braille. Por fin optó por retirarse.

—¿Qué tenías que decir, papá?

—Mira hijo, entiendo que pienses que esto es difícil. Para nosotros también ha sido horrible separarnos de ti. Pero...

—Pero, ¿qué?

—Pero... sigo pensando que de alguna manera es necesario. Hemos molestado a mucha gente y no podemos defraudarlos. —Simón marcó el podemos—. Por otra parte, aquí me han informado de que eres muy buen alumno y están muy contentos contigo. Dicen que además de estudiar mucho, eres obediente y bien educado...

—Papá, me he dedicado a estudiar porque no podía hacer otra cosa y para no morirme de tristeza. Y si soy obediente y bien educado, es porque tú y mamá me lo enseñasteis. Aquí no he aprendido nada de eso. ¡Nos tratan muy mal, papá!

—Claro, claro, comprendo. Nadie va a ser tratado acá como en su propia casa. ¡Son tantos niños!... y algunos mal educados... supongo... me imagino que...

—Pero, papá ¿tú no quieres que vuelva a casa?

—Hijo, hijo... ¡no digas eso! ¡Por el amor de Dios! Mira: tú te estás sacrificando y nosotros también. Pero es por tu futuro... para darte una oportunidad que no se te puede dar en casa.

—Sí que se puede, papá.

—No hijo, no.

—Te digo que sí. Mira, yo he pensado mucho. Se me han ocurrido muchas cosas, en las que tú, mamá y las chicas me podéis ayudar. Aquí nadie puede hacerlo. Necesito irme contigo, ahora.

—Escucha, Luis. En las vacaciones volverás a casa y...

—Papá, ¿tú me quieres?

—¿Lo dudas, hijo?

—Un poco...

Por toda respuesta, Simón abrazó a su hijo, lo alzó en vilo y lo sentó sobre sus rodillas, sintiendo que desfallecía. Prometió a Dios ir a misa todos los domingos hasta fin de año si le concedía la gracia de darle fuerzas para convencer a su hijo y convencerse a sí mismo de que lo mejor era que el chico permaneciera en París.

—Escucha Luis... yo... no podré enseñarte el oficio... y eso me duele mucho... ¿Entiendes?... Y no encuentro en el pueblo nada que tú puedas hacer... Me han dicho que eres bueno para la música... En Coupvray no podrías estudiar música...

Las palabras de Simón se vieron interrumpidas por el llanto ahogado de Luis. Sus lágrimas le quemaban el pecho y, en los oídos, le quemaban las palabras, los ruegos, la congoja de su mujer.

—Escúchame hijo, al principio siempre cuesta mucho acostumbrarse a los cambios. Es la primera vez que nos separamos... por eso es más difícil... Pero... hagamos un trato... ¿quieres?

Luis sacudió su cabeza en forma afirmativa.

—Seguiremos haciendo el sacrificio de estar separados hasta las vacaciones. Ya no falta mucho. Cuando vuelvas a casa, nos sentaremos a meditar sobre lo bueno y lo malo de la experiencia y en ese momento decidiremos si vuelves o no. ¿De acuerdo?

—Está bien —asintió el niño, al tiempo que enjugaba sus lágrimas con el dorso de sus manos—. Pero... pero...

—Pero, ¿qué?

—Tú también tienes que prometerme que vas a buscar en el pueblo algo que yo pueda hacer.

—Te lo prometo, hijo, te lo prometo.

En ese momento un celador les indicó que la visita había terminado. Luis dio un salto y escapó corriendo y siguió corriendo por patios y pasillos, tropezando con otros chicos, haciendo caso omiso a las llamadas, a las protestas, a las amenazas...

Por supuesto, le dejaron sin cena. Cuando ya no le quedaron lágrimas, repasó una por una las palabras de su padre, y el trato que habían hecho. Qué le habrá pasado a papá, se preguntaba una y otra vez. ¿Mamá, pensará igual? ¿Y mis hermanas? Creo que ya no me quieren. Es mentira que se sacrifican. El único sacrificado soy yo. ¡Ay Dios! ¿Por qué no quisiste que me muriera cuando estuve enfermo? ¿No te das cuenta Dios, que si haces que me muera ahora, va a ser mejor para todos? ¿Qué puede hacer un niño al que sus padres ya no le quieren? Porque ya no me quieren. Si yo tuviera un hijo que me escribe una carta como la que yo le escribí a mi padre, y si yo lo quisiera a ese hijo, como se quiere a los hijos, me lo hubiera llevado conmigo...

¿O será que mi carta no era tan buena como yo creía?...

Y ahora tendré que cumplir el pacto. Pero no sé si voy a poder... ¿Por qué me

habré dejado convencer?

Quizás algo de razón tenga mi padre, aunque... en realidad lo que pasa es que ya no me quiere...

Una y otra vez, hasta altas horas de la noche, Luis se repitió esos conceptos, hasta que dejaron de tener sentido.

Simón, por su parte, vueltos sus pasos sobre las húmedas aceras, buscó calentar sus venas en los cafés parisinos. Siguió bebiendo en la taberna del pueblo. Se gastó en pocas horas los ahorros de varios meses y, quebrando

una antigua promesa, volvió completamente borracho a su hogar.

Transcurrió otro mes y Simón no tuvo fuerzas ni si quiera para enviarle una carta a su hijo.

Luis no volvió a salir del colegio. No quería molestar a sus padrinos ni tampoco le interesaba conocer París. Los señores Rouge, terminaron por desinteresarse de él.

Está claro que papá no me quiere. Pero yo no sé si mamá y mis hermanas sentirán lo mismo. Tengo que averiguarlo. Así que sea como sea me voy a escapar. Llegaré a casa por mis propios medios. No tengo dinero para pagarle al señor Bonet, pero él me conoce y estoy seguro de que me llevará. Después le pido a padrino el dinero para pagarle y ¡listo!

Para disimular, voy a estudiar como nunca para que nadie sospeche nada. Tengo que aprender cómo se abre la puerta. Pero ya sé cómo descubrirlo.

El día menos pensado, me escapo. Y si el señor Bonet no quiere llevarme porque no tengo dinero, me coloco en una esquina a mendigar. Total... es lo más común y corriente que puede hacer un ciego. Va a ser fácil hacerse amigo de Juan, el portero. Su amistad me es necesaria.

—¿Qué precisas, Braille? ¿A quién andas buscando?

—A usted. Cuénteme, ¿hace muchos años que es portero?

—¡Uf!, tantos, que perdí la cuenta.

—¿Y nunca hubo un portero ciego, aquí?

—¿Un portero ciego? ¡Eso es imposible!

—¿Porqué?

—Y... bueno... porque hay que ver... para saber quién viene, quién llama... quién es...

—Pero se puede conocer a la gente por la voz.

—Sí, pero ¿si es alguien a quien nunca se ha oído?

—Hace lo mismo que usted, frente a alguien a quien nunca se ha visto.

—Mmm... No creo que sea tan fácil... Me parece que si la persona no ve,

pueden engañarla.

—Y a usted, ¿nunca lo engañaron?

—Pero, ¡es que yo veo!

—¡Ah!...

—Y... y... y... ¿por qué vienes a preguntarme estas cosas?

—Es que... ¿sabe?, a mí me gustaría ser portero.

—Pero, cuando seas mayor.

—¡Claro! Pero mientras tanto, ¡usted puede enseñarme!

—Yo... ¿yo enseñarte? Para eso están los maestros. Yo no estoy para enseñar nada, sino para cuidar la puerta. Y ahora vete. No, por ahí no, para el otro lado está el corredor.

—Vio, Don Juan... ¡ya me enseñó algo!

¿Me habré apresurado? se preguntaba Luis mientras se dirigía a su aula. Tendré que ablandarle un poco, pero no me costará mucho trabajo.

Durante varios días, Luis pasó sus ratos libres junto a la caseta del portero. Se convirtió en su sombra y se las ingenió para que el hombre le enseñara cómo se abría la puerta.

Luis tomaba el mayor número de precauciones posibles y no se apresuraba. La puerta tenía una especie de ventanita, practicada a la altura de la cabeza de una persona, de tal forma que, portero y visitante podían verse sin necesidad de abrirla. Pero, su altura, no le permitía a Luis, llegar a la ventanita.

Una tarde, requirieron a don Juan para cumplir una diligencia. Luis se quedó solo en la caseta y en ese momento llamaron a la puerta. El chico acercó la silla del portero, trepó sobre ella y abrió la ventanita. Era el cartero. Luis tomó las cartas y las colocó sobre la mesa. Un minuto más tarde, volvieron a llamar. Era el profesor de Geografía. Luis bajó de la silla y le abrió al sorprendido profesor. Tres minutos más tarde, volvieron a llamar. En ese momento, un celador venía corriendo a atender la puerta. ¡Por suerte! Porque esta vez era el padre de un alumno...

Volvió don Juan, y Luis se fue a clase, meditando en el hecho de que nadie se hubo percatado de que él había atendido, por dos veces, sendas llamadas. Pero... y a mí ¿qué me importa? Ahora lo que necesito es otra oportunidad como la de hoy.

Dos días más tarde, la oportunidad se dio, con la llegada de un inspector del Ministerio. Medio Instituto estaba pendiente de ella. Don Juan acompañó al visitante hasta las oficinas del director. Los celadores corrieron a pasar la voz y el patio quedó desierto. Nadie reparó en Luis metido en la caseta del portero.

Cuando reinaba el más absoluto silencio, el chico se dirigió a la puerta, la abrió rápidamente y la cerró tras de sí. Meditó un instante en el hecho de que se quedaría sin tranca, pero pensó que quizás don Juan creyera que, preocupado frente a la importancia del visitante, se había olvidado de cerrarla.

Una vez en la acera se dirigió a la iglesia.

Conocía muy bien el trayecto y podía recorrerlo con relativa rapidez para alejarse pronto del Instituto.

Cuando pase la iglesia, avanzaré con más lentitud, ya que no conozco el camino. Ojalá no se le ocurra asomarse al cura. Me imagino que no, porque a esta hora estará ensayando el coro.

Ya está. Ahora doblo y cuando esté bien lejos, averiguaré el lugar de donde sale la diligencia para Coupvray.

Luis se repetía todo ese plan que preparó durante días, para darse ánimo y seguridad a sí mismo.

A ver... a ver, no debo perder la cuenta. Esta es la tercera calle que atravieso, en la próxima doblo. Pero qué raro, allí hay unos chicos jugando... sus voces rebotan frente a mí... ¿Qué será lo que tengo delante? No oigo el ruido de la transversal... Parece que estuviera dentro de una plaza cerrada o algo así... ¡Uy! ¿Qué es esto? ¿Una pared?... No comprendo...

—¡Eh! ¡Niño! ¿Qué buscas? ¿Me oyes?

—Sí... —titubeó Luis.

Los gritos provenían de una mujer que se encontraba a unos metros a la derecha. Quizás en la acera opuesta. Pero Luis ya no sabía dónde estaba la acera, dónde la calle, dónde la transversal...

La mujer se acercó taconeando fuerte y Luis sintió los pasos rebotando a izquierda, a derecha y a su frente como si estuviera rodeado de paredes... Cada vez entendía menos... Yo vine por la acera, estoy seguro. Atravesé tres calles y vine a dar contra una pared. ¿Me habré metido dentro de una casa? No, no, estoy seguro de no haber atravesado ningún portal... En Coupvray jamás las calles terminan en paredes... Aquí en París uno puede chocarse contra una pared en el lugar menos pensado...

—Te reconozco —gritó la mujer como si él, además de ciego, fuera sordo—. ¡Tú eres del Instituto de Ciegos! ¿Qué haces en la calle a estas horas? ¡Y solo! Yo te he visto los domingos en misa. ¡Te escapaste! ¡Vamos, di la verdad!

—No, señora, no me escapé. Iba a la iglesia y me perdí. Es decir, creo que me pasé... según me parece debería ir hacia allá.

—¡A la iglesia! ¿Solo? ¡Qué raro!

—No, no iba solo, íbamos un grupo. No entiendo qué pasó... Debo volver porque estarán preocupados por mí.

Luis volvió sobre sus pasos y se alejó lo más rápidamente que pudo. La mujer pensó en correr tras el chico, pero enseguida cambió de idea ante el temor de verse envuelta en un problema.

Al llegar a la esquina de la iglesia, Luis dudó. Su plan había fracasado. Meditó un instante. Llegó ante la puerta del templo y allí encontró a dos chicos mendigos.

Inmediatamente urdió un plan que seguro, seguro iba a dar resultado. Lo primero consistía en librarse de sus ropas de pupilo. Se acercó a ellos y se los propuso. Aceptaron encantados. Las ropas del cieguecito eran superiores a las suyas. Para que ninguno de los tres tuviera problemas, Luis les propuso cambiarle a uno los pantalones y al otro la chaqueta.

Se escondieron tras las pesadas puertas de madera y en un par de segundos el cambiazo estuvo realizado.

Los harapos de los chicos, olían mal, pero Luis hizo de tripas corazón y se los puso. Acto seguido les preguntó si le permitían quedarse allí pidiendo limosna. Ellos respondieron que sí y preguntaron por qué. Luis les aseguró:

—Porque necesito reunir dinero para viajar a Lyon.

—¿Tú eres de Lyon?

—No, pero tengo que ir.

Dónde quedaba Lyon, Luis no lo sabía, pero un compañero del colegio, que era de allí, le había contado que, antes de llegar al Instituto, se ganaba la vida pidiendo en la puerta de la catedral y que juntaba como veinticinco francos por día.

Luis había decidido irse a Lyon, donde nadie lo conociera.

¿Cómo se llegaría a Lyon? Luis no lo sabía. Pero lo que sí sabía era que no deseaba ir a Coupvray, arriesgándose a que sus padres se enfurecieran y lo obligaran a volver al Instituto. Mejor buscarse la vida en otro pueblo, como había hecho su hermano. En Lyon se dedicaría a mendigar en la puerta de la catedral. Aunque era la primera vez que lo hacía, comprobó que pidiendo se ganaba dinero. No tardó ni una hora en reunir dos francos. El plan consistía en mendigar unos años hasta hacerse millonario. Cuando tuviera una gran fortuna, volvería a su casa para decirles a sus padres que era rico. Que era un hombre ciego, pero que poseía lo suficiente como para vivir él y toda la familia.

Las protestas de los chicos, volvieron a Luis a la realidad. Su presencia les molestaba ya que todas las monedas eran para él, por ser ciego y ellos se estaban arruinando. Luis los tranquilizó diciéndoles que, en cuanto juntara para el viaje, se marcharía.

—Yo creo que ya te alcanza —sugirió el mayor de los dos.

—Bueno, entonces me voy. Pero necesito que me expliquéis cómo hago para viajar a Lyon.

Ninguno de los dos tenía la menor idea. Luis se lamentó de no habérselo preguntado a su compañero de clase.

De pronto, el menor de los chicos, señaló que era necesario ir hasta las murallas, que de allí salían diligencias para todo el país.

—¿Y cómo se llega hasta ellas —se interesó Luis.

—Pues... a dos calles de aquí, pasa un carruaje que te llevará hasta las murallas. Ven. Te acompaño.

El chico le dio la mano y juntos llegaron a la esquina señalada. Unos minutos más tarde llegó un carricoche colectivo, tirado por cuatro caballos y Luis montó sin pensárselo dos veces.

El vehículo recorrió varias calles. Dobló en varias oportunidades y Luis perdió la noción del tiempo y la orientación. Sólo ciertos olores le confirmaban que aún viajaba por París.

De pronto se detuvieron. Reinó el silencio por unos instantes hasta que una vez gritó:

—Fin del recorrido. Hay que salir.

Luis bajó y se encaminó hacia donde oía más bullicio y relinchar de caballos. Sentía que algunas personas pasaban a su lado, ya fuera en su mismo sentido, o en el contrario. Pero, aparentemente, nadie se fijaba en él. Decidió pedir ayuda.

Oyó unos pasos que se acercaban y, amablemente, trató de llamar la atención.

Pero los pasos se alejaron sin detenerse.

—Señor, señor, por favor, me puede decir...

Otra vez se quedó con la frase por la mitad. Nuevamente los pasos se alejaban con prisa e, indiferencia. Y así varias veces hasta que comenzó a preocuparse. Qué indiferente es la gente, pensaba... ¿O serán estos harapos?, se preguntó de pronto. Tal vez. Pero ahora le era imposible remediarlo.

Ya estaba por desesperarse, cuando una dulce voz femenina se le acercó solícita y cariñosa preguntándole si necesitaba algo.

—Sí, amable señora —respondió—. ¿Tendría usted la gentileza de indicarme cómo se va a Lyon?

Luis trataba de ser lo más gentil y correcto posible para contrarrestar la mala imagen que seguramente daba con esas ropas.

La dama quiso saber más detalles y Luis se los brindó.

—Muy bien —dijo la señora—. Tengo mi carruaje estacionado aquí cerca. Si quieres, puedo llevarte.

Luis aceptó agradecido. Ella le extendió su mano y él se encontró con un suave, perfumado y lujoso guante. Tan hermoso como no lo había visto jamás. Ni su madre ni sus hermanas tenían guantes tan bonitos. Ni siquiera para el día de Navidad.

Caminaron unos pasos y el cochero le ayudó a subir. Luis no sabía que existieran coches tan cómodos. El de los Rouge no tenía nada que hacer al lado de éste. Antes de subir, ella intercambió unas palabras con el cochero, pero a Luis, la brisa, sólo le llevó hasta sus oídos el murmullo. Murmullo dentro del cual únicamente entendió la palabra ciego.

Luego se sentó frente a él y comenzaron a marchar. Ella le preguntó cómo se llamaba y él se apresuró a decir Luis pero, cuando iba a decir Braille, de golpe, se contuvo.

—Luis ¿qué?

—Luis Simón.

—Simón, ¿es tu apellido?

—Sí, señora.

Consideró que era mejor ocultar su verdadera identidad. ¿Por qué? No lo sabía exactamente, pero era mejor así.

Después la dama quiso saber a qué iba a Lyon, y él le contó que iba a ver a sus tíos que vivían allí. Afirmó que su tío era muy mayor y que había enfermado gravemente. Que sus padres no podían ir y que lo enviaban a él.

—Así que tienes padres.

—Sí, señora —fue su respuesta terminante y calló por temor a cometer una imprudencia.

Se hizo un silencio que rompió por fin la mujer preguntando:

—Pero tú no vives en París, ¿verdad?

—No, señora. ¿Falta mucho? —se apresuró a preguntar Luis para evitar que continuara con su interrogatorio.

Se dio cuenta de que ella se había percatado de que no era del lugar. Tal vez fuera por el acento con que hablaba o tal vez porque hubiera empleado alguna palabra campesina. En el Instituto, más de una vez se burlaban de él por eso. Luis concluyó en que lo más conveniente era callar y revelar lo menos posible su identidad y su lugar de origen.

—No, no falta mucho. Unos cinco minutos. ¿Tienes hambre?

Sí, Luis desfallecía de hambre, pero dijo que no, porque si lo invitaba a tomar algo, seguro que seguiría sonsacándole datos. Para evitar nuevas indagaciones, atacó con otras preguntas sobre el viaje: que cuánto tardaba, por cuáles ciudades se pasaba, cuanto costaba el pasaje, hasta que en determinado momento la mujer preguntó:

—¿No me dijiste que ya habías ido otras veces?

¡Zas!, pensó Luis, volví a meter la pata.

—Sí, fui una vez, pero hace tanto que no me acuerdo.

—¿No tienes buena memoria?

—No, señora. ¿Falta mucho?

—No, ya hemos llegado. Aguarda un momento aquí en el coche, mientras yo bajo a hacer unas compras.

Todo quedó en silencio. Luis percibió tenuemente el olor de la panadería ubicada frente al Instituto, pero, pensó que panaderías hay muchas en París.

Pasaban los minutos y decidió no molestar más y arreglárselas por su cuenta.

Se puso de pie y cuando se disponía a bajar del coche, oyó la voz imperativa de la dama que le preguntó dónde iba.

—Sólo intentaba cambiarme de asiento, señora.

—Espérate un momento —ordenó la mujer con una voz un poco menos agresiva esta vez.— El cochero no tardará.

Luis volvió a tomar asiento y el silencio lo rodeó completamente. No se atrevía a moverse. Ella dijo que iba a realizar unas compras, pero estaba allí, ¿vigilándolo?

Y si quería vigilarlo ¿por qué no estaba dentro, sentada frente a él? Resultaba más cómodo ¿no? ¿Por qué mintió? ¿Acaso sospechaba algo?

Sus cavilaciones y el silencio, de pronto fueron rotos por unos gritos, proferidos por una voz muy conocida para Luis. Era la de Paul, de Paul Romain, que en un santiamén estuvo a su lado, gritándole ¡bribón!, ¡sinvergüenza! ¡ya vas a ver, atrevido!, mientras sus manazas lo arrastraban fuera del coche, y continuaban empujándolo por la acera, y los pies le pegaban patadas en el trasero y el vozarrón se hacía cada vez más temible.

Cuando por fin el portazo sonó tras sus espaldas, Luis recapacitó en el hecho de que las damas, por más amables que parezcan, son capaces de urdir los más terribles engaños.

El castigo fue terrible. Un mes a pan duro y agua, sin recreos, en una celda estrecha y oscura, sin salir, ni siquiera a misa.

Luis no podía hablar con nadie. Nadie podía hablar con él, bajo pena de recibir terribles castigos. Sólo le estaba permitido hacer uso de su voz para responder a las preguntas de sus profesores durante las clases.

Optó por refugiarse en los estudios mientras planificaba una nueva fuga. Fuera como fuera se iría de allí. Y no se fiaría de nadie. Y menos de las mujeres, por más ricas que fueran, por mejores guantes que usaran o por dulce que tuvieran la voz.

Durante el transcurso del mes de penitencia, fueron muchas las noches en que no durmió a causa del hambre. Pero fueron varias las noches en las que encontró bajo su almohada, frescos panecillos que le aliviaban sobremanera su dolorida alma.

Incluso una vez halló un trozo de carne asada, primorosamente envuelta. La devoró sin importarle un comino que estuviera fría. Después no sabía qué hacer con los papeles, hasta que decidió plegarlos bien y deshacerse de ellos en el retrete.

Mucho tiempo después, Nanette le confesaría que se puso muy nerviosa pensando en que por el papel se descubriera el secreto.

—Pero veo que se puede confiar en tu inteligencia —sentenció la cocinera.

Al finalizar el castigo, Luis volvió al dormitorio común.

En ese momento se enteró de que gozaba de más fama y respeto que Napoleón. La mayoría consideraba que había hecho una gran hazaña, que muchos soñaban con realizar, pero que sólo los elegidos eran capaces de llevar a cabo.

Sin quererlo y sin comprenderlo se convirtió en un héroe. Más de una discusión terminó a golpes entre sus partidarios y sus adversarios.

No importaba que su fuga hubiera fracasado. Lo importante era que se había fugado demostrando que era posible hacerlo.

Muchos deseaban conocer los detalles. Pero Luis no era amigo de hacerse el héroe ni de inventarse hazañas, como otros. No obstante, esa repentina fama, de algún modo, le gustaba, lo atraía y sentía que no debía desaprovecharla. Entonces optó por contar los hechos, en forma objetiva, sacó conclusiones y terminó formulando consejos útiles para manejarse en la calle e insistió en que no debían fiarse de nadie y menos de las damas ricas con voz dulce y amable. Comprendió también que su reputación tenía otros puntos de apoyo. Era un buen alumno y muchos lo apreciaban por ello. Otros lo envidiaban terriblemente.

Luis trataba de ayudar a todos, pero no siempre era posible.

El tiempo comenzó a pasar y con él, su encumbramiento se fue diluyendo. Cada tanto, tenía que soportar las chanzas de sus adversarios que lo menos que le soltaban eran frases como: "Y, Luis ¿cuándo nos fugamos?" siempre delante de testigos para que quedara constancia.

Llegó un momento en el que no sabía qué le dolía más, si las burlas de su compañeros o el engaño del que fue víctima en su fallido intento de fuga.

Pero el calendario avanza y el tiempo pasa sin detenerse a consolar a un pobre chico ciego que sufre hasta lo indecible lejos de su familia y de su hogar. Así, indiferente y sin detenerse, el tiempo pasó, y llegó el final del curso y con él los exámenes y tras éstos las ansiadas vacaciones.

Después de su último examen, Luis se fue a la biblioteca y allí se sentó a meditar. De pronto, apareció Nanette, quien lo sacó de sus cavilaciones.

—Pero niño Luis, ¿qué le pasa? Ha sido el mejor alumno del Instituto y se le nota más triste que nunca. Debiera estar contento, alegre, feliz...

—Feliz ¿de qué? Nanette.

—¿Cómo que feliz de qué?

Le aseguró que nunca podría ser feliz, porque nadie es feliz si sus padres no lo quieren. Y él había llegado a esa conclusión. Si lo quisieran, no le habrían enviado allí, no le harían sufrir como sufría. Sólo se es feliz en el propio hogar, y no pasando hambre y frío sólo para que ellos se luzcan diciendo que tienen por hijo al mejor alumno del Instituto de Ciegos.

Estaba cansado de que le repitieran que sus padres se iban a sentir orgullosos de él. Juzgó duramente a sus progenitores y Nanette le oyó sin interrumpirle, dado que su intuición le indicaba que, de algún modo, el chico tenía que desahogarse.

—Nanette, ¿estás ahí? ¿Por qué no me dices nada?

Entonces Nanette habló y le explicó que sus padres eran los mejores del mundo. Que seguramente ellos también sufrían con la separación pero que lo hacían por su bien.

—Estoy cansado de oír eso —interrumpió furioso—. Siempre me dicen que es por mi bien. ¿De qué me sirve estar aquí?

Nanette, con maternal paciencia, le explicó que servía de mucho y que en el futuro no sería un ignorante, sino un hombre de bien que se ganaría honradamente la vida.

—¿Haciendo qué?

—Bueno, no sé. Puede ser profesor en el colegio, o dedicarse a una actividad artesanal, como han hecho otros, casarse, tener hijos. Yo qué sé, lo que usted quiera. Pero si no estudia...

—Si no estudio ¿qué?

A Nanette le dolía decir que el futuro era muy incierto y que tendría que vivir de la caridad pública, pidiendo limosna. Pero lo dijo. Y afirmó también que para eso se había fundado ese instituto, para que los ciegos se educasen y dejasen de ser mendigos indignos. Y agregó que era cierto que se sufría, que no pensara que sólo él pasaba por eso. Los que veían también tenían que educarse en colegios lejos del hogar. Muchos hombres importantes de este país han tenido que separarse de sus familias para venir a París a estudiar. Y también se han ido a otros países, que es peor. A esta altura Nanette preguntó:

—¿Nunca pensó, niño, que sus padres también sufren?

Luis no respondió. Cuando estuviera en su casa se las ingeniaría para saber cómo se había vivido su ausencia.

El abrazo y las lágrimas con que lo recibió su madre, borraron sus dudas. Por supuesto no faltaron las tartas, ni la consabida frase, estamos orgullosos de ti, que repetida una y otra vez por familiares y vecinos, le encogían el corazón, cada vez que la oía.

Esa noche, primera de su vuelta a casa, metido en el lecho, Luis lloró amargamente hasta muy tarde, sin saber bien por qué, hasta que descubrió que lloraba porque en una esquina de un pueblo llamado Coupvray, existía un hogar con una cama, tibia y mullida, cuyas sábanas olían a sol.

Las vacaciones pasaron más rápido de lo que Luis se había imaginado y la mayor parte de sus planes no se pudieron realizar. Para colmo, su madre, sus hermanas y algunos vecinos, lo volvían loco a preguntas sobre su vida en el Instituto y otros decían "en París” con destellos soñadores en sus voces. La mayoría de los habitantes de Coupvray no conocían París. No obstante, se sentían muy orgullosos de vivir en un país cuya capital era París. La consideraban la ciudad más importante del mundo y los que estaban en contra de la monarquía, afirmaban que la revuelta del pasado 89 era ejemplo para el mundo entero. El cura, por el contrario, se enfurecía cada vez que se tocaba el tema, y aseguraba que el Diablo había metido la cola y que Dios se encargaría de poner las cosas en su sitio.

Por otra parte, su padre en ese momento —por suerte para la familia, como afirmaba la madre— tenía más trabajo que de costumbre. Era una suerte para la familia, pero una desgracia para Luis que tanto evocaba los paseos por el pueblo en su compañía.

Más de una vez se instaló en el taller paterno buscando iniciar una conversación que, a menudo, era interrumpida por algún cliente o la presencia de extraños que imposibilitaban las confidencias.

Una mañana su padre anunció:

—Bueno, amiguito, se acaban las vacaciones. Hay que volver al colé.

Luis juntó coraje y preguntó:

—¿Y nuestro trato?, ¿lo has olvidado?

El padre abandonó el trabajo y se lo quedó mirando en silencio. Y el silencio se hizo espeso y se metió por cuanto resquicio había en el taller y comenzaba ya a pesarle a Luis sobre los hombros, cuando oyó:

—Está bien. Esta tarde no se trabaja. Cerraré la talabartería y nos iremos por ahí.

—¿Toda la tarde juntos?

—Toda la tarde juntos.

—¿Tú y yo, solos?

—Tú y yo solos.

Simón cumplió su promesa y se encargó de disuadir a todo aquel que, de una forma u otra, pretendiera acompañarlos.

La tarde transcurrió apacible, pero no fue como Luis se la imaginara. Quizás influía el hecho de que, de algún modo, todo era forzado, no había una naturalidad similar a la que reinara antes de su partida. Los silencios entre ambos se fueron haciendo cada vez más frecuentes y extensos y ya amenazaban con arruinar todos los planes del chico, cuando de pronto, el padre propuso sentarse un rato a la sombra de un árbol en un recodo del camino, cerca del cementerio.

Al principio ninguno de los dos hablaba y el niño no sabía cómo entrar en tema, hasta que en determinado momento decidió preguntar:

—Papá, ¿tú me echaste de menos?

Por toda respuesta, el padre lo apretó fuerte, fuerte, tan fuerte contra su pecho, que Luis creyó ahogarse.

—¿Alguna vez mamá lloró por mi ausencia?

—Muchas veces, hijo. Muchas veces —y repitió el "muchas veces", con una honda y conmovedora tristeza.

—Entonces ¿por qué deseáis que vuelva al Instituto? ¿No será mejor que me quede aquí, con vosotros? y, por favor, no me digas que es por mi bien.

—No te lo diré, si no quieres.

—Y entonces, ¿por qué?

—Escucha Luis, tú ya tienes diez años y creo que podemos hablar de hombre a hombre. Vas a oír cosas un tanto duras, pero me parece que eso es lo que estás buscando. Si al final, mis razones no te convencen, eres libre de hacer lo que tú quieras.

Simón comenzó confesándole que el día que el médico le informó de que se quedaría ciego, fue el más terrible de su vida pasada, presente y futura. Si no te quisiera como te quiero y si no hubiera cifrado tantas esperanzas en ti, quizás hubiera sufrido menos. Porque tú eras el Benjamín. Yo tenía cuarenta y cinco años y tu madre cuarenta, cuando tú naciste. Era ya difícil que tuviéramos otro hijo. Tú serías el consuelo de mi vejez.

Ya que tu hermano optó por las tareas del campo, tú estabas llamado a continuar, en el pueblo, la tradición familiar. Desde 1740, fíjate, dentro de veinte años, hará un siglo, que los Braille somos talabarteros en Coupvray. Si bien no somos ricos, hemos formado una familia y gozamos de respeto y consideración en este rincón del mundo, de este gran país que es Francia. Pero todas esas esperanzas y esos planes se fueron al mismísimo demonio el aciago día en que por culpa de las herramientas usadas en este noble oficio, y un imperdonable descuido mío, mi hijo, mi propio hijo, se hiere en un ojo y se queda ciego. Hicimos lo imposible por salvar tu otro ojito, pero parece que el destino se hubiera ensañado contigo de una manera cruel y despiadada o me castigara a mí por...

—Tú no tienes la culpa, papá. Quién me mandó a mí a ser tan trasto.

—No se trata de eso, se trata de... se trata de... Yo que sé de qué se trata.

Otra vez el silencio se instaló entre ellos y Luis intuyó que la realidad era más compleja de lo que él suponía.

—¿Quieres que nos vayamos? —preguntó tímidamente.

Pero Simón afirmó que no, que tenía mucho más para contar. Dijo que muy pronto descubrió su inteligencia y vivacidad. Que pese a la ceguera, no era nada tonto y que él sufría mucho pensando en el mañana, en qué sería de él sin un oficio para ganarse el pan de cada día. Que ellos no tenían fortuna y por tanto no le podían asegurar el futuro de por vida. Que desde que el mundo era mundo, el destino de los ciegos era mendigar y que él no se resignaba a la idea de que su hijo terminara mendigando por las calles de Coupvray. Ni él, ni su madre ni sus hermanas, ni nadie en el pueblo.

Le confesó que, durante dos años, buscó consuelo en el alcohol. Que eso le acarreó muchos problemas, empezando por su propia esposa quien le prohibió llegar al hogar alcoholizado. Terminó durmiendo en la taberna. Se convirtió en el borracho del pueblo y la gente ya no le llevaba trabajo.

Luis intentó interrumpir a su padre, pero éste se lo impidió. Señaló que tendría que seguir oyendo y que ya le había advertido que oiría cosas duras. Pero, para aflojar la tensión, Simón confesó que un día comprendió que las cosas no podían seguir así.

Tu padrino fue la persona que más me ayudó para salir de ese pozo sin fondo. Me hizo comprender que tú, más que nadie necesitabas una familia feliz y comprensiva. Te lo merecías. Porque nos dejabas a todos pasmados con tus habilidades. ¡Si hasta sabías cuál era el perro que ladraba!

—Eso no es un misterio, papá. Cada perro tiene su forma de ladrar y yo por el oído...

—Tú di lo que quieras, hijo. Pero no cualquiera sabe hacerlo.

Simón se explayó, hablando con entusiasmo de las capacidades y habilidades de Luis, pero también tuvo que reconocer que muchos me miraban con cara de perdonavidas, o se sonreían maliciosamente cuando me oían hablar de tu inteligencia, de tu facilidad para aprender y comprender. Ya sabes que yo no soy un santurrón, como tu madre, pero tengo que reconocer que el cura se portó muy bien. Fue el primero que me creyó y que creyó en ti. Él pensaba, como yo, que tenías que recibir algún tipo de instrucción. Aunque no pudieras leer, ni escribir, podías aprender, de oído, como tú mismo dices, algo de historia, geografía, qué se yo. Familiarizarte con la aritmética para que supieras defenderte en la vida. Pues bueno, el cura, como te digo, me ayudó a convencer al señor Bécheret para que te aceptara como alumno. Pero las cosas no eran tan fáciles como parecían.

Aprender aprendías, y mucho. Tú te debes de acordar de que, al principio, el señor Bécheret te daba clases a ti solo. Bueno, después se convenció de que eras inteligente y de que no constituías un estorbo, al contrario. Pero surgieron otros problemas con algunos padres que no deseaban que sus hijos compartieran las clases con un ciego, por más Braille que se llamara. Has de saber que Bécheret hasta llegó a perder a algunos alumnos cuyos padres decidieron enviarlos a otro pueblo. Entonces comenzó a darnos la lata con París. Que en París, en el Instituto, te formarías mejor y con métodos más adecuados. Que conocerías otros ciegos. Que tendrías amigos. Que quizás, hasta terminaras siendo profesor...

Le costó mucho convencerme a mí y sobre todo a tu madre a la que no logramos convencer, ni él, ni yo, ni el cura.

Ella todavía piensa que es un crimen lo que estamos haciendo. Así que si tú deseas quedarte aquí, la tendrás de aliada. Lo va a aceptar de muy buena gana. Ella piensa que aún eres pequeño, que cuando seas mayor, tendrás tiempo suficiente para decidir si quieres ir a París o no. En cambio yo, si quieres saberlo, pienso que cada cosa debe hacerse en su momento y aunque puedo coincidir contigo en que ese Instituto tiene un local espantoso, y que mucha de la gente que allí trabaja o estudia es desagradable, pienso que no estás recluido en un asilo, ni tienes por qué pasarte la vida allí. Además entendí que, por el simple hecho egoísta de tenerte a nuestro lado, no podíamos condenarte a la ignorancia. Y ahora, al ver que has sido un excelente alumno, pienso que no estaba del todo equivocado. Que esto es muy duro, de acuerdo. Lo es para ti y para nosotros. Pero, ¿qué otro camino nos queda? Yo no sé, en este momento, cuál será exactamente tu futuro, pero estoy dispuesto a realizar los mayores sacrificios de mi vida porque sea el mejor que puedas alcanzar. Te repito, yo no sé cuál será tu futuro, pero una cosa sí sé y estoy convencido de ello: tú llevarás con mucha honra el apellido Braille, lo engrandecerás y un día el mundo entero te conocerá. Me lo dice el corazón, hijo. Nuestras penas de hoy, serán las glorias del mañana. Estoy seguro.

Por las razones que fueran, Simón se quedó sin palabras. Tomó el rostro y miró a su hijo. Y recapacitó en que hablaba con un chico de diez años y no con sigo mismo. ¿Debía de sentirse arrepentido de su sinceridad? No lo sabía. Ante la duda, optó por callar.

Luis, por su parte, comprendió que, en ese momento, y en compañía de su padre, había dejado de ser niño para siempre.

Dos días después del paseo con su padre, Luis volvió a París. Otra vez el Instituto le pareció horroroso, pero con gran sorpresa de su parte, descubrió el interés con que escuchaba las voces de sus compañeros y profesores. Se asombró al comprobar que, de alguna manera, esa realidad también formaba parte de su vida. Ahora tenía un nuevo dilema frente a sí: en París no dejaba de pensar en Coupvray, y en Coupvray, no dejó de pensar en París. Se preguntaba qué haría cuando fuera mayor y dónde viviría si aquí o allá. ¿Quién tenía razón, su padre o su madre? Supuso que sólo Dios conocía la respuesta y que, llegado el momento, se lo haría saber. Pero no ahora, porque ahora, él había pecado mucho, al dudar del amor de sus padres. Eso era muy grave. Tenía que confesarse, rezar y arrepentirse. Y aprovechar los estudios, para que Dios lo perdonara, para que todos estuvieran orgullosos de él y, además, porque le gustaba.

Y llegó otro final de curso y con él, nuevos elogios a su actuación y los premios y su nombre en el cuadro de honor del Instituto, y llegaron las vacaciones y pasaron y otra vez volvió a París. Ya era la tercera vez que lo hacía y durante ese curso sucedieron varios hechos que perdurarían en su memoria.

Se interesaba cada vez más por la música y algunos afirmaban que llegaría a ser un gran intérprete.

Pero también le gustaban la historia y la geografía y la matemática. Todo le gustaba menos el edificio, la comida, el régimen del Instituto y el director.

Pero entre los acontecimientos imborrables de esa época, estuvo el del cambio de director. En febrero de 1821, fue nombrado para el cargo, el doctor Pignier. Se trataba de un médico del Seminario de St — Sulpice, muy católico, con un carácter benévolo y con el que Luis llegó a entenderse mucho mejor que con el doctor Guillié.

También el doctor Pignier le tomó afecto y confianza a Luis, tanto que, no dudaba en decir que él haría famoso al Instituto de Ciegos de París... ¡Nada más y nada menos que el propio director diciendo esas cosas!... ¿sería algún día cierto lo que el corazón de su padre presentía?

Otro hecho, aparentemente rutinario, vendría a sacar a Luis de sus cavilaciones y a sumirlo en otras que le ocuparían años de su vida.

Un día, estando en clase de música, el director lo mandó llamar. Un visitante había llegado asegurando haber inventado un método para que los ciegos leyeran.

No era el primero. Tampoco sería el último. Cada tanto aparecía algún personaje sintiéndose héroe o redentor y exponiendo inventos o ideas que salvarían a los ciegos o a los sordomudos. Estamos de moda, afirmaba uno de los profesores, cada vez que alguien venía a interrumpir la calma, casi siempre con más perjuicios que beneficios para los alumnos. Pero en esta ocasión, Luis presintió algunas diferencias.

La cita era en el propio despacho del director y, al entrar, Luis oyó que el doctor Pignier le decía al visitante que él era el mejor alumno del Instituto. El personaje parecía importante, era un Capitán del Ejército y se llamaba Charles Barbier de la Serré. Pese a la elogiosa presentación que el director hiciera de Luis, el capitán se sintió muy molesto porque le presentaran a un mocoso de doce años. Luis estuvo tentado de señalarle que él ya no era un mocoso, pero se con tuvo. No obstante su orgullo herido se impuso y exclamó:

—Si el capitán así lo desea, y el señor director lo permite, puedo retirarme.

—Ya que está aquí, ¡quédese! —respondió cortante el capitán y agregó—: Espero, eso sí, que usted tendrá la amabilidad de conversar con sus profesores sobre este maravilloso invento que traigo.

El maravilloso invento que traía consigo el capitán, consistía en un sistema de escritura y lectura basado en la combinación de doce puntos en relieve dispuestos en dos filas verticales de seis puntos cada una.

Él lo denominaba sonografía. Haciendo un esfuerzo y, más interesado en que lo oyera el director que el chico que tenía delante, explicó en qué consistía su método y contó que lo había inventado durante la guerra para que los soldados se comunicaran entre sí, sin necesidad de luz, para no dar a conocer sus posiciones al enemigo, por la noche, y también para trasmitir mensajes secretos.

Dijo que se leía con la yema de los dedos y que se trataba de un sistema por medio del cual, se representaban sonidos.

Cuando el capitán puso bajo los dedos de Luis sus puntos, éste se olvidó de la antipatía que le había tomado por su insolencia y comenzó a hacer una serie de muy inteligentes preguntas, cada vez más interesado en el tema.

El capitán, por su parte, como lo que más ansiaba en ese momento era convencer a todos de lo maravilloso de su invento, y como pretendía que el mismo fuera adoptado como sistema oficial de lectura y escritura para ciegos, comenzó a explicar y explicar cada vez más entusiasmado, hasta el punto de olvidarse del hecho de que su interlocutor sólo contaba con doce años de edad.

Cuando la entrevista llegó a su fin, el capitán le dejó a Luis varias páginas repletas de puntos en relieve, más un punzón y una guía para escribir, además de sus recomendaciones de que lo probaran y lo adoptaran, ya que ningún sistema de lectura y escritura para ciegos, era tan genial como ése.

Luis ya no pudo volver a su clase de música, pero no le importó mayormente, ya que se sentía muy excitado por el invento del capitán.

Sin embargo, ese día, poco y nada pudo avanzar en el estudio del sistema, dado que las equivalencias entre los conjuntos de puntos y los sonidos que representaban estaban anotadas en tinta y Luis no se acordaba de todas y tampoco tenía a quien recurrir para que se las leyesen. Debió conformarse, entonces, y esperar.

En los días siguientes se propuso desquitarse y así lo hizo. Nada le preocupaba tanto en ese momento como la sonografía de Barbier. Cada minuto de su tiempo, lo dedicaba a estudiar el sistema y a practicar con él.

Por supuesto, varios de sus compañeros también se interesaron en el tema, así como algunos profesores ciegos y videntes, llegando incluso a descifrar mensajes. El método de lectura parecía funcionar, pero, con gran sorpresa para Luis, comenzaron a aparecer oponentes acérrimos al sistema y entonces las polémicas se hicieron más vivas y más extensas. Llegó un momento en que no se hablaba de otra cosa.

Hasta el propio director comenzó a preocuparse seriamente por el cariz que tomaban los hechos. Un día llamó a Luis para decirle que le parecía muy bien que se hubiese tomado el tema con tanta preocupación, máxime teniendo en cuenta que el capitán gozaba de buenas recomendaciones de varios amigos influyentes y que había que darle una respuesta. Pero la vida en el Instituto no podía girar exclusivamente sobre ese asunto. Que había otras cosas también importantes de las cuales ocuparse. Finalizó diciendo que al invento del capitán por ahora le daría largas.

—¿Puedo saber por qué? —preguntó Luis.

—Pues porque hay varios aspectos que no me convencen del todo.

—¿Puedo saber cuáles? Usted perdone mi insistencia, pero es que me interesa mucho.

—Sólo te explicaré una por hoy, porque ya te dije que hay otros temas pendientes. Yo también he estado estudiando el invento del capitán. Resulta que, a través de la combinación de puntos, se representan sonidos, no letras. Y en francés, un sonido puede estar representado por varias letras. Si un maestro hace un dictado, ¿como sabrá que el alumno conoce la ortografía de la palabra? Esto es un Instituto, no el ejército...

El director calló y, pasados unos instantes, Luis dijo:

—En realidad, nosotros...

—¿Nosotros? ¿Quiénes? —interrumpió Pignier.

—Bueno, usted ya sabe que aquí hemos sido varios los que nos interesamos por este invento y pensamos que la combinación de puntos puede usarse de otras maneras...

—Pues el capitán no admite que se le cambie nada.

—¿Usted ha vuelto a hablar con él?

—Pues sí. Y cuando le hice notar que no me convencía el hecho de que no se respetara la ortografía ¿sabes lo que me respondió? Me dijo: "si total son ciegos, ¿qué importancia tiene que no sepan ortografía? Al fin y al cabo la ortografía no es tan importante para los ciegos..." ¿Qué te parece? Como director no estoy dispuesto a aceptar un criterio semejante.

—Pero yo he estado pensando en que...

—Basta, Luis. Por hoy se acabó el tema. Ahora nos urge preparar el homenaje a Valentín Haüy, que es para lo que te he llamado.

El director reunió a todos y les explicó a alumnos y profesores la importancia de ese homenaje a quien fuera el fundador del Instituto para ciegos de París. Algunos oían por primera vez su nombre. Otros, lo conocían personalmente o habían trabajado junto a él. Entre estos últimos, las opiniones estaban divididas. Unos lo respetaban mucho, pero no faltaban quienes lo denostaban diciendo cosas terribles de él por sus actitudes políticas.

Fuera como fuera, durante quince días no se hizo otra cosa más que preparar el homenaje. Se limpió la casa lo mejor posible y hasta se llegó, con gran asombro de todos, a pintar alguna pared que ya estaba en situación calamitosa.

Se desempolvaron himnos y canciones, entre ellas, más de una, compuesta por alumnos y ex alumnos del Instituto que habían tenido por maestro al propio Haüy.

Se ensayaron formaciones, lecturas de poemas y composiciones, escritos especialmente para la ocasión y, en fin, se cuidó al máximo hasta el último detalle.

Luis, a quien todo lo que tuviera que ver con los ciegos, su historia y su situación, le interesaba sobremanera, aprovechó la ocasión para saciar su curiosidad acerca de ese personaje que iban a homenajear. Supo así que Valentín Haüy, en ese momento, un venerable anciano de 76 años, había fundado el Instituto en el año 1784. Que durante mucho tiempo se ocupó personalmente de la educación de los ciegos y que fue, en realidad, el primero que había defendido esa idea. Que quería a los ciegos como a sus hijos y que muchas veces así los llamaba, hijos míos.

—Sí, y ese viejo imbécil, se cree el gran papá —afirmó Jaime una noche en que estaba muy enojado.

A Luis le impactó eso de viejo imbécil y esta vez fue Gabriel quien le dio algunas pistas. Gabriel le aconsejó que no se preocupara demasiado por las opiniones de Jaime, que en realidad no quería a nadie y que estaba insoportable desde que le habían soplado a Zelia.

Como Luis cada vez entendía menos, su amigo, entre chanza y chanza le fue descubriendo parte de la vida subterránea del Instituto.

—¡Ay, rubio! —se quejó Gabriel— tú tan dulce siempre y las cosas te pasan

por encima sin que te enteres. ¿Cuándo vas a dejar de interesarte tanto por los

libros, para meterte en lo que realmente importa?

Y las cosas que realmente importaban, según Gabriel, eran los chismes del colegio.

—¿No me digas que tú no sabías que Zelia y Jaime eran novios?

No, Luis no lo sabía.

—Pues, sí, mi dulce, antes del gran escándalo, esos dos se entendían. Después, como ella era una ambiciosa, se enrolló con Guillié, y te podrás imaginar que, para conquistar a un director, no lo iba a contentar con simples morreos. Por culpa de ella lo volaron a Guillié, ¿o no lo sabías?

—¿Y qué tiene que ver todo eso con Valentín Haüy?

—¡Pero, rubio!; baja de la luna de una buena vez! —exclamó Gabriel por toda respuesta y se marchó.

El profesor de historia, por su parte, contó que el señor Haüy, al comienzo, se inspiró en la obra del Abate L'Éppe, quien se había dedicado a educar a los sordomudos y, muy confidencialmente, les dijo que Haüy había mantenido con el Abate una enconada polémica en un periódico de París.

El profesor pensaba que el Instituto debería llevar el nombre de su fundador, ya que su obra había sido muy importante. En cambio el señor Peret, el jefe del taller de telar, dijo que Guillié procedió muy bien cuando lo bautizó con el nombre de Institución Real de Jóvenes Ciegos.

—Que para eso tenemos un nuevo Rey en Francia y hay que respetar la figura del Rey. Así nos fue, cuando no lo hicimos. Los franceses tenemos que expiar muchos pecados —sostuvo el señor Peret.

Atando cabos, Luis también llegó a saber que el señor Haüy tuvo muchos problemas políticos y que nadie sabía a ciencia cierta si estaba con el Rey o con Napoleón. Una tarde, al entrar a la biblioteca, oyó que el señor Peret decía que Haüy era un vivillo que estaba con Dios y con el Diablo.

A raíz de sus vaivenes políticos el fundador tuvo que irse del país.

Nanette, en cambio, sostenía que se fue por razones económicas, pues era un ambicioso que lo único que anhelaba era hacer fortuna a costa de los ciegos. Lo cierto es que se fue a Rusia, donde fundó un instituto para ciegos similar al de París, llevándose consigo a Fournier, uno de sus primeros alumnos ciegos; uno de nuestros mejores muchachos, señaló el profesor de matemática; un adulón de Haüy, ¡un pelota!, opinó Nanette.

El profesor de historia contó que el señor Haüy dominaba varios idiomas y que por mucho tiempo se había ganado la vida como traductor.

Sus defensores decían que era un verdadero sabio, sus detractores, que un sinvergüenza. Estos últimos pertenecían al grupo de amigos de Guillié, quien prohibió que se hablara del fundador dentro del Instituto. Y unos por odio y otros por temor, todos callaron. Pero ahora había llegado el momento del desagravio y el justo reconocimiento, dijo Pignier, y el profesor de historia sostuvo que buen trabajo le hubo costado al director, convencer a los viejos carcamales del Consejo Administrador del Instituto de que Haüy no era un terrorista, y de que ya no era peligroso ni para el país, ni para el colegio.

—¿Terrorista? —preguntó asombradísimo Luis.

—Todavía eres muy joven, pero ya comprenderás, cuando seas mayor, que la vida y el momento histórico que nos ha tocado vivir, son mucho más complicados de lo que parecen...

Pignier, por su parte, el día que les habló del homenaje a realizar, dijo que nadie es perfecto, que todos tenemos virtudes y defectos, pero "dad al César lo que es del César"...

Luis no entendió bien esta última frase, pero como sonaba bonita, la incluyó en la composición que estaba redactando para el acto. Sin embargo, el director, pese a que él mismo la había pronunciado, no estuvo de acuerdo en que quedara en la composición. Lo mandó llamar y le dio una larga explicación que Luis no logró entender completamente, pero accedió a quitar la controvertida frase.

Y ya que tenía la oportunidad de hablar a solas con el director, le formuló un planteamiento referente a la sonografía. Con el mayor respeto, le solicitó que consultara al señor Haüy sobre el sistema del capitán.

El doctor Pignier, se rió y se burló amistosamente de Luis:

—¡Ah! este chico. Qué tozudo eres... ¿Alguna vez podremos hablar sin que el capitán se mezcle en nuestra conversación?

—Perdóneme señor director. Prometo que no hablaré más de este asunto, hasta que usted me lo pida.

—Bueno, bueno, como tenemos ya al capitán metido en la charla, sigamos con él. Pues bien, jovencito, sepa usted que ya he hablado de este tema con el señor Haüy.

—¿Y qué dijo? —preguntó ansioso Luis.

—Verás... No le gusta.

—¿Porqué?

Pignier explicó que una de las grandes preocupaciones del señor Haüy consiste en que se borren al máximo las diferencias entre los ciegos y los que ven. Sostiene que unos y otros pueden trabajar juntos y ayudarse mutuamente. Pero que, para lograrlo, es necesario que los recursos de que se valen los ciegos, no sean demasiado diferentes de los que usan los que no son ciegos. En el caso de la lectura, no deben utilizarse representaciones distintas para que los libros sirvan, tanto para unos, como para otros.

Haüy logró que los ciegos le enseñaran a los niños con vista y algunos llegaron a ser excelentes profesores. Antes de irse a Rusia, fundó una escuela en la que matriculó chicos videntes y en la cual, la mayoría de los profesores eran ciegos. Pero para que la experiencia pudiera funcionar, ambos debían tener las mismas fuentes de información. Los libros, por ejemplo, tienen que hacerse en relieve para los ciegos, pero con las mismas letras que usamos los que vemos, para que puedan ser leídos a la vez por los que ven y por los que no ven.

—Entonces —continuó el director— comprenderás ahora que el señor Haüy no está para nada de acuerdo en que se adopte un sistema que levantaría una valla entre ciegos y videntes. Cree que eso os aislaría aún más. Me gustaría que meditaras sobre esto, Luis. Puede que te sea útil —concluyó el doctor Pignier.

—Así lo haré, señor.

—Y por hoy, basta. Pasado mañana estaremos de fiesta y serán muchas las personas importantes que vendrán a visitarnos. ¡Tenemos que lucirnos!

El año 1821 marcaría para siempre la vida de Luis. De allí en adelante, sus mayores alegrías y sus mayores penas, dolores y satisfacciones, estarían unidas a la figura del Capitán Barbier y a su sistema de puntos en relieve. Así como de niño su mayor deseo fue leer y escribir, ahora no cejaba en su empeño por lograr la forma de que este anhelo se transformara en realidad. Vivió una auténtica fiebre de puntos. De una manera un poco vaga al principio, vislumbró el perfil de un posible camino.

Muchas veces, en lo íntimo de su corazón, bendijo la idea del capitán y muchas veces también, la maldijo porque le trajo mil complicaciones y porque le resultaba muy difícil luchar solo. Y la lucha se daba en varios terrenos: en el de la aceptación, en el del rechazo, en el de las modificaciones que él deseaba introducir en la sonografia que su inventor se negaba a aceptar.

Por otra parte, la idea de que un sistema semejante aislaba aún más a los ciegos, se fue haciendo carne dentro y fuera del Instituto y hasta hubo quienes no querían ni oír hablar del asunto.

Sólo Pignier y algunos de sus propios compañeros, alentaban a Luis en sus investigaciones.

Pero únicamente contaba con una pauta para escribir, la que le había dejado el capitán. Y esto complicaba la tarea. Porque Luis estaba empeñado en probar distintas alternativas y posibilidades y deseaba que otros lo hicieran también. Pero el tiempo era poco, el papel escaso y la pauta, una sola.

Por eso, cuando llegaron las vacaciones, sin decirle nada a nadie, ni pedir permiso ninguno, se llevó la pauta y el punzón a su casa para ensayar todas las posibilidades y se pasó las vacaciones buscando la mejor manera de representar cada letra. Pero, en su casa, le faltaban dos cosas. Le faltaban otros ciegos con quienes practicar y le faltaba la posibilidad de dialogar con el capitán para hacerle conocer sus propuestas. Sabía de antemano que el capitán pondría el grito en el cielo, pero él tenía la obligación de convencerlo y demostrarle que la ortografía era útil y necesaria a los ciegos, tan necesaria como para las personas que ven.

Desde que se había marchado de su casa, éstas fueron las primeras vacaciones que le resultaron eternas. Tantas eran sus ansias por volver al Instituto para practicar con el sistema y someterlo a la consideración de otras personas ciegas, que sentía que las vacaciones no terminaban nunca.

A su vuelta al colegio, Luis se las ingenió para que en el taller de carpintería se confeccionaran más pautas y punzones para que sus compañeros y algunos profesores pudieran también hacer sus prácticas y experiencias. Dados su carácter y su aplicación, gozaba de ciertas prerrogativas que él aprovechaba en beneficio de sus investigaciones sobre los puntos en relieve.

Hasta Nanette un día le sugirió que por qué no paseaba un poco, que todo en la vida no era estudiar y pinchar papeles.

El 18 de marzo de 1822 llegó la noticia de la muerte de Valentín Haüy. Apenas habían pasado ocho meses desde el día del gran homenaje al viejo maestro. La noticia de su muerte provocó reacciones encontradas. Quienes lo apreciaban sinceramente, estaban muy conmovidos. Quienes lo odiaban, se alegraron, aunque se cuidaron mucho de manifestar sus sentimientos.

—Este zorro viejo se ha salido con la suya y muere como un héroe —comentó Nanette durante el almuerzo.

—¿Por qué le llamas zorro viejo? —preguntó Luis.

—Porque eso fue. Un zorro que se las sabía todas y movió influencias para que lo reconocieran como el fundador de esta casa.

—¿Qué influencias?

—¡Puf!, un montón. ¿Acaso no está usted enterado de que tenía un hermano cura?

—No.

—Pues sí señor. Y los curas, ya se sabe, son capaces de mover a Dios y al Diablo...

—¡Nanette, por favor!

—Vamos, vamos, Luisito, no sea tan ingenuo. Este curita, además, se las da de científico y dicen que ha descubierto no sé qué cosa sobre las piedras.

—¿Qué es lo que ha descubierto? —interrogó Luis siempre ansioso por acumular conocimientos.

—No tengo ni la más pajolera idea. Lo único que sé es que se pasa todo el día rompiendo piedras. Lo supe por la hermana de una amiga mía que trabaja en el museo donde viven los dos viejos, el cura y el Valentín. Fíjese, hasta para eso se valió de su hermano. Al volver a París no tenía dónde caerse muerto y el cura se lo llevó a su casa.

—Pero a mí eso me parece bien. Es lógico que un hermano ayude a otro.

—Eso si se tratara de su propia casa, pero no en un museo. Al cura lo han dejado vivir allí por eso de que se las da de científico. Pero ¿qué hacía allí Valentín? Lo único que hizo fue machacar a la servidumbre que tuvo que ocuparse de un viejo más que, para colmo, apenas podía con sus huesos.

—Nanette, veo que hoy estás que muerdes. Según tú el pobre Valentín Haüy no ha hecho nada bueno.

—¡Na, de na! —replicó al instante la cocinera.

—Creo que estás equivocada. Yo para preparar mi redacción, la que leí el día del homenaje, estuve investigando bastante sobre la vida del señor Haüy y creo que los ciegos debemos estarle muy agradecidos.

—Mire, ¿sabe lo que le digo? Que se ande con cuidado. Ahora que ha muerto en loor de multitudes puede convertirse en un enemigo para sus puntitos.

—¿Qué sabes tú de eso, Nanette?

—Bueno... en realidad, no mucho más de lo que cuenta don Pablo, el jefe del taller... Pero, ¿a que no sabe que el viejo zorro mantuvo hasta el final su idea de que los ciegos deben de leer con las letras comunes en relieve y hasta se inventó un método nuevo que crea signos para abreviar un poco?

—Sí, sí que lo sé.

—¿Y entonces?

—Y entonces, ¿qué?

—¿Con qué nos quedamos, con sus puntitos de usted, o con las letras en relieve?

—Yo qué sé... Todavía no lo sé, Nanette.

—Claro, claro, usted es demasiado joven aún... y demasiado ingenuo...

—¿Qué pasa hoy aquí que se charla tanto? —rugió la voz del celador acercándose cada vez más.

Luis oyó los pasos acelerados de Nanette en dirección a la cocina y respondió: —Estábamos hablando de Valentín Haüy.

—Las cocineras no tienen por qué hablar de nadie con los alumnos —sostuvo, furioso, el celador.

—Es que Nanette... —comenzó a decir, tímidamente, Luis.

—Nanette es una cocinera y punto —sentenció el hombre dando por terminada la conversación y ordenó, mientras se alejaba—: ¡termine de almorzar de una buena vez!

Una hora más tarde, el director los reunió a todos en el patio de la planta baja para resaltar, una vez más, la figura del maestro desaparecido.

Al día siguiente los alumnos, acompañados por casi todos sus profesores, se dirigieron a la iglesia de Saint—Medard donde se ofició el funeral de cuerpo presente. Allí cantaron una misa compuesta por Galliod, que era maestro de la capilla del Hospicio de los Quinze—Vingts. Luego, la comitiva, encabezada por el doctor Pignier, encaminó sus pasos al cementerio de Pére—Lachaise donde tuvieron lugar las exequias, antes de bajar el ataúd a su tumba.

Durante las honras fúnebres, Luis conoció la voz del abate Rene—Just Haüy, el hermano de Valentín, del cual le hablara Nanette. El abate que ya contaba con 79 años, sobrevivió poco tiempo a su hermano. Murió el 3 de junio de 1822. Luis lo supo por Nanette, quien le contó que el sepelio del cura había sido mucho mejor que el del viejo zorro, que hubo mucha más pompa y que el cementerio había resultado pequeño para tanta gente como asistió.

Ese día, durante las horas de descanso anteriores a la cena, Luis estuvo meditando en los sucesos de los últimos meses. Evocó la voz del abate, conocida en el lúgubre marco del cementerio y recordó que durante el trayecto desde la iglesia, Pignier le presentó a Galliod, el autor de la misa y, de esta forma, conoció la existencia de los Quinze — Vingts y supo que allí vivían otras personas ciegas.

Pasó varios días indagando sobre esa institución. Se enteró así de que se trataba de un asilo—hospital, que había sido fundado en el año 1260 por San Luis, el santo que había sido rey o el rey que llegó a santo, como decía en tono jocoso el profesor de historia.

—¿Y por qué se llama Quinze—Vingts? —quiso saber Luis.

—Verás —comenzó el profesor de historia— durante la Séptima Cruzada Santa, trescientos caballeros cristianos franceses fueron cegados por los infieles. A su vuelta a Francia, al estar ciegos, no tenían ni qué comer, ni dónde vivir. Entonces el rey fundó ese hospicio para que vivieran allí como recompensa a su labor y sacrificio. Se dice que eran quince compañías de veinte hombres cada una, y de allí su nombre de los quince—veinte, o sea quince veces veinte, que si multiplicas, significa trescientos...

—¡Bah, bah, bah, paparruchas! —interrumpió el profesor de música que, sin saludar siquiera, estaba oyendo la conversación, no se sabía desde cuándo—. Todo eso son historias inventadas, porque los franceses siempre tenemos que glorificar todo lo que hacemos. Si un hecho no suena a gloria, no existe. En eso nos pasamos la vida los franceses...

—Es usted un tanto descreído y desdeñoso —comentó el profesor de historia.

—¿Y entonces? —terció Luis que deseaba evitar una discusión estéril entre ambos profesores y a la vez obtener el máximo de información sobre el tema.

—Mira, hijo —explicó el profesor de música— la verdad es que, sin pena ni gloria, ese hospicio fue creado para albergar a trescientos mendigos ciegos que había en París a mediados del siglo XIII. Parece que al rey—santo le dio cierto apuro el que hubiera tanto mendigo suelto por París y decidió limpiar la ciudad, metiéndolos a todos en un asilo.

—¿Y hay niños ciegos allí? —preguntó Luis.

—No, no —dijo el profesor de música— los niños estáis aquí, ¡gracias a Dios, o a quien sea!

—Verás —agregó el profesor de historia—. ¿Recuerdas que Valentín Haüy fundó la primera escuela para ciegos en 1784, no? Bueno, a finales del año 1800, a raíz de unos problemas que tuvo Haüy con el gobierno, el ministro del interior que había entonces y que se llamaba Chaptal, decidió cerrar la escuela y trasladó a todos los alumnos a los Quinze—Vingts. Poco tiempo antes de que tú llegaras aquí, la vieja escuela de Haüy fue nuevamente separada del hospicio y se trasladó a este edificio con todos los menores de quince años.

—¡Ah!, por eso es que cuando nombráis al anterior edificio lo hacéis todos de una forma un tanto misteriosa y triste...

—Sí. A mí, particularmente, no me gustaba nada que los niños tuvieseis que compartir habitación con los soldados de la campaña de Egipto, la mayoría de los cuales son unos borrachos perdidos... y sé que no debiera estar diciéndote estas cosas, por favor, terminemos la conversación...

—Por suerte todo ha cambiado —indicó el profesor de música y nuevamente repitió—: ¡Gracias a Dios o a quien sea!

En realidad, el profesor de música decía "o a quien sea" porque no se atrevía a nombrar a Guillié quien fuera designado director en el momento de separarse el colegio de los Quinze—Vingts. El doctor Guillié estaba siendo juzgado por su mala reputación al frente del Instituto de Ciegos a raíz del escándalo provocado por su relación con Zelia, la que antes había sido novia de Jaime e institutriz del colegio. Corrían muchos rumores sobre este suceso y la conducta moral del doctor Guillié estaba en tela de juicio. Nombrarlo en ese momento, no estaba bien visto, por más amigo de él que se hubiera sido...

A Luis, esto no le parecía bien. Él no tenía un buen recuerdo del doctor Guillié, tan aburrido y distante, pero pensaba que debían reconocérsele sus buenas obras, pese a todo.

El profesor de música, que fue amigo personal de Guillié, sostuvo que él ignoraba por completo sus relaciones con Zelia, que de haberlo sabido, no habrían sido tan amigos.

—Una bonita forma de eludir la cuestión —opinó Nanette cuando Luis le contó las palabras del profesor.

Como consecuencia de los dimes y diretes, a Luis se le despertó la curiosidad por conocer más detalles de la vida en los Quinze—Vingts y de las personas ciegas que allí se albergaban.

—Todo se andará —le aseguró el director.

—Pero... es que yo estoy muy preocupado por saber si, cuando cumpla dieciocho años, me enviarán a vivir allí.

—Todavía faltan algunos años para que llegues a los dieciocho —señaló Pignier—. Y esa no es la única posibilidad que te ofrece la vida. Una persona inteligente, capaz y sensible como tú, puede tener otras opciones...

—¿Cuáles?

—Ahora mismo no se me ocurre cuáles, pero en su momento se verá.

—Pero Juan y Andrés, el año pasado, fueron enviados a los Quinze—Vingts. —Y tú, ¿cómo sabes eso?

—Usted perdone, señor, pero me gustaría reservar el nombre de la persona que me lo ha dicho...

Luis se había enterado por Nanette, que también tenía una conocida que trabajaba allí. Pero sabía perfectamente que no debía delatar a la cocinera porque, entre otras cosas, era una excelente fuente de información.

—Está bien —asintió Pignier—. Por esta vez pase, pero ten cuidado con los cotilleos.

—Lo tendré, señor, lo prometo. Pero por ahora, sigo pensando si ese asilo será mi morada futura.

—Pero vamos a ver, ¿acaso tú puedes compararte con Juan y con Andrés?

Luis bajó la cabeza, entre avergonzado y respetuoso. Los dos fueron compañeros suyos y, aunque malos alumnos, Juan era bastante habilidoso y le ayudó fabricando pautas y punzones y Andrés le había regalado algún que otro dulce recibido desde su pueblo.

—Mire usted, joven Braille —comenzó Pignier. Siempre que se ponía serio le llamaba así, joven Braille, o jovencito y le trataba de usted.— Su futuro no es cosa sólo suya. Todos estamos implicados en el tema. Usted lo que debe hacer es confiar, primero en usted mismo y después en sus padres y en todos nosotros. Por ahora ocúpese sólo de estudiar y de seguir desarrollando ese sistema de puntos del Capitán Barbier... Como siempre, el capitán se ha metido en nuestra conversación y esta vez ha sido culpa mía... A propósito, ¿cómo marcha ese trabajo? El otro día alguien me comentó que a las siete de la tarde, en la biblioteca, era tal el ruido de punzones pinchando papeles que parecía una fábrica...

Pignier se rió de buena gana, pero Luis le pidió unos días más antes de comunicarle sus resultados. Le explicó que aún debía ajustar algunos detalles que no encajaban del todo bien. E insistió en que la ayuda de sus compañeros ciegos era valiosísima, dado que necesitaba saber si el sistema funcionaba o no.

—Está bien, continúa trabajando, que yo me encargaré de lidiar al capitán. —¿Sigue contrariado?

—Pues sí, y mucho. Se trata de una persona muy irascible y, además, vivimos en una época en la que cada uno quiere colgar un título de reconocimiento del gobierno en su despacho. Ya ves, tú preocupado por tu futuro y resulta que, a tus cortos años, ya tienes enemigos...

Esas palabras dejaron muy preocupado a Luis.

Él no desea tener enemigos. Él sólo quiere encontrar la manera por medio de la cual los ciegos puedan leer y, sobre todo, escribir con rapidez, con seguridad y donde les dé la gana. Pero se encuentra, por un lado, con la oposición de los que ven, y no con buenos ojos precisamente, que se oponen a que se adopte un sistema que les resulta totalmente ajeno y, por otro lado, están los que piensan que no se debe cambiar los métodos del maestro fundador de la escuela que fue el primero en preocuparse por enseñarles a leer y escribir. A escribir con letras de molde, claro, tarea que hay que realizar en el taller. Entre otros inconvenientes, a través de ese mecanismo sólo se pueden escribir frases cortas. Y los ciegos jamás han podido enviar una carta, ni tomar apuntes, ni escribir sus propios poemas...

Ahora, la muerte de Valentín Haüy, parece quitarle del camino a Luis a un posible y difícil adversario, como le advirtió Nanette.

El sistema de puntos en relieve, aparentemente funcionaba, pero uno de sus compañeros le hizo una observación en la que Luis meditó muchísimo durante las siguientes vacaciones. Ese compañero era, después de Luis, el que mejor dominaba el uso de los puntos en relieve, pero sostuvo que la lectura y la escritura resultaban lentísimas. Que para ir tan despacio, era preferible seguir con el método inventado por Haüy.

La observación era cierta. Pero Luis notaba que era más fácil detectar un conjunto de puntos que las letras con trazo continuo. De lo que se trataba entonces, era de encontrar la manera más fácil, cómoda y rápida de utilizarlos.

Antes de marcharse nuevamente a Coupvray, Luis mantuvo una entrevista con Barbier, pero el capitán se mostraba inflexible. No aceptaba cambios en su sonografía, y menos aún que los mismos le fueran impuestos por un ciego. Al fin y al cabo, él no inventó la sonografía pensando en los ciegos... Si les servía bien, y si no, también.

El capitán, además, estaba muy enfadado, no tanto porque se pensara en cambios sino, sobre todo, porque las opiniones en contra de su invento ganaban cada vez más terreno y no conseguía lo que tanto ansiaba: que su sonografía fuera declarada oficialmente como un sistema de lectura y escritura para los ciegos. Le importaba más esto último, que las posibles adaptaciones propuestas. Al menos, así le pareció a Luis.

Con estas dos preocupaciones pues, marchó ese año a su casa: cómo convencer a Barbier y cómo lograr que la lectura y la escritura fueran lo más veloces posible.

Luis salía de casa sólo para ir a misa los domingos. A lo sumo se sentaba al sol en el jardín, con papel, pauta y punzón en mano, practicando una y mil maneras de agilizar el uso de esos puntos en relieve que, bajo sus dedos se le antojaban como un camino firme, o un río que abrigara un puerto seguro, o una fruta a punto de estallar esparciendo semillas generadoras de nuevas vidas capaces de multiplicarse, invadiéndolo todo...

Hasta que una tarde, la luz se hizo en su mente. Como Arquímedes sintió deseos de salir corriendo y gritando "¡Eureka, lo encontré!"

Se puso a saltar y a dar voces, de una manera tal, que sus padres llegaron a temer por su salud mental. Tanta era su alegría que se abrazó a su padre, cuando éste corrió a ver qué sucedía y bailaba en torno a él y se reía como un insano.

Simón, que desconocía por completo el motivo del escándalo y que, además, estaba seriamente preocupado por la actitud de su hijo desde que había llegado, lo tomó fuertemente por los hombros y zamarreándolo casi, gritó:

—¡Basta Luis! No sé qué locura tienes encima. Pero, ¡basta ya!

—Papá, papá, ¡déjame que te explique!

—Son muchas las cosas que debieras explicarme, no sólo ésta. Tu madre y yo estamos muy preocupados.

Luis sentía que las palabras de su padre le llegaban como de otro mundo que nada tenía que ver con la alegría que en ese momento lo embargaba.

—Pero papá, mira yo...

—Nada, no miro nada —interrumpió tajante Simón. Luego suavizó un poco el tono y colocando una mano sobre el hombro de Luis, señaló:

—Escucha hijo. Una vez tú te quejaste porque yo tenía mucho trabajo y no estaba contigo. Me recriminaste porque ni siquiera habíamos realizado ninguna caminata juntos ¿recuerdas? Ahora soy yo quien te recrimino y me quejo. ¿Acaso ya no existimos para ti? ¿Por qué no dejas tus preocupaciones un poco de lado, como una vez las dejé yo, y salimos a dar un paseo?

Luis sintió que unos pesados nubarrones tapaban el sol de su alegría y su felicidad. Pensó por un momento si le convenía o no salir con su padre. Lo que él más ansiaba comentar, a su padre no le interesaría. ¿Para qué entonces? ¿Para qué? No sabía bien para qué, pero, dejando caer la cabeza sobre su pecho, dijo en un hilo de voz:

—Está bien, papá. Salgamos.

Y salieron a caminar y dieron un largo paseo, pero el silencio se había instalado entre ellos e impedía hilvanar el hilo de cualquier conversación. Se interponía entre frase y frase y costaba mucho trabajo espantarlo. Luis comprendió ese día lo difícil que resulta derrotar al silencio cuando nos da una batalla sin cuartel. Al fin llegaron al viejo recodo del camino cerca del cementerio. Allí se sentaron y el antiguo lugar ejerció una vez más su magia comunicativa.

Simón estaba muy dolido. Sentía que París y el Instituto le habían robado a su hijo. Volvió a repetir que se sentía muy orgulloso por sus éxitos. De eso no tenía de qué quejarse. Cada vez eran más los elogios que recibía. Luis era buen alumno y se perfilaba como un futuro gran músico.

Ellos, en cambio, no estaban a su altura. Sabían leer y escribir, pero eran gente pobre e ignorante. No tenían el nivel cultural de ese hijo tan virtuoso. Lo mismo ocurría con el pueblo. Coupvray no podría jamás, ni por asomo, parecerse ni siquiera a la sombra de París. Pero fuera como fuera, ignorantes y todo, eran sus padres y lo querían más que nadie en este mundo.

Simón le recordó lo mucho que había sufrido con la separación, pero que la aceptó como parte del sacrificio que todos debieron hacer en pro de su futuro. Pero que, si por culpa de ese futuro, por más prometedor que fuera, iban a perder el amor del hijo, maldito fuera el momento en que se decidieron a separarse y enviarlo a París.

Luis comprendió, de golpe, que estaba solo. Solo frente a un mundo dividido entre un pueblo y una capital. Solo frente a un mundo que exigía, reclamaba y opinaba, pero que no estaba dispuesto a ceder, ni un ápice, en sus posiciones.

Esas terribles contradicciones, sólo él, solo, debía de cargarlas sobre sus espaldas. Pero tenía frente así a un padre que lo amaba, aunque no lo comprendiera.

Desde su soledad, pidió perdón. Se abrazó a su padre, fuerte y desesperadamente, tanto, que ambos llegaron a perder el aliento.

Las palabras, los sentimientos, los antagonismos, los aciertos, las penas y hasta los silencios de ese día, los llevaría marcados a fuego, para siempre.

Luis regresó a París con el alma dividida. Pero sus dedos se negaban a olvidarse de los puntos. Pasó largas horas rogándole a Dios que le devolviera la paz que necesitaba para dedicarse de lleno a la tarea de desarrollar un sistema tal cual lo había vislumbrado, en su casa, la tarde en que su padre le recriminó su falta de cariño. La paz, no siempre llegaba, pero sus dedos se negaban a olvidarse de los puntos.

Fue así como, pocas semanas después, encontró la solución. Decidió trabajar con ahínco durante el curso escolar, para tener el trabajo lo suficientemente adelantado, tanto como para olvidarse de él, cuando llegaran las vacaciones. De esa manera, durante las mismas, sólo de dedicaría a su familia, a sus vecinos, a enterarse de las pequeñas noticias del pueblo y a disfrutar de un aire, de un sol y de unas comidas que en París, no podrían existir jamás.

Ahora comprobaba que la mejor solución era la más sencilla, aunque a veces cueste dar con ella.

Porque era aparentemente sencilla la solución encontrada para lograr un sistema de puntos en relieve que fuera realmente funcional.

La misma, consistía en dividir en dos la serie de puntos ideada por Barbier y trabajar sólo con seis puntos, ordenados en dos filas verticales de tres, en lugar de hacerlo con los doce del capitán, ordenados en dos filas verticales de seis cada una. Otra vez la matemática corrió en su ayuda y supo que, de esta manera, se obtenían 63 combinaciones que resultaban más que suficientes para representar todas las letras del alfabeto, más los signos de puntuación.

De esta manera también se formaban unos signos más pequeños, fácilmente captables por la yema del dedo, sin necesidad de desplazarse arriba y abajo, con lo cual se adquiría más velocidad de lectura y se ganaba tiempo en la escritura al reducir el número de puntos necesarios para representar cada letra.

Pero antes de comunicar nada a nadie, Luis quería comprobar por sí mismo si el método funcionaba.

Deseaba desarrollar una estructura lógica y, para lograrla, trabajó porfiadamente y en silencio durante meses.

Hubo días en que tuvo que realizar enormes esfuerzos para no ponerse a bailar y a gritar como lo había hecho en su casa. Hubo días en que tuvo que apelar a toda su fuerza de voluntad y disciplina para no contarle a los demás en qué estaba. De un modo vago y secreto sentía que, si quienes no compartían sus preocupaciones y sus investigaciones metían las narices, todo se iba a echar a perder. Este era un secreto que sólo compartía consigo mismo y con Dios.

Sólo así se logra que los sueños se hagan realidad. Si lo cuento no me sale. Tengo que seguir en silencio, trabajando duro, pero solo, porque la estructura está toda aquí en mi cabeza, pero tengo que darle forma, y si otros se inmiscuyen, la forma se rompe, se resquebraja, pierde coherencia...

También le preocupaba mucho otra cuestión: ¿qué hacer frente al hecho real de que el sistema en el cual estaba trabajando se transformara en un elemento de aislacionismo? Tampoco quería discutir este tema con nadie. No quería dejarse convencer, ni enredarse en discusiones ociosas; por ello, decidió no tomar demasiado en cuenta este punto. Al fin y al cabo, no sabía aún si este camino era el correcto. Si lograría realmente un alfabeto adecuado al tacto o todo terminaría en especulaciones estériles, enredado en las cuales habría perdido miserablemente su tiempo.

La mente bullía, el corazón se desbocaba, pero el rostro permanecía impasible y ni un músculo siquiera delataba a los demás el torbellino que lo asolaba.

No faltaron los curiosos, los sinceramente interesados que, de tanto en tanto preguntaban, pero Luis respondía que ya les participaría sus ideas cuando las tuviera claras. La aventura creadora, era una aventura personal, individual y solitaria.

Sin abandonar sus obligaciones con el Instituto, redobló sus horas de trabajo y probó varias formas de representar el alfabeto, hasta que una noche descubrió que debía ordenar los puntos en forma seriada. Otra vez, como aquella tarde en Coupvray, se hizo la luz en su pensamiento. Pero esta vez no gritó, ni rió, ni abrazó a nadie, porque sólo podía compartir su emoción con el silencio.

París silenciosamente dormía, y a nadie podía importarle que en una esquina de la calle Saint Victor, un joven ciego escribiera afanosamente, llenando hojas y más hojas con puntos sistemáticamente ordenados.

La noche fue tan avaramente corta que, cuando sonó la campanilla que cada mañana despertaba a todos, Luis había logrado sólo dar forma a las letras, pero no tuvo tiempo de probar cómo quedaban las palabras y las frases así representadas. Pensó en privarse del desayuno, pero se dio cuenta de que tenía hambre, pues la noche anterior, no había cenado, arguyendo un ligero malestar de estómago, que en realidad no existía, pero que era una magnífica excusa para no perder tiempo, un tiempo que deseaba ocupar por entero en sus investigaciones.

Pocas noches más fueron suficientes para poner a punto el alfabeto y escribir varias palabras y frases con las que realizaría las correspondientes pruebas con sus compañeros ciegos.

Las diferentes actividades de los alumnos, finalizaban a las cinco de la tarde. A las ocho en punto se servía la cena. Entre las cinco y las ocho, los internos disfrutaban libremente de esas tres horas para realizar tareas personales, estudiar o descansar. Un lunes por la mañana Luis pidió permiso para hacer una reunión de alumnos en la biblioteca. Tema: la sonografía Barbier adaptada.

Este tipo de reuniones solían hacerse de vez en cuando para tratar distintos asuntos. Por lo tanto, nadie le dio mayor importancia a la misma. No había de qué preocuparse. Menos teniendo en cuenta que quien solicitaba la reunión era Luis Braille. Por lo mismo ningún miembro del personal se hizo presente. No era necesario vigilar. El nombre Braille, aseguraba corrección, dedicación y seriedad. Los celadores videntes decidieron que se trataba de cosas de ciegos y los monitores ciegos, que se trataba de las tonterías de siempre de un maniático que últimamente ni siquiera venía a cenar.

Sólo la mitad del alumnado se hizo presente en la reunión, cosa que a Luis no le preocupó en lo más mínimo. Al contrario, le alegró, dado que quienes asistieron fueron los compañeros más sinceramente interesados en sus indagaciones.

De esta manera, el joven Braille hizo su primera presentación del resultado de sus investigaciones.

Cundió el entusiasmo entre los asistentes. Luis se había tomado el trabajo de hacer varias copias de su alfabeto y de escribir varias palabras y pequeñas frases y distribuyó las copias entre sus condiscípulos. Su gran sentido didáctico era capaz de discernir claramente cuáles eran las aplicaciones más sencillas para los demás.

Antes de la cena, dos de los presentes en la reunión fueron capaces de leer algunas palabras.

En los días siguientes se vivió en el Instituto una verdadera primavera de puntos. Los más hábiles en manualidades confeccionaron nuevas pautas para escribir y los más diestros en la lectura llegaron a dominarla en un par de semanas.

Y quedó demostrado, sin lugar a dudas, que el método funcionaba.

No obstante, renació la polémica. Pero Luis no era un polemista. No le interesaba. Sólo ansiaba poner a punto su sistema y demostrar que una persona ciega podía afrontar una dificultad derivada del hecho de no ver, resolviendo un problema, transitando por una vía, hasta el momento, reservada a los que gozaban de la vista, pero que no se planteaban como un drama, la imposibilidad de escribir, de forma segura y autónoma, que padecían los ciegos.

Ya a esa altura estaba seguro, más que seguro, convencido de las bondades y posibilidades de su invento. Pero decidió aplacar los ánimos, y afirmó que había que ser cautos, realizar muchas experiencias y que lo que a él lo conformaba era, simplemente, haber descubierto un posible camino.

Al llegar las vacaciones, Luis decidió cumplir con la íntima promesa que se había hecho de realizar un alto en sus investigaciones. No obstante, no pudo marcharse a Coupvray con las manos vacías. Se llevó sus apuntes y una de las pautas que había diseñado junto con sus compañeros.

Instalado ya en su casa, pasaba la mayor parte del tiempo sin hacer aparentemente nada. Pero su mente bullía y aunque se esforzaba por compartir los pequeños incidentes de la vida campesina, la verdad es que en muchos momentos estaba como ausente.

Una noche, una vez finalizada la cena, Simón le preguntó si podían conocer la causa de sus preocupaciones. Luis dudó un instante, a través del cual muchas ideas pasaron por su mente y recordó aquella frase de su padre por medio de la cual se lamentó de que ellos, su propia familia, por falta de cultura, por ignorantes, no podían compartir experiencias e inquietudes con ese hijo que se estaba convirtiendo en un intelectual...

Inmediatamente comprendió que, muchas veces, por no decir siempre, el verdadero amor suple las carencias culturales y que el punto de vista de quienes están totalmente fuera de un problema, nos puede ayudar a verlo de otra manera. Nada se perdía con contarles el motivo de sus cavilaciones, aventando así toda idea errónea sobre las mismas. Sus hermanas, por ejemplo, dictaminaron que estaba enamorado y no perdían ocasión de mortificarlo preguntando en forma directa o sesgada por el nombre de la chiquilla, si era ciega o no, si era alta o delgada, rubia o morena...

Decidió pues compartir con su familia y en especial con su padre, el motivo de sus preocupaciones. Notó que cada uno a su manera se iba interesando cada vez más en su exposición, a tal punto que, en determinado momento, tuvo que salir en busca de la pauta y el punzón, sus copias del alfabeto y las hojas de práctica. El entusiasmo de la familia era tan sincero, que Luis no se atrevió a hacerlos partícipes de una de sus mayores angustias, o sea su polémica con Charles Barbier.

Para su sorpresa y satisfacción, cada uno de los miembros de la familia se interesó tanto que casi llegaron a dominar el alfabeto en una semana. Noche tras noche, el invento de Luis era motivo de comentarios y consideraciones y cada uno comprobó también las condiciones didácticas del joven. El muchacho poseía un gran sentido de comunicación y era capaz de trasmitir sus ideas y conclusiones con una gran claridad y precisión de conceptos.

Simón, un poco preocupado, pensó que tenía que aprender a leer con la yema de los dedos y la verdad es que los pobres estaban bastante estropeados por culpa del trabajo. Pero Luis le hizo comprender que, dado que ellos veían, lo podían leer perfectamente con los ojos. De paso, Luis comprobaba si el método era factible, o no, de ser manejado por los que veían con la misma eficacia con que podía hacerlo un ciego con sus dedos.

Monique tuvo algunos problemas porque ella ya no veía bien. Y unos días más tarde se decidió, por fin, a encargar un par de gafas, cosa que sus hijos le venían sugiriendo desde tiempo atrás, pero a lo que ella se negaba, arguyendo razones de índole económica.

Mientras, la familia seguía interesada y tanto era el entusiasmo que Luis no se atrevió, por el momento, a contarles las enconadas discusiones que su método estaba provocando. Pensó que sería mejor que primero lo conocieran bien. Luego estarían en mejores condiciones para enfrentarse a los posibles inconvenientes que el uso de esa forma de comunicación entrañaba.

Todos vivían aún la euforia que el invento de Luis introdujo en la casa, cuando una tarde se oyeron fuertes voces en el taller de Simón. El padre conversaba con alguien que venía un tanto ofuscado y a quien el talabartero trataba de serenar. A Luis le pareció reconocer esa voz, pero cuando aguzó el oído, se produjo un breve silencio. Inmediatamente Simón se asomó a la sala común y le pidió a su mujer que le llevara un par de cafés a la salita que oficiaba de despacho. Y en voz baja le recomendó a su hijo que, por favor, no se fuera a asomar.

—Tú no estás en casa ¿lo oyes? —recalcó apresuradamente, pero en un tono que era más una orden que una advertencia.

La certeza de que esa voz le resultaba conocida, junto a la recomendación tan tajante de su padre, avivó más en Luis la curiosidad. Por eso, se puso de pie y diciéndole a su madre, voy arriba, se encaminó a la escalera. Pero en lugar de subir a las habitaciones del piso superior, se instaló en el recodo que comunicaba el taller con el resto de la casa. Desde allí podía oír perfectamente lo que se estaba conversando en el pequeño despacho que se encontraba junto al taller. Con enorme asombro Luis comprobó que quien discutía con su padre era, nada más, y nada menos, que el propio Capitán Charles Barbier de la Serré. Y estaba furioso. Furioso con las autoridades y sobre todo con el joven Luis Braille que había osado cambiar totalmente su sistema arguyendo que para los ciegos era mejor así. Y ahora había venido a reclamar que se aplicara la autoridad paterna sobre ese jovenzuelo de catorce años, tan desvergonzado.

Simón, por el momento, se limitaba a escuchar, en parte porque Barbier no dejaba hablar a nadie y en parte porque no lograba entender a qué se refería el capitán, cuando hablaba de su sonografía, o cuando calificaba a Luis de audaz, atrevido, insolente y desacatado.

Luis, apenas lograba contenerse. No quería desobedecer a su padre, pero notaba que la mayor parte de las apreciaciones del capitán eran inexactas.

Monique llegó con el café en el preciso instante en que el militar afirmaba que, si el padre no tomaba pronto las medidas adecuadas para que su hijo dejara de cambiarle su sistema de lectura y escritura, apelaría a la justicia. Fue tan grande su susto, que casi vuelca el café. Volvió a la sala común con las manos aferradas a su delantal y cuando terminó de cerrar la puerta, las lágrimas saltaron de sus ojos como liebres a la vista de un cazador.

Después de protestar y amenazar, súbitamente el capitán se calmó. Tan repentino fue el cambio que Simón llegó a pensar que su mujer le hubiese puesto alguna secreta poción en el café. Transcurrido un pesado silencio que al talabartero se le representó como una losa oprimiéndole el cráneo, el visitante concluyó repitiendo:

—Y a eso he venido, señor Braille. A que usted interponga su autoridad de padre, para que su hijo no continúe adelante con el destrozo que está causando a mi sistema.

Para alegría de Luis, su padre fue muy cauteloso y ladino al ensayar una respuesta. Le dijo que vería qué podía hacer y le señaló que él era un humilde talabartero que poco y nada entendía de estas cosas. Que el chico, en cambio, se estaba educando muy bien en París. Le aseguró, con un dejo de orgullo en la voz, que era uno de los mejores alumnos del Instituto y que tenía ideas propias, casi siempre muy acertadas.

Por fin el capitán se fue y todos corrieron a la sala común. Simón encontró a su mujer en un mar de lágrimas y no supo si compadecerse de ella o enfurecerse por su flojera. Luis se apresuró a declarar:

—Papá, creo que te debo una explicación.

—Yo no diría que una, sino varias —respondió Simón. Y enseguida agregó—: Me gustaría que empezaras por el principio.

Se sentaron en torno a la mesa y Luis comenzó con su relato, desde el principio, como Simón se lo pidiera.

Nadie comentaba nada. Solamente los sollozos de Monique, a quien la sola mención de la justicia, le cortaba la respiración, aderezaban, cada tanto, las palabras de Luis.

Cuando el muchacho terminó su exposición, todos permanecieron en silencio. De pronto Simón preguntó por qué no les había contado nada hasta ese momento. El joven se excusó diciendo que tenía pensado hacerlo, pero que a su juicio aún no era el momento oportuno.

—Ya ves Luis, a veces las oportunidades llegan aun que no las busquemos — sentenció Simón.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? —sollozó Monique—. Hijo, ¿por qué no te dedicas a otra cosa? ¿No puedes inventar algo que no tenga nada que ver con ese capitán?

—Eso ya lo veremos —afirmó Simón—. Antes vamos a analizar serenamente los hechos. Veamos en qué se perjudican unos y otros. De lo que se trata es de encontrar un posible camino que nos permita arribar a puerto seguro.

—Pero ¿para qué meterse en líos? —interrumpió Monique—. El señor amenazó con la justicia y no nos olvidemos de que se trata nada menos que de un Capitán del Ejército.

—¡Bah, bah, bah! Ya sabes tú lo que pienso yo de los capitanes del ejército. Son todos iguales. No respetan a nadie. Recuerda el año 14, cuando los tuvimos que alojar aquí, en nuestra propia casa. Acuérdate de lo atrevidos que eran. ¡Si hasta tuvimos que trabajar gratis para ellos! Y después iban a emborracharse a la taberna. ¡Y tampoco allí pagaban!

—Sí, pero... —intentó señalar Monique.

—Sí pero, nada, mujer. Recuerda lo que decía tu propio padre: en mi casa, ni curas, ni militares.

—Mi padre se equivocaba en muchas cosas...

—Y acertaba en muchas otras.

—Y pregunto yo: ¿no se va a cenar esta noche en esta casa?

Quien tan intempestivamente interrumpía la conversación era María Celina, que no estaba dispuesta a tomar partido en el asunto.

—Tiene razón Celina —asintió Simón—. Vamos a cenar, que mañana será otro día.

La tormenta pasó rápido y sin dejar demasiadas consecuencias en casa de los Braille. Simón quiso seguir practicando el método inventado por su hijo porque entendía que, cuanto más supiera, mejor podría llegar a discernir quién tenía razón, si Luis o el capitán.

Monique, por su parte, de tanto en tanto, expresaba sus temores sobre el hecho de que su hijo se viera envuelto en problemas graves con la justicia.

Celina, en cambio, se dedicó a ayudar a su hermano escribiendo en tinta, debajo de los caracteres en relieve, las correspondientes equivalencias con las letras comunes. Luis estaba muy interesado en esta labor dado que, en el Instituto, no contaba con personas videntes dispuestas a hacerlo.

Simón estaba tan entusiasmado que hasta se puso a fabricar una pauta en su taller. Era un gran artesano y dijo que, con una pauta en casa, escribirían cartas que Luis podría leer por sus propios medios sin necesidad de pedir a otro que lo hiciese. Aunque ese paternal propósito no se concretaría nunca...

—El problema que tengo —comentó— es que me aturullo un poco con eso de que hay que escribir para un lado y leer para otro.

Este juicio de su padre le fue muy útil para comprender que sería necesario desarrollar una metodología para enseñar el sistema, tanto a ciegos, como a videntes, tal cual lo había supuesto ya.

Pero eso lo haría en una etapa posterior. Ahora dedicaría todos sus esfuerzos a desarrollar y poner a punto un verdadero sistema, sin dejar ningún cabo suelto que, como una brecha, hiciese naufragar sus esperanzas.

Todavía tenía que enfrentarlo con la matemática y con otra rama del conocimiento que a Luis mucho le preocupaba: la música. Con respecto a ella, los esfuerzos de Valentín Haüy, y del resto de los profesores y alumnos del Instituto, fracasaron estrepitosamente. Nadie fue capaz de encontrar una manera de representar las partituras musicales de forma asequible para el tacto. A los ciegos no les quedaba otra opción que aprender las partituras por medio del oído y confiar en su buena memoria para retenerlas.

Luis, todavía no sabía bien cómo, pero estaba seguro de encontrar un camino que le permitiera representar la música mediante ese mismo sistema de puntos en relieve.

Poco a poco el nombre del Capitán Charles Barbier de la Serré, dejó de sonar en casa de los Braille y el incidente provocado por su visita fue pasando a la categoría de anécdota familiar y otras preocupaciones tenían atareada a la familia, especialmente a Monique:

—Hijo, te recuerdo que, mañana debes de ir a saludar a la señora Marquesa. Tu padrino ya ha conseguido la cita.

—¿Seguirá haciendo aquéllas galletas tan ricas? —comentó Luis.

—Ya está muy mayor, hijo.

—¡Bah! —intervino Catalina— Mientras siga viviendo Juana, la cocinera, las seguirá haciendo. —Y ante el asombro de Luis, agregó—: ¿Qué? ¿Tú te pensabas que las hacía ella? ¡Que va! Esa señora jamás se ha manchado las manos con harina...

—¡Por favor, Catalina! —intervino Monique.

Las vacaciones estaban otra vez llegando a su fin. Luis cumplió con el ritual de visitas y despedidas, pero además, en esa oportunidad no deseaba marcharse sin recabar la opinión de su padre sobre su método y el posible uso del mismo por parte de las personas con vista. El joven sabía que sus juicios no serían imparciales. Posiblemente el amor paterno no le permitiera ser objetivo. De todas maneras, en este momento, prefería la subjetividad de su progenitor a la de aquéllos que no aceptarían jamás el hecho de que lo que más convenía las personas ciegas, quizás no fuera lo más conveniente para las que ven. Simón fue muy sincero cuando le recomendó:

—Hijo, tú guíate por lo que te diga tu corazón y usa lo que les sirva a tus compañeros.

Luis se quedó muy pensativo y Simón percibió que unos gruesos nubarrones cruzaban la frente del joven. Para intentar ahuyentarlas, comentó:

—Y..digo yo...¿no se pueden hacer libros que tengan las dos escrituras...quiero decir... en puntos y en letras comunes? Algo así como lo que ha hecho tu hermana en tus papeles?

—Quizás... es probable —comentó Luis—. Es un posible camino.

La tormenta pasó pronto en casa de los Braille, allá en Coupvray, pero se instaló en el seno del Instituto de Jóvenes Ciegos, aquí en París.

Luis no había terminado de desempaquetar sus cosas cuando Jaime vino a avisarle que el doctor Pignier le estaba esperando en su despacho.

—¡Así que el capitán se molestó en ir hasta Coupvray!, ¿no? —comenzó el director, sin preguntarle a Luis por sus vacaciones, y sin darle los buenos días, siquiera.

—¡Ah!, ya lo sabe usted...

—¡Claro que lo sé! ¡Maldita sea, claro que lo sé! ¡Y no sabes tú la que se está armando! Lo que quisiera saber es quién ha sido el que ha ido a contarle a Barbier lo que estás haciendo tú.

—No lo sé, señor.

—Bueno, parece que estamos realizando un juego de palabras con el verbo saber. That is the question... —y una leve sonrisa asomó en el rostro del director y su tono se fue suavizando poco a poco.

Luis sospechaba quién podía ser el delator, pero se guardó mucho de acusar a nadie. Sin pruebas concretas, jamás se atrevería a mencionarlo. Y aun que las tuviese, muy lejos estaba en su ánimo denunciar a nadie. Él no era un soplón. No lo fue ni lo sería nunca.

—Me imagino que aunque sepas quién se ha soltado de la lengua, no me lo vas a contar ¿verdad?

—Nunca pensé que...

—¿Cómo? El capitán va hasta tu casa, se molesta en desplazarse en una mísera diligencia por unos caminos de mil demonios... Y a ti ni se te ocurre preguntarte cómo ha sabido que tú le estás cambiando las cosas y cómo... Perdona, estoy un tanto ofuscado...

—A mi padre lo amenazó con presentarse a la Justicia...

—¡Y a mí! Y nos podemos ver envueltos en un gran lío...

—Yo puedo darle, al capitán, las explicaciones del caso, señor. Cuando habló con mi padre dijo algunas cosas que no son verdad, bueno, por lo menos no son exactas.

—Tú y tus explicaciones... Ni siquiera tienes la edad legal para declarar en un juicio...

—Y además, soy ciego...

—Sinceramente, no deseaba mencionar ese detalle. Sabes que nosotros no hacemos diferencias, pero la sociedad aún no cree en las personas ciegas. Lo más probable es que ni siquiera te dejasen declarar, aunque tuvieses edad.

—Lo sé —y la voz del joven apenas se oyó.

—Mira Luis. Yo creo que quizás podamos trabajar en otro sentido, seguir investigando otros métodos, qué se yo... dejar por ahora a Barbier y a su sonografía en suspenso... ¿Cómo lo ves?

—Qué quiere que le diga. Por ahora no he encontrado otra fórmula tan eficaz como ésa.

—¡Qué tozudo eres!

—No es cuestión de tozudez, señor, es que...

—Escucha Luis. Al punto al que han llegado las cosas, o nos imponen el método de Barbier o encontramos otro mejor para salir del paso.

—¿Por qué piensa usted que nos lo impondrán?

—Porque han ocurrido algunos hechos que, supongo, tú desconoces.

El doctor Pignier comenzó señalando que el Capitán Barbier pertenecía a una familia que, aunque no era rica, ha estado, durante generaciones, en contacto estrecho con la nobleza. Su padre —contó— ha sido Inspector de Fincas del rey y, gracias a ello, consiguió que su hijo fuese admitido en una escuela militar donde obtuvo el grado de oficial de artillería.

Durante la Revolución, se fue a Norteamérica y sólo regresó al instalarse el Imperio de Napoleón.

Pero la guerra continuaba. Los ejércitos de Napoleón peleaban en España, y Austria continuaba con sus ataques. Barbier se preocupa mucho por las comunicaciones secretas, inventa un método de escritura rápida, para escribir casi al mismo tiempo que se habla, según su propia definición, y en 1808 y 1809 publicó unas notas y un folleto sobre el mismo.

Otro de sus inventos, la sonografía, si bien no la concibió pensando en los ciegos, antes de venir aquí, señaló Pignier, presentó en la Academia de Ciencias un informe en el que asegura que su sistema puede ser usado por vosotros y también por los sordomudos. Es más, antes de hablar conmigo, se encargó de que algunos ciegos lo utilizaran y demostraran que se podía escribir y leer con facilidad por medio del tacto. Su desfachatez ha llegado hasta el extremo de publicar un artículo en un periódico militar, que tengo aquí y del cual te voy a leer una frase. Escucha: "En la Institución Real de Jóvenes Ciegos ya se ha dispuesto que el procedimiento de escritura nocturna forme parte de la instrucción de los alumnos". ¿Qué me dices?

—¿Escritura nocturna? —preguntó Luis.

—¡Pero bueno!, tú te preocupas más por las palabras que por los hechos? ¿Sabes cuándo publicó esta nota? En abril de 1821. Es decir, pocos días después de venir a verme. Y el muy cretino afirma esto cuando yo sólo le prometí que se iba a estudiar el tema.

—¿Y por qué la denomina escritura nocturna? ¿Acaso no nos dijo que se llamaba sonografía?

—¡Deja eso de lado, Luis! ¿No te das cuenta de la gravedad de la situación. Pero aún hay más. Claro que... si no te explico primero lo de la escritura nocturna, no prestarás atención a lo que diga ¿no?

—Sí, señor, sí. Le estoy oyendo. Sólo que...

—Bueno, te lo comento en dos palabras: el capitán designa a su método, tanto sonografía, como escritura nocturna porque sostiene que los que ven la pueden utilizar por la noche, sin luz, leyendo con los dedos y, de esa manera, evitan brindar pistas al enemigo sobre el sitio en el que se encuentran. Según él es posible comunicarse, sin hablar siquiera. Y ahora presta atención, porque nuestro personaje no ha parado allí.

Pignier contó que Barbier se dirigió al Real Instituto de Francia, una institución bastante influyente, para que le permitieran exponer su sistema y se atrevió a afirmar que el mismo es tan sencillo que pueden aprenderlo los padres de los niños ciegos y educar ellos mismos a sus hijos, con lo cual no hace falta sostener Institutos como el nuestro...

—¿Te das cuenta? Hasta ataca la propia existencia del Instituto de Ciegos. ¿Qué dices a esto?

—No lo sé... estoy un poco confundido. Yo sólo pretendí mejorar algo que me pareció, en principio, bastante bueno.

—Por supuesto, Luis, por supuesto. No quiero decir que tú tengas la culpa de que se haya llegado hasta este punto. Además, yo debo tratar este tema con los profesores y con la Junta Administrativa del Instituto, no con los alumnos. Pero ya sabes, aquí dentro hay más de uno que está en contra de lo que estás haciendo, están en contra de que se deje de usar el sistema de Haüy, están en contra de mí, están en contra de... ¡Qué se yo! Quizás me vea obligado a prohibirte que sigas adelante con tus investigaciones... ¿Lo comprenderás, verdad?

—¿Prohibirme que piense? —Luis no salía de su asombro.

—¡Hombre, no seas tan exagerado! Nadie puede impedirle a otro que piense. Pero sí puede prohibirse que los alumnos de este Instituto utilicen un sistema no autorizado.

—Comprendo —y a Luis sólo le brotó un hilo de voz.

Pignier se conmovió ante la ensombrecedora palidez del rostro del muchacho que tenía delante. Se puso de pie, se acercó, le colocó una mano sobre su hombro izquierdo y, ejerciendo una leve presión, señaló:

—Luis, sin quererlo ni proponérnoslo, nos hemos metido en un pequeño problema.

El director calificó de pequeño al problema para no agregar preocupaciones al joven o para minimizar ante sí mismo las suyas.

—Y para que cuentes con más elementos de juicio te comunico algo que ya saben algunos profesores. Verás, —ahora Pignier recorría su despacho a grandes zancadas, de izquierda a derecha y de derecha a izquierda— los científicos Lacépéde y Ampére, quizás sus nombres no te digan nada, pero se trata de dos personalidades importantes e influyentes —comentó, deteniendo por un instante sus zancadas—, estos dos señores, digo, han participado en una experiencia y han elaborado un informe en el que aseguran que el sistema del Capitán Barbier es muy superior al de Haüy desde el punto de vista del tacto, calificándolo de arte de hablar al tacto. Creo que tanto tú como yo, ya nos habíamos dado cuenta de que algo de esto sucedía ¿no?

—Y no sólo usted y yo, los compañeros ciegos que lo han utilizado, también han comprobado que es mucho mejor y, además, nos permite escribir, cosa que no sucede con el método de Haüy.

—Lo sé, Luis, lo sé. Pero no podrá ser modificado, como tú pretendes. Has de saber que ahora, Barbier está haciendo gestiones para que le den dinero para continuar investigando y, como está furioso con nosotros, ni siquiera nos informará de los trámites que realice para lograr la aplicación de su invento.

—¿Y lo conseguirá?

—Es muy probable que así sea. Creo que él ha sabido moverse mejor que nosotros. Por mi parte, siento que me haya faltado información, ¡una información que él sí ha obtenido!; nosotros aquí, sin enterarnos de nada y él enterándose de lo que hacíamos o dejábamos de hacer.

—¿Y cree que logrará cerrar el Instituto?

—Bueno, eso ya lo considero más complicado. No creo que sea tan fácil dejar a una serie de personas en la calle y además, su idea de que los padres puedan educar a sus hijos, falla por la base, porque tú ya sabes que la mayoría de los padres de nuestros alumnos no saben leer ni escribir.

—Sí, claro que lo sé —asintió Luis—. Es más. Algunos compañeros ni siquiera quieren volver a casa por vacaciones, porque sienten que sus familias no los comprenden y les preguntan que para qué quiere un ciego saber leer y escribir...

—Por eso creo que será muy difícil que liquiden al instituto. En todo caso me quitarán a mí y pondrán a algún mequetrefe que a todo diga que sí...

—Señor, yo...

—Tú mantente atento. Y si en algún momento llega la orden de prohibir el uso de los puntos en relieve, ya estás avisado. Y por supuesto de todo esto, ¡ni una palabra a nadie! ¡A nadie! ¿Entendido?

—¿Ni siquiera a Gabriel?

—Bueno, con Gabriel podrás comentarlo. Pero sólo con él. Y ahora márchate, tenemos una reunión de profesores y vamos a ver qué sale de allí.

—Mi padre sostiene que siempre es posible encontrar un nuevo camino.

—Otro día hablaremos de ello, Luis. Ahora márchate.

—Sí, señor. Hasta luego.

Luis decidió hacer un alto en sus investigaciones. Su sistema, aunque sin desarrollar en todas sus posibilidades, constituía ya un alfabeto con el cual las personas ciegas podían, valiéndose de él, y de una vez para siempre, dejar plasmados sus emociones y pensamientos.

Su mayor temor consistía en que el Instituto se viese perjudicado. Por ello, decidió dedicarse a estudiar, a ser un buen alumno, a mejorar lo más posible su capacitación como músico y a predicar con el ejemplo.

Sin embargo sus planes se vieron alterados por la preocupación y la curiosidad de los demás.

El director, cada tanto, se interesaba por sus investigaciones y Gabriel intentó ampliarlas e inventó un sistema en el cual mezclaba puntos y rayas para diferenciarlo del de Barbier.

Luis decidió incluir estas pequeñas rayitas en su propio sistema y estuvo unos cuantos meses desarrollando esa mezcla que, en un principio, parecía una buena solución. Aunque en el fondo de su corazón, lo que más ansiaba era que el Capitán Charles Barbier de la Serré comprendiera que los cambios que él proponía a la sonografía no significaban una negación de la misma, sino un desarrollo más sencillo y acorde con las necesidades de las personas ciegas.

Además, reafirmó su idea de que el tamaño de sus signos, formados en base a seis puntos, se adecuaban mejor al tamaño de la yema de los dedos, lo cual permitía leer con más rapidez y comodidad, que los formados con los doce puntos de Barbier.

Descubrió también que el tacto percibía mejor las figuras formadas por puntos, que las dibujadas con los trazos continuos ideados por Haüy.

Por estos motivos, tan evidentes como convincentes, él y sus compañeros continuaban utilizando, aunque a escondidas, ese sistema, al que ya empezaban a denominar como "braille", y Luis pensó que, tarde o temprano, Barbier comprendería que sus intenciones eran honestas. Él no deseaba perjudicarlo, al contrario, consideraba a la sonografía como el punto de partida inicial y lo único que hizo fue adecuarla de manera más sencilla y lógica.

Fuera por las razones que fuera, lo cierto es que el tiempo fue pasando; el capitán parecía haberse olvidado de ellos y, durante dos años, no volvió a molestarlos ni a preocuparse por los trabajos de Luis.

En enero de 1825, al volver de las vacaciones de Navidad, Luis comenzó a disfrutar de un privilegio reservado a los mayores de dieciséis años y que consistía en un permiso para salir los fines de semana.

Después de su fallido intento de fuga, hacía ya siete largos años, no quiso saber nada de sus padrinos de París, los señores Rouge. Por tanto, él no contaba con una familia a quien visitar o con quienes pasear durante las tardes de los sábados y los domingos.

Aún así no le faltaban oportunidades.

Podía salir acompañado por los alumnos mayores y también sumarse al paseo de otros compañeros que contaban con el apoyo de padrinos.

Luis se empeñó en visitar el hospicio de los Quinze—Vingts. Pero no fue nada sencillo. Por un lado nadie quiso acompañarle. Por otro, las autoridades no veían con buenos ojos que los alumnos del Instituto Real de Jóvenes Ciegos visitaran el establecimiento.

Tanto insistió Luis que su intención llegó a oídos del director.

—¿No seguirás pensando en que tendrás que irte a vivir allí, verdad? —le preguntó con bastante sorna, una tarde, el doctor Pignier.

En realidad no era eso lo que Luis pensaba. Simplemente sentía curiosidad y solidaridad hacia esos otros compañeros ciegos con los que compartía ciudad.

Un jueves por la mañana, Pignier lo sorprendió con la noticia:

—Luis, esta tarde debo ir a los Quinze—Vingts y tú vendrás conmigo.

El director debía realizar unos trámites para conseguir el traslado de dos alumnos del Instituto, a ese asilo donde residían personas mayores.

Obviamente, Luis no participó de las conversaciones del doctor Pignier con las autoridades. Por el contrario, contó con la compañía de un celador con quien recorrió las instalaciones.

Se reencontró con antiguos compañeros del Instituto y conoció los talleres donde trabajaban fabricando artesanías que luego vendían para obtener algún dinero para sus gastos menores.

Andrés, su antiguo condiscípulo, mientras le mostraba los trabajos que hacía en piel, se las arregló para preguntarle si ya tenía permiso para salir los fines de semana. Y quiso saber adonde iba, con quiénes salía, a qué se dedicaba.

Ante las respuestas de Luis, Andrés comentó:

—¡Vaya vida aburrida la que llevas! Pero podemos ponerle remedio. El sábado que viene vente con nosotros. Hemos conocido a unas tías geniales que venden tabaco en la plaza de la Concordia y hasta podrás echar un polvo con la que más te guste, porque ¿ya estarás en edad de echar un polvo, no? Por el dinero no te preocupes...

Luis se sintió molesto y hasta se diría un tanto asqueado por la propuesta de Andrés y trató, por todos los medios, de cambiar de tema. Hubiera deseado salir corriendo, pero no conocía bien el lugar y no deseaba andar a tropezones dentro de un taller lleno de obstáculos provocando, seguramente, las burlas de Andrés.

Gracias a Dios, en ese momento apareció el celador, proponiendo la continuación de la visita.

Luis sintió que algo le escocía por dentro, que algo le pesaba sobre sus hombros, que se le había formado una arruguita en el alma...

Cuando volvían al Instituto, el doctor Pignier le pidió que le contara sus impresiones sobre la visita.

Luis no supo por dónde empezar. Tuvo muy claro que no comentaría una sola palabra sobre la conversación mantenida con Andrés.

Pero no sólo ese episodio le preocupaba. En general no le gustó nada el asilo, ni la situación en la que vivían esas personas ciegas, ni la actitud de la mayoría de ellos que, como dijera el profesor de historia, eran borrachos perdidos que sólo pensaban en beber.

Y eso que a ti sólo te están mostrando lo mejorcito de este sitio, como afirmó Andrés.

Ante la insistencia de Pignier, se vio obligado a comentar algo. Pero las palabras se negaban a salir de su boca y la arruguita del alma cada vez se hacía un poco más profunda...

—Comprendo que te cueste hablar —comentó el director— pero te pido, por favor, que no sigas aferrado a la idea de que tú tendrás que irte a vivir allí. Ya te dije una vez que no debes compararte con los que se derivan a esa institución. Además, quizás no hayas tenido oportunidad de ver a la gente más interesante. ¿Acaso te presentaron al señor Foucault?

No, a Luis no se lo presentaron, ni siquiera lo mencionaron.

—Pues es una persona muy culta, muy inteligente y muy creativa. Estoy seguro de que te gustará conocerle y charlar con él. En fin, no faltará oportunidad.

El doctor Pignier llegó a sentirse preocupado por el silencio y el ensimismamiento de Luis, a tal punto que, unos minutos antes de llegar al Instituto comentó:

—Mira Luis, aún eres joven y deberás formarte un poco más en tus estudios. Quizás sea demasiado pronto para decirte lo que pienso. Pero te aseguro que haré todo lo posible para que te conviertas en un profesor del Instituto y no te veas obligado a marcharte.

—No sólo se lo agradezco señor, sino que, además, me gustaría mucho poder ayudar a otros.

—Creo que tienes condiciones para ello, Luis. Y esto no lo pienso solamente yo; otros profesores son de la misma opinión.

Estas palabras las pronunciaba el doctor Pignier al tiempo que traspasaban la puerta de entrada al edificio y Luis, agradeciendo una vez más la oportunidad que se le había brindado de conocer el asilo de los Quinze— Vingts, se dirigió al dormitorio para cambiarse de ropa y volver a sus clases.

Nanette se moría de ganas de conocer las impresiones de Luis, pero tuvo que esperar casi tres días para encontrar el momento oportuno.

También ella se vio sorprendida por el mutismo del joven. Pero es que Luis, cada vez que se acordaba de la visita, no podía apartar de sí las palabras de Andrés: "¿ya estarás en edad de echar un polvo, no?"...

Ni siquiera encontraba paz y consuelo en la confesión, porque no sabía qué confesar. Porque... ¿acaso había pecado? No fue él quien pronunció esas palabras. Confesar que las había dicho otro equivalía a delatar a Andrés o, por el contrario, si no daba el nombre, levantaría sospechas sobre sus propios compañeros. No, era mejor callar, porque, entre otras cosas, él no era un soplón, jamás lo fue ni jamás lo sería.

Y... al fin y al cabo, qué pecado he cometido, se preguntaba una y otra vez. Quizás el pecado esté en no olvidar de una vez para siempre esas palabras. Pero, es que la arruguita del alma le sugería que quizás Andrés tuviera razón...

¿Qué sería exactamente eso de echar un polvo?

Dentro de los muros del Instituto se actuaba como si el sexo fuera cosa de otro planeta, como si todos, hombres y mujeres, niños, jóvenes y adultos, fueran seres asexuados.

¿A quién pedirle una explicación?, ¿a Nanette?, ¿al profesor de Historia, tal vez?, ¿a su padre?

Qué pensaría su padre si le contaba las palabras de Andrés y le pedía una aclaración.

Luis lo ignoraba, pero la respuesta la encontró, durante las siguientes vacaciones, en su propio pueblo y sin necesidad de involucrar a la familia en el asunto.

—¿Qué le gusta más, vivir en París o en su pueblo? —preguntó un día, intempestivamente, Nanette.

—No lo sé. Si tuviera que escribir mi autobiografía, ¡vaya tontería la que se me ocurre!, pero si tuviera que hacerlo, creo que la dividiría en dos grandes líneas; por un lado mi vida aquí y por otro, mis raíces en el pueblo.

—Pero, ¿usted se iría a vivir al pueblo?

—Si te voy a ser sincero, no lo sé. Creo que no. Sin embargo, las vacaciones se me hacen cada vez más cortas, aunque, paradójicamente, ahora el curso escolar, me parece también corto.

—Yo creo que sus inquietudes "intelectuales" como las define su profesor de música, sólo pueden realizarse aquí. Es que... Su pueblo... No se ofenda, pero es muy pobre, muy pequeñito... Y a propósito, ¿qué quiere decir exactamente eso de "inquietudes intelectuales"?

—Que me gusta estudiar, que me gusta la música, que me gustaría ser profesor, que me gustaría viajar, conocer otros países, otra gente, otros lugares... Quizás dando conciertos por el mundo, como dicen que hacía Teresa Von Paradis.

—¿Y quién es esa?

—Una famosa concertista. Una de las primeras personas ciegas que se destacó por su talento en esta época tan triste para nosotros, en la que, la mayoría, nos niega la posibilidad de destacarnos por nuestras virtudes.

—Bueno, bueno, no se ponga tan así... Yo creo que lo que debería hacer es salir más, tener amigos y también amigas, sobre todo amigas —y Nanette repitió con retintín la palabra amigas, con lo cual Luis recordó inmediatamente su arruga en el alma...

Y tenía razón al dividir su vida en dos grandes líneas. En París, en el Instituto, cada vez se decantaba más por los estudios y por la música. Pero al llegar las vacaciones, su existencia se llenaba de otros contenidos tan vitales y necesarios como los intelectuales.

Esas Navidades marchó a Coupvray con su "arruguita" en el alma y hasta llegó a pensar que se le notaba, porque, curiosamente su padrino, su padrino verdadero, una tarde sacó el tema.

Le dijo que iban a "hablar de hombre a hombre" y ello significaba hablar de sexo. Luis se atrevió a preguntarle en qué consistía eso de "echar un polvo" y su padrino se lo explicó. Hizo también una descripción de la anatomía femenina, la que Luis desconocía casi por completo.

—En ese Instituto de París aprenderás muchas cosas, no lo niego —afirmó su padrino— pero de lo que es la vida, no sabéis ni papa.

—Es verdad. Pero, ¿no crees que hay tiempo para eso?

—Cada cosa debe realizarse a su tiempo, jovencito. Y la vida debe vivirse como Dios manda.

—Pero los sacerdotes opinan que es mejor vivir puro y, si un día uno se casa, entonces tendrá una esposa con la que tener hijos.

—¡Los curas, los curas!... No me vengas con la opinión de los curas. Casi siempre dicen una cosa y hacen otra. No creo que sea el mejor modelo a seguir. O ¿acaso tú quieres ser cura?

—Aunque lo quisiera, no me lo permitirían, por ser ciego.

—¿Ves? Otra tontería. Yo creo que una persona ciega puede perfectamente ser cura, si lo desea. De hecho, hay muchos curas que, al llegar a viejos, se que dan ciegos ¿y qué? Para las cuestiones espirituales, no hace falta ver. ¿Acaso no confiesan metidos en el confesionario y casi sin ver al otro?

—Padrino, creo que lo que estamos hablando podría calificarse de pecado.

—¡Bah, bah, bah! ¡No seas tan puritano! Y dime una cosa: ¿tú quieres ser cura, acaso?

—No. Ni se me ha pasado por la cabeza, aunque puedo pensármelo.

—Mejor ni te lo pienses y trata de conocer chicas en París y de disfrutar de la vida. Eso sí, ten mucho cuidado de no dejar a ninguna embarazada. No te olvides de los consejos que te he dado. Aquí en el pueblo no hay de "ésas". Chicas de la vida, quiero decir, pero en París no te faltarán oportunidades...

Y en París, seguía dudando frente al confesionario. ¿Debía o no debía plantearle sus dudas al sacerdote? Después de todo, el que habló de eso fue su padrino, no él. Pero Luis pensaba que la arruguita debía de notársele, porque Nanette también volvió a sacar el tema. Y fue en el mes de febrero.

Días antes, exactamente el 15 de enero, el director lo mandó llamar para darle una noticia que lo llenaría de placer y de orgullo.

—Luis, ya tienes diecisiete años —comenzó diciendo el doctor Pignier— y es hora de que cumpla con mi palabra. A partir de ahora comenzarás a ocuparte de los alumnos que ingresen. No sé qué piensas tú, pero creo que lo que mejor se te da es la música, pero nosotros precisamos profesores de álgebra, gramática y geografía. Creo que estás en condiciones de impartir estas asignaturas. Ya he hablado con tus profesores y están de acuerdo conmigo. ¿Qué te parece?

La emoción que embargó a Luis en ese momento, no le permitía articular palabra. El director lo comprendió perfectamente y se acercó con afecto al joven, le puso una mano sobre su hombro y le dijo: —Todos confiamos en ti, Luis. No sólo en tus conocimientos sino también en tu capacidad de trasmitirlos y en tu gran sentido de responsabilidad. Además, pienso que es muy importante que en este Instituto haya profesores ciegos junto a los que ven. Creo que ya lo he demostrado de palabra y de hecho.

Luis, seguía sin poder hablar y, nunca supo por qué, en lugar de decir que sí y de manifestar toda su alegría y su satisfacción, preguntó:

—Pero... ¿podré seguir con mis estudios de música? A mí me gustaría ser organista.

—Pues claro, hombre. No sólo podrás continuar, sino que además, te

comunico, y esa era la segunda sorpresa que te tenía preparada, que he

hablado con el párroco de la iglesia de San Nicolás, quien se ha mostrado sumamente interesado en que vayas todas las tardes a estudiar en el órgano de la parroquia. Sabrás que esa iglesia tiene uno de los mejores órganos de París.

—Sí, sí que lo sé. Y le aseguro que no podré agradecerle jamás, como se

merece, todo lo que usted hace por mí.

—No tienes que agradecer nada. Sólo dime: ¿quieres o no ser profesor?, porque aún no me has respondido...

Por fin Luis logró soltar su lengua y, no sólo aceptó el puesto, sino que se deshizo en planes y promesas.

—Ya sabes, no se trata aún de un cargo oficial. Comenzarás por ser un ayudante. Más adelante, revisaremos esa situación. Cobrarás un pequeño sueldo que no te dará para grandes lujos, pero, al menos, te podrás dar algún gusto que otro.

Las palabras de agradecimiento no cesaban de salir de la boca de Luis. Pero el director terminó la conversación argumentando que el mejor agradecimiento estaría en cumplir con la tarea que se le encomendaba con responsabilidad, seriedad y dedicación.

A pesar de ser sólo un ayudante, la vida de Luis cambió más de lo que se imaginó. Sin quererlo y sin proponérselo había cambiado de posición. Dejó de comer en el mismo horario de los alumnos, le asignaron otra habitación, tuvo un pequeño despacho para sí, podía salir solo...

Casi sin darse cuenta, de la noche a la mañana, lo trataban como a un adulto, como a un hombre, con todo lo que ello suponía. Y la verdad es que los demás suponían muchas cosas que Luis aún no se planteaba. Nanette, por ejemplo, dio por sentado que él necesitaba salir con chicas.

—Mi sobrina y yo hemos dispuesto todo para que este sábado se divierta como no lo ha hecho nunca —le dijo mientras le servía el postre.

—¿Y eso? —preguntó Luis—. ¿Qué sabes tú si yo tengo o no tengo trabajo el sábado? Debo preparar mis clases para el lunes.

—Déjese de tanto trabajo. Es hora de que aprenda a divertirse. Y también debe aprender a ser un caballero. ¿Acaso va a dejar plantadas a las chicas?

—¿Qué chicas?

—Las amigas de mi sobrina.

—Pero, ¿quiénes son?

—Ya las conocerá. Son guapísimas y les encanta salir con ciegos.

Era cierto. Tenían la costumbre de salir con chicos ciegos, tanto del Instituto, como de los Quinze—Vingts porque, sostenían que, hacer el amor con un ciego, no era pecado...

Luis se vio prácticamente acosado por dos jovencitas apenas mayores que él. Aunque una de ellas, Ivette, le gustaba bastante, no cedió a sus deseos. No lograba comprender sus razonamientos de que el mismo acto, realizado con una persona que ve, fuera más pecaminoso que realizado con una persona que no ve.

—Yo puedo dejarte embarazada igual que otro que ve.

—No se trata de eso, tonto. Ni a ti ni a mí nos conviene ¿no? Sólo se trata de pasárnoslo bien. Además, ya ganas algún dinerillo, puedes invitarnos a tomar algo...

Esa fue la primera y única vez que Luis salió con las amigas de la sobrina de Nanette, ya que ellas se desinteresaron pronto de él y buscaban la compañía de otros chicos ciegos más despabilados.

Luis, por su parte, no permitió que Nanette abordara el tema y la cocinera se dio por vencida y decidio que, o bien Luis era marica y lo tenía muy bien guardado o era un caso perdido para el sexo.

Pero no terminaron ahí los acosos. A la semana siguiente, como si todos se hubieran confabulado contra él, el cura confesor comenzó con una retahíla de insistentes preguntas sobre sus posibles contactos carnales o si se consolaba en solitario.

Luis no encontraba las palabras adecuadas para convencer al cura de que él no tenía apetitos sexuales.

—Me resulta difícil creerte, Luis. Estamos viviendo tiempos disolutos. Todo está permitido. Sólo la iglesia será capaz de defender la moral y las buenas costumbres.

—Pues deberá creerme, porque yo no tengo ningún pecado que confesar.

—Me imagino que tus compañeros te habrán hablado y explicado... y te contarán las porquerías que hacen...

—Si usted quiere saber qué hacen mis compañeros, pregúnteselo a ellos. Yo no soy un soplón.

—No me interesa hablar de los demás, sino de ti. Mi deber de sacerdote consiste en librarte de los pecados de la carne.

—Pues yo le aseguro a usted que no he pecado y que si alguna vez lo hago, me confesaré.

El sacerdote, por fin se cansó y, convencido o no, llegó a la conclusión de que a Luis no le sacaría ni palabra con respecto a esos temas.

Ojalá no cambiemos de cura, pensó Luis, de lo contrario otra vez comenzará la misma monserga.

Y Luis no mentía. El episodio protagonizado por las amigas de la sobrina de Nanette le dejó mal sabor de boca y decidió dedicarse por completo a sus preocupaciones intelectuales como las llamaba Nanette.

Sus clases, sus prácticas de órgano y el desarrollo de su método de puntos en relieve, le ocupaban su tiempo durante el día y buena parte de la noche.

Cuando su alfabeto estuvo a punto, se dedicó a adaptar la escritura de la matemática y la música. Era imperioso poder contar con una forma de escribir las partituras musicales que fuese sencilla y asequible. Hasta ese momento, sólo podían valerse de la memoria musical y de una persona vidente que les contase cómo estaba escrita una partitura. Con las formas imaginadas por Valentín Haüy, que consistían en líneas metálicas para representar el pentagrama y notas sueltas para colocar sobre ellas, apenas se podían componer un par de compases. A lo sumo, lo único que lograban era conocer las formas de las notas, su valor y la mecánica de la escritura musical.

Por el contrario, Luis estaba convencido de que con su sistema de seis puntos se lograría crear un mecanismo de equivalencias por medio del cual sería posible, no sólo copiar una partitura, sino que, además, los ciegos que se dedicasen a componer, podrían escribir sus propias creaciones, sin tener que dictárselas a una persona con vista, como sucedía hasta ahora.

Aunque sin recibir ningún reconocimiento oficial, el director permitía que los alumnos utilizasen el sistema de puntos de Luis ya que era más que evidente que, por el momento no existía otro método capaz de permitirles la velocidad de lectura que éste proporcionaba y, fundamentalmente, porque con él podían escribir sin importar cuan largo fuera un texto.

Incluso, haciendo caso omiso a las críticas que aún provenían de las personas videntes, Pignier autorizó la trascripción de un libro de gramática utilizando el procedimiento desarrollado por Braille.

Luis no cabía en sí de gozo. Le parecía que tocaba el cielo con las manos. Estaba contentísimo con sus alumnos, sus estudios de órgano marchaban viento en popa y, ¡por fin! tenía un libro que se podía leer con rapidez y seguridad.

Ese verano se marchó a Coupvray, por primera vez, absolutamente satisfecho de sí mismo.

Fueron las vacaciones más felices de su vida. En Coupvray prácticamente no se oía hablar de la guerra. Con los ahorros realizados con su pequeño sueldo pudo llevar regalos para la familia, para sus padrinos y hasta para su antiguo maestro del pueblo, el señor Bécheret.

Durante su estancia nació uno de sus sobrinos.

—Luis, ¡otra vez somos abuelos! —exclamó su padre con lágrimas en los ojos, al tiempo que lo abrazaba fuertemente cuando los primeros llantos llenaron la casa...

—Y qué alegría estar con vosotros para compartirlo —señaló Luis, sinceramente emocionado—. Me muero de ganas de saber si es un niño o una niña.

—Eso por el oído no se sabe, ¿verdad? —bromeó Simón, al tiempo que le daba unas palmaditas en el hombro.

—Imposible. Todos los sentidos tienen un límite —rió Luis, festejando las palabras del padre.

Como si los hubiera estado oyendo, Monique se asomó brevemente para anunciarles que era un niño.

Simón abrazó a su mujer al tiempo que preguntaba si todo había ido bien. Ella le confirmó que sí, insistió en que no se preocuparan y asegurándoles que en breves minutos podrían conocerlo, tornó a subir las escaleras, rumbo a la improvisada sala de partos.

Simón volvió junto a Luis, comentando:

—Parece como si tu hermana hubiera calculado exactamente las fechas para que el niño naciera durante tus vacaciones. Algún día tú también nos darás la alegría de tener un hijo para perpetuar el apellido Braille.

—Papá, no te olvides de que soy ciego...

—¿Y eso qué tiene que ver? ¿Acaso no habrá más de una mujer que quiera casarse contigo? Eres bueno, eres inteligente, eres guapo, y ahora, hasta ganas un sueldo. Como quien dice te estás convirtiendo en un buen partido. Sin ir más lejos, aquí mismo en el pueblo hay por lo menos tres muchachas que podrían casarse contigo.

—Padre, por favor, dejemos este tema para otro momento.

—Vale, vale, pero recuerda que yo quiero tener más nietos.

—Bueno, para eso están mis hermanos. Por mi parte, si alguien me recuerda algún día, quizás sea como concertista de órgano. Te aseguro que hago todo lo que puedo por ser buen músico. Y parece que no me sale del todo mal.

—Lo sé, hijo, lo sé. Pero todo hombre necesita la compañía de una mujer, así como toda mujer necesita el apoyo de un hombre. De lo contrario parece que nos falta algo.

—Por ahora a mí, lo único que me falta es que reconozcan mi pequeño método de puntos en relieve y que se convierta en el sistema oficial de lectura y escritura para los ciegos. Con eso me conformo.

—¿Acaso el Capitán Barbier sigue dándote guerra?

—No. Él, por ahora, no ha vuelto a manifestarse. Pero son muchos los videntes que opinan que nos aislamos aún más. Yo pretendo una y otra vez demostrarles que los que ven también pueden aprender a utilizarlo, pero no hay caso, es más cómodo para ellos que nos obliguen a leer con el método inventado por Haüy que a nosotros nos resulta tan lento e incómodo. Y además, con esas enormes letras de hierro o de madera, apenas si podemos escribir palabras sueltas. En cambio yo ya preparo totalmente mis clases y tomo mis propios apuntes con mi sistema de puntos y me puedo valer por mí mismo con rapidez y soltura y sin importar la extensión que quiera darle a los mismos.

—Y el doctor Pignier, ¿qué opina?

—Su táctica consiste en hacerse el desentendido. Cada vez que alguien pregunta, responde que no hay que darle trascendencia al asunto, que "son cosas de ciegos" y que en el Instituto se sigue utilizando el método de Haüy. De hecho todos los libros que tenemos (que por cierto, no son demasiados), están impresos así. Por otro lado, a nosotros, y a mí en especial, nos sigue alentando para que sigamos adelante y cuando fui a proponerle la trascripción del libro de gramática, me respondió: "Luis, tú cópialo, pero yo, no sé nada".

—No sé qué pensar hijo; si es un cobarde o un cretino.

—Yo pienso que ni una cosa ni la otra. Al contrario, es probable que su actitud pueda llegar a costarle cara.

—Bah, no será para tanto. Tú sigue con lo tuyo, aunque ahora, me supongo que tendrás menos oportunidad de trabajar porque con un bebé en casa habrá mucho más jaleo.

—No te preocupes, tengo bastante capacidad para aislarme, pero, ¡qué córcholis!, yo también quiero disfrutar del niño.

—Eso, eso. Vamos allá; quizás ya nos permitan verlo...

Las mujeres de la casa estaban tan atareadas que fue difícil cambiar opiniones con ellas. Cuando, por fin, Luis pudo abrazar a su madre, a duras penas logró contener las lágrimas.

A través de los comentarios de los distintos miembros de la familia, Luis fue recomponiendo los momentos previos, los que rodearon el alumbramiento y los posteriores. Se enteró de todas las circunstancias que rodean el nacimiento y primeras horas de vida de un bebé, pero aún ignoraba el procedimiento exacto de la concepción.

Las circunstancias fueron aprovechadas por su padrino que, al igual que lo hiciera durante las vacaciones de Navidad, se lo llevó a dar un largo paseo, para hablar de hombre a hombre. Esta vez Luis trató de aclarar todas sus dudas, aunque lo atenazara la idea de que estaba cometiendo un pecado.

—Déjate de una vez de bobadas, ¡hombre! Cuando el cura revuelve y revuelve para saber si has pecado, da por hecho que estás totalmente enterado de estas cosas.

—¿Y qué quiere decir consolarse en solitario?

El padrino no salía de su asombro por la ignorancia de su ahijado. Le parecía imposible que, en el Instituto, los muchachos no hablaran de estas cosas, aunque fuera a escondidas. Luis admitió que sí lo hacían, pero que él siempre rehusaba ese tipo de conversaciones.

—¡Oye, oye! No serás mariquita, ¿no? A mí no me gustaría ser el padrino de un marica, y a tu padre tampoco le gustaría que su hijo cargara con otro baldón, además de la ceguera. ¿Acaso no conoces ninguna chica que te guste?

—Sí, conocí a unas... pero... la verdad es que me asquearon un poquillo.

—¿Ves, ves lo que te digo? Eso no puede ser.

—Pero es cierto... Aparentemente, lo único que querían de mí... —y Luis comenzó a tartamudear— era que... que les echase un polvo... como ellas decían.

—¡Pues haberlo hecho!

—¿Y... si me salía mal?

—Seguramente ellas sabían más que tú y podían haberte enseñado unas cuantas cosas.

—Porfiaban en que hacerlo con un ciego es menos pecado que con uno que ve.

—Eso me parece una estupidez. Seguramente habrá otras razones... Porque... me parece, que ésas son unas putitas.

—Padrino, eso es un poco duro.

—Y tú demasiado ingenuo... Pero, en fin, creo que no estarán, todavía, demasiado trabajadas y es probable que te convenga practicar con alguna de ellas.

—No sé, no sé. Ya te he dicho, padrino, que yo pienso que sólo lo haría con mi esposa, si es que algún día me caso.

—¡Y dale! Eso es un error, Luis. A las mujeres no les gusta casarse con un hombre sin experiencia. Si a una mujer le confiesas que nunca lo has hecho, lo más probable es que te deje y se busque a otro.

—Pero nosotros los hombres queremos siempre casarnos con una mujer virgen.

—Por eso mismo, uno de los dos debe ser el que tenga la experiencia. Las mujeres, más o menos logran enterarse de la teoría, porque siempre existe una hermana mayor o una prima o una amiga casada que se los cuenta. Pero del dicho al hecho hay un buen trecho, ya lo sabes.

—¿Y por qué no aprender juntos?

—¿Otra vez con lo mismo? ¡Luis, tienes diecisiete años y piensas como un chiquillo! Y estás equivocado porque a las mujeres les gusta que las sepan tratar. Mira conozco un hombre en el pueblo de Meaux, que piensa como tú. Todavía está buscando una mujer que quiera casarse con él y muchos creemos que es impotente.

—¿Qué quiere decir, exactamente eso?

Nuevamente el padrino tuvo que dar explicaciones aunque sus conocimientos sobre la impotencia masculina, eran bastante limitados.

—No creo que sea mi caso —titubeó Luis, al tiempo que se sonrojaba levemente.

—Eso no lo sabrás hasta que no te decidas a probarte a ti mismo.

El paseo llegaba a su fin. Las últimas palabras del señor Michel recorrieron la pendiente que llevaba hasta la entrada de la casa de los Braille. Mientras subían los peldaños y antes de girar para abrir la puerta, el padrino dijo una frase que Luis jamás olvidaría:

—Mira chico, el sexo es como la música: cuanto más se practica, mejor se ejecuta.

Quizás su padrino tuviera razón, pero la vida en el Instituto era totalmente distinta a la del pueblo. No gozaban de ningún tipo de libertad. Hasta sus cartas eran leídas por un censor que, frente a la menor sospecha, denunciaba el caso ante el director. Y si pensaba que éste no actuaba con el rigor necesario, no dudaba en dirigirse al propio Consejo de Administración.

También sufrían constantes revisiones de sus pertenencias. Y no faltó censor que aprendiera a leer en el sistema de puntos en relieve para revisar los escritos particulares de los alumnos y profesores ciegos.

Ese ambiente de control tan represivo tenía sin cuidado a Luis. Afirmaba que él no tenía nada que ocultar y, por lo tanto, no le afectaba.

No todos pensaban lo mismo y, de tanto en tanto, se suscitaban situaciones de tensión. Gabriel, por ejemplo, discutió más de una vez con Luis sobre el tema. No solía tener éxito, porque no lograba convencerlo. Un día le dijo que recordara lo mal que lo hubo pasado él al llegar al Instituto.

—Tú mismo me contaste cómo sufriste al verte sin tus cosas, sin tu tablilla con tu nombre, sin tus ropas, sin los panes de tu madre...

—Es verdad —asintió pensativo Luis—. Pero creo que lo peor no fue eso. Lo peor es el maltrato, la falta de cariño... de amabilidad, por lo menos.

—¿Y crees que ha cambiado algo, acaso?

—Bueno, yo por lo menos, trato de ser lo más amable y cariñoso que puedo, con mis alumnos.

También es verdad —reconoció Gabriel, ahora— y por eso te adoran, te idolatran. Creo que eres el profe más querido de todos.

—No es para tanto —rió Luis.

Gabriel estaba en lo cierto. Luis no sólo se ocupaba de preparar sus clases con total responsabilidad, sino que, además, no cesaba de derrochar cariño y comprensión con sus alumnos. A veces, esa actitud le demandaba mucho tiempo y esfuerzo. Sus clases jamás finalizaban a la hora prevista, se prolongaban por espacio de muchos minutos.

Y, más de una vez, tuvo que robarle horas al sueño para continuar con sus investigaciones y el desarrollo de su sistema de puntos en relieve.

También el director y las autoridades del Instituto estaban muy conformes con su actuación y, cuando cumplió los diecinueve años, fue nombrado oficialmente como profesor.

Ahora sus responsabilidades eran mayores, pero no por ello abandonó el desarrollo de su sistema.

Después de varias conversaciones con Gabriel optaron por eliminar las rayitas que su amigo había propuesto utilizar para diferenciarlo del sistema de Barbier.

Al tacto resultaban reconocibles, pero se tornaban engorrosas de trazar a mano, con la pauta y el punzón.

En cuanto a la aplicación del ya llamando braille al alfabeto, a los signos de puntuación y a la matemática, Luis se dio por conforme. Funcionaba muy bien. Acometió, entonces, otra de sus preocupaciones: lograr adaptarlo a la escritura musical.

Prácticamente durante todo el año 1828, Luis no cesó de ensayar la forma más adecuada para lograrlo. La tarea no resultaba nada sencilla.

A pesar de no ver, como siempre se habían manejado igual que los videntes con respecto a las partituras, tenían más que asumido esa representación visual de las mismas.

Resultaba bastante engorroso borrar esas imágenes de la mente para idear una forma de escritura que, respetando, por supuesto, el valor y la altura de cada nota, se "escapara", por decirlo de alguna manera, del pentagrama, para poder ser escrita al margen de las cinco líneas del mismo.

Poquito a poco, sin abandonar ninguna de sus actividades, ni la docente, ni la musical, ni la religiosa, Luis lo logró.

Y, aunque al principio parecía una tarea casi imposible, la solución fue la más sencilla. Como siempre las soluciones sencillas son las que resultan ser más geniales.

Asignó a cada nota una letra. A esa letra se le agregaban puntos, según su valor. Luego adoptó determinados signos para indicar a qué altura del pentagrama se encontraba la misma. Esos signos representaban la octava en la que la nota estaba escrita. Adoptó otros signos para indicar las alteraciones (sostenidos, bemoles, becuadros) y así, poco a poco, fue logrando representar la escritura musical, pero con una novedad propia del "braille": la misma se hacía en forma lineal y consecutiva, dejando completamente de lado la representación por medio del pentagrama.

Y, como siempre, sometió a la consideración de sus colegas y alumnos, cada uno de los pasos que daba en sus creaciones, para cerciorarse de que, efectivamente, funcionaba.

Otro motivo más de satisfacción encontraba en la vida, aunque su estilo de vida, preocupaba a otras personas.

Al cura confesor del Instituto, por ejemplo, quien no lograba convencerse de que Luis fuera tan virtuoso..

Él sabía, por propia experiencia, que muchas personas son grandes simuladoras, y aquéllos que aparecen como muy puritanos, a veces, esconden vicios que no se atreven a confesar. Además, eso de que los chicos estuvieran tan contentos, siempre, pegados a Luis, al cura le parecía algo sospechoso.

Por otra parte, tampoco faltaban los celosos y envidiosos que no perdían oportunidad de meter cizaña o sembrar dudas en torno a la personalidad del profesor Braille. Dudas y cizañas que tanto podían florecer en un patio, en un dormitorio, en la cocina o en el confesionario.

Por todo ello, el cura, un día, decidió abordar la cuestión con el propio director del Instituto.

—Le aseguro doctor —comenzó el cura— que, o Luis es un virtuoso, o es un gran mentiroso.

—¿Y acaso no ha sido usted mismo el que les metió en la cabeza a nuestros muchachos la idea de la virtud?

—Eso es para equilibrar las fuerzas, doctor. Ya se sabe que la juventud es fogosa y pecadora. De esa manera logramos que tengan conciencia del pecado y lo confiesen.

—Pero alguno habrá que decida no pecar ¿no?

—Mire, cuando eso sucede, generalmente es porque existen otros problemas. Me preocupa pensar que Luis no sea del todo... ¿cómo lo diría?... que no sea muy normal.

—Y a mí me preocupa su obsesión por el sexo. Creo que usted les hace más mal que bien a nuestros muchachos.

—Mire doctor, usted será todo lo médico que quiera, pero de los procesos sexuales de los jóvenes, yo entiendo más que usted.

—Será por pura teoría... ¿O también la práctica avala sus conocimientos?

El cura se puso de pie y rojo de ira, vociferó:

—Doctor Pignier, ¡no se lo permito!

—Cálmese, cálmese, hombre. Fue una broma.

—Ni en broma se lo permito.

—Está bien. Retiro lo dicho. Lo siento.

—Está disculpado —asintió el sacerdote tiempo que volvía a tomar asiento.

—Gracias. Pero insisto en un hecho: sigo sin estar de acuerdo con usted. Hace años que conozco a Luis y es uno de los alumnos a los que más he tratado y jamás me ha dado muestras de ser un mentiroso.

—Quizás pueda coincidir con usted. Y es por eso que me preocupa pensar que no sea del todo "normal" y no se atreva a confesarlo. Quizás usted, como médico, pueda interesarse por su funcionamiento sexual.

—Pero vamos a ver... ¿De qué se trata? Acaso hay que ser un pecador para ser normal?

—Poco más o menos, señor director. La naturaleza humana, para bien o para mal, nos dota de unos impulsos irrefrenables y, mientras no se tenga la suficiente madurez como para hacer votos de castidad, lo normal es que se sucumba a esos impulsos.

—Que después deben ser confesados, ¿no?

—Pues para ello existe la confesión y el perdón de los pecados. Si todos fuesen virtuosos, no serían necesarios.

—Y si alguien, por propia voluntad, decide no pecar, es mentiroso o anormal, ¿no es así?

—Señor director. He venido, sinceramente, a plantearle una preocupación y no hago otra cosa que recibir ironías y ataques por parte suya. Dejemos el tema.

Si algún día se lleva una gran sorpresa, está avisado. Buenas tardes.

Pignier se quedó a solas. Comenzó a recorrer su despacho de izquierda a derecha, como lo hacía siempre que una preocupación impulsaba sus piernas como si le hubieran puesto un motor.

¿Y si el cura tenía razón? ¿Y si Luis, pese a su aparente buena salud, tuviera algún problema o enfermedad que le impidiera desarrollarse como hombre? ¿Y si un día de éstos se llevaba una sorpresa, como señaló el cura?

Después de meditarlo un rato, decidió realizar una pequeña investigación. No es que dudara de la sinceridad de Luis, pero resolvió que, antes de abordarlo directamente, trataría de atar cabos por otras vías.

En el Instituto no le faltaban informantes. Uno de ellos, por supuesto, era el censor de la correspondencia. Pignier ya había aprendido que no se podía, ni convenía, indagar nada al margen de ese señor, porque entonces, la indagación se tachaba, inmediatamente, de sospechosa.

Ninguno de los informantes consultados señaló incorrección alguna con respecto al comportamiento sexual de Luis. Los temores acerca de un posible caso de homosexualidad, quedaron, por el momento, descartados.

Antes de abordar directamente a Luis, el director decidió encararse con una última persona y mandó llamar a Nanette.

La cocinera entró al despacho con aire de gallina muerta de miedo y se sentó en el borde de la silla.

—Nanette, como ni a usted ni a mí nos sobra el tiempo, iré directamente al grano. —Aquí el director hizo una pequeña pausa, porque iba a preguntar por Luis, pero decidió cambiar el enfoque para no dar pistas.

—Usted dirá.

—Quiero saber, con total exactitud —remarcó Pignier— cuáles son los alumnos que han salido con su sobrina y sus amiguitas y cuáles no.

—¿Cómo dice?

—Vamos, Nanette. No se haga la desentendida. Sé muy bien a qué se dedican esas chicas. Y también comprendo que les haga falta algún dinerillo.

—Perdone usted, señor director, creo que le han informado mal.

—Eso significa que hay algo que informar ¿no?

La cocinera se sintió "pillada" ante este razonamiento del director y su reacción inmediata fue ponerse a llorar como una Magdalena.

—Vamos, mujer. Tranquilícese y responda a mi pregunta.

Nanette no podía articular palabra y las lágrimas corrían como arroyos por su cara.

—Se... se... señor... yo... yo...

—Mire Nanette, ya veo que es usted una gran comediante, pero yo no dispongo de toda la tarde. Así que márchese. Y cuando decida contarme la verdad vuelva.

Antes de retirarse Nanette se sonó estrepitosamente la nariz con el pañuelo del director, se secó las lágrimas y pestañeó varias veces, porque no quería que nadie se diera cuenta de que había estado llorando. No deseaba dar explicaciones a nadie. La ira y los deseos de venganza se instalaron en su mente y en su corazón y al traspasar la puerta, se juró a sí misma que quien se hubiera chivado lo pagaría bien caro.

José María, uno de los censores, le aclaró que quien le preocupaba al desgraciado de Pignier, era el pelota de Luis Braille. ¿Sería posible que Luis se hubiese ido de la lengua? La verdad es que bastante pelota del director sí era. Pero jamás lo oyó hablar mal de nadie, ni chivarse de nada. Nanette tampoco recordaba que Luis le contara chismes. Al contrario, siempre decía que él no era un soplón.

—Pero ya sabes, los curas y los directores tienen buenos métodos para arrancar confesiones —dijo José María.

—¡Hay, José María! esto puede costarme el puesto.

—Tranquila, mujer. ¿No ves que a todos nos conviene? Además, mientras tú sigas tapando bocas con tus pasteles y pagando a punto tus comisiones, nadie va a estar dispuesto a que te echen. ¿No ves que todos nos beneficiamos?

—Menos el director. Ése es incorruptible y, ahora que está enterado, vaya Dios a saber qué es capaz de hacer.

—Ya me encargaré yo de que comprenda que los primeros beneficiados son los alumnos.

—¿Y cómo?

—Utilizando los mismos argumentos que valen para los demás: que se trata de chicas sanas, jóvenes y que cobran poco. Si ellas desaparecen del mapa, tendrán que ir con las cigarreras de la Plaza, como hacen los de los Quinze— Vingts y ya sabemos a qué se exponen.

—No sé, no sé...

—Créeme, mujer. Deja el tema en mis manos. Mientras tanto, tú encárate con el Luisito ése. Trata de arrancarle la verdad. Amenázale y, si hace falta, pégale.

—¡José María, por Dios! ¡Que ya es un hombre!

—Pero actúa y piensa como un niñato.

Antes que Nanette tuviera oportunidad de encararse con Luis, como sugirió el censor, lo hizo el doctor Pignier. Luis llegó a pensar que algún bicho raro andaría suelto por el país, inoculando a todos, desde su padrino, hasta el director del Instituto, algún tipo de sustancia tendenciosa referida al sexo.

—¿Será posible? ¿Cuándo se pasarán los efectos y me dejarán en paz? — llegó a decirle al director.

Por fin, éste se sinceró y le contó su conversación con el sacerdote. También le confesó que había estado haciendo investigaciones y que era probable que, por ese motivo, se hubiera visto molestado por otras personas además de por el cura y por él mismo.

Cuando Nanette por fin pudo estar a solas con Luis, sus planes de ataque se vieron totalmente alterados. Porque él, siempre tan sereno, se puso furioso, dijo que ya estaba harto y le zampó, casi a bocajarro, la verdad: el que se había chivado era el cura.

—No me lo puedo creer. ¿Está seguro?

—Tan seguro como de que hoy es jueves.

—Pues ya me encargaré yo de deshacerme de este cura. —Mujer, ¿qué dices?

—Lo que oye. ¡Ése no dura aquí ni lo que canta un gallo!

Dos semanas más tarde, Luis, casi se cae de espaldas, cuando se enteró de que el cura confesor se marchaba para dejar paso a un nuevo sacerdote, enviado por el obispado. Tiene que ser una mera casualidad, pensó. Pero estaba equivocado. No era casualidad. Es que Luis ignoraba muchas cosas. Entre ellas, la urdimbre que se entretejía desde el confesionario a la cocina...

Él, como siempre, se concentraba en sus clases y en su método de escritura. Sabía, por propia experiencia que la mejor manera de acallar la maledicencia era con hechos y no con palabras.

Pero, además de su trabajo, también se preocupaba por la educación de todas las personas ciegas. Y supo que, en París había más de una persona mayor que no recibía instrucción, ya fuera porque él mismo, o la familia, se negara a recluirlo en el asilo de los Quinze—Vingts. Tampoco podían ser atendidos en el Instituto, dado que sólo se ocupaban de los niños y los jóvenes.

Tanto insistió Luis, que al final consiguió que el Instituto admitiera a personas mayores en régimen de externos. No residían allí, sino que iban, solamente a recibir formación. Sólo podían beneficiarse de esta medida, los ciegos residentes en París, pero ya era algo. Algún día, quizás se consiguiera instalar otros institutos en otras ciudades del país, logrando así, que algunos niños por lo menos, no tuvieran que desplazarse siempre a la capital y pudieran estar más cerca de sus familias y sus costumbres.

Buena parte del año 1829, la dedicó a la redacción de un folleto en el que explicaba su pequeño método, como él lo llamaba y, cuando lo consideró finalizado, solicitó una audiencia con el director para presentarle el resultado de sus esfuerzos. En un par de horas leyó de corrido y con total seguridad demostrando así la funcionalidad de su invento.

El doctor Pignier estaba encantado. Apoyó plenamente el trabajo de Luis y estuvo dispuesto a que se publicara. Consideró como maravillosa la lógica aplicada para desarrollar el sistema. También juzgó como inteligente la parquedad con que Luis explicaba el método sin perderse en discusiones inútiles o circunloquios lingüísticos.

Cuando el director mencionó la palabra publicar, a Luis le corrió un temblor por la espalda y apenas se atrevió a señalar que, el problema radicaba en que estaba totalmente escrito en el sistema de puntos en relieve.

—Ese no es ningún problema Luis. Si te parece, a partir de mañana dedicamos un par de horas diarias a transcribirlo. Tú me lo dictas y yo lo escribo. Porque, lógicamente, tendremos que publicarlo en el sistema de Haüy. De otra forma no lo leerá nadie y, lo más probable es que pase totalmente desapercibido.

Así lo hicieron. Durante varios días el joven le dictaba al director su libro y cuando hubieron terminado, Luis señaló:

—Deseo introducirle este prólogo. Con su permiso lo voy a leer.

Discutieron largo rato sobre su contenido. Al doctor Pignier le parecía exagerado e injusto que Luís declarara que no había inventado nada y que todo se lo debía al Capitán Barbier.

—No se merece ni que lo nombres siquiera. Todavía me arden las orejas cada vez que me acuerdo de la insolencia y la desfachatez con que me dijo que "para qué necesitaban los ciegos saber ortografía"...

—A pesar de todo, quizás a mí no se me hubiera ocurrido jamás trabajar con puntos en relieve si no hubiese sido por él.

—Pero Luis, tú no te has limitado a desarrollar su sistema como sostienes. Has modificado tanto su idea inicial que has creado algo nuevo. Él inventó un sistema y tú has inventado otro. Pero en fin, tú eres el autor. Y sé que meditas muy bien cada cosa que dices. Pero te ruego que lo vuelvas a considerar.

—Así lo haré. Pero quiero que usted también piense que, si ni siquiera nombramos al capitán, es previsible que vuelva a ponerse furioso. En cambio, si reconocemos su autoría y que al fin y al cabo, este método no hace otra cosa que adaptar el suyo, es probable que logremos que lo acepte.

—Quizás tengas razón. Pero sería una terrible injusticia histórica que este sistema, un día, se conociese con el nombre de Barbier—Braille.

—Aún no conocemos el destino de este invento, señor. Todavía puede aparecer algo mejor.

—Permíteme que lo dude, Luis.

—De todas maneras, usted sabe tan bien como yo que la historia siempre se encarga de poner las cosas en su sitio.

—Eso es verdad. ¡Ah!, estoy encantado con tu trabajo y no veo la hora de verlo publicado. Quizás algún día logremos que los ciegos de todo el mundo escriban y lean con tu sistema de puntos en relieve. Soñar no cuesta nada, ¿no es cierto?

—Así es —asintió Luis.

—Ya verás. Si logramos que tu sistema se reconozca oficialmente, quizás hasta consigamos que las autoridades, por fin se ocupen de mejorar nuestra situación. Este edificio está casi en ruinas y yo ya estoy afónico de reclamar algo mejor.

—Yo lo siento mucho por nuestros alumnos. Los pobres lo pasan francamente mal.

—Y vieras la cara que ponen muchos padres cuando vienen por vez primera a dejar a sus hijos aquí.

—Es verdad. Mi padre jamás olvidará la mala impresión que se llevó. Ahora está contento con mi educación y mi trabajo, pero me ha confesado que hasta lloró de amargura por separarse de mí y por sentir que me dejaba en un local tan inhóspito.

—Tú también sufriste mucho ¿verdad?

—Sí. Por eso es que me preocupo tanto de hacerles la vida lo más llevadera posible a los que ingresan. Sé que algunos piensan que soy demasiado blando, pero...

—Tú no te dejes llevar por habladurías, Luis. Yo puedo asegurarte que la mayoría de los alumnos consideran tus clases como un premio, antes que como una obligación.

—La verdad es que son buenos chicos.

—Cada uno recoge lo que siembra y tú seguirás por mucho tiempo, teniendo excelentes cosechas...

Dos días antes de entregar el original de Pignier a la imprenta, Luis recibió un nuevo alumno. Se trataba de un señor mayor, llamado Henry Hayter, hijo y nieto de pintores de renombre, venidos a Francia desde Inglaterra, dado que a su padre se lo consideraba un pintor de moda en las cortes europeas.

Aunque el señor Hayter hablaba perfectamente en francés, toda su educación era inglesa y cuando Luis le presentó su alfabeto de puntos en relieve, después de estudiarlo concienzudamente, con mucho respeto, pero asombrado, manifestó:

—Usted perdone, profesor, pero aquí falta una letra tan común en inglés como es la uve doble.

Luis se echó las manos a la cabeza y exclamó, casi desesperado:

—Es verdad. Tiene usted más razón que un santo.

Preso de una enorme amargura se fue a ver al director.

—Me resulta increíble —repetía una y otra vez—. Tanto cuidado que puse al diseñar el sistema y voy y me olvido de dos letras, porque además de la uve doble, falta la eñe... Deberé rediseñar todo el alfabeto.

—¡Nada de eso! —replicó con firmeza Pignier—. Agregarás esas dos letras al final, como complemento de tus series y para demostrar que puede ser adaptado a otras lenguas.

—Pero aún estoy a tiempo de solucionarlo y...

—Claro —interrumpió Pignier—, y que tú y tus compañeros tiren todos sus apuntes, ¿verdad? Y que también tiremos a la basura el libro de gramática que tenemos copiado y el de matemática que se está transcribiendo...

—También es verdad. Al modificar la serie para incluir esas dos letras, se corren todas las demás y cambian su constitución gráfica.

—Vamos Luis, agrégalas al final y listo. De esa manera nadie olvidará jamás que este sistema ha sido inventado por un francés y para el francés y ¡Viva Francia!

Gabriel, cuando se enteró, se partía de risa y cuando Luis le contó las últimas palabras de Pignier, dijo, entre carcajadas:

—¡Claro que sí! ¡Y viva la lengua de Moliere, que es mejor que la de Shakespeare!

Cuando por fin Luis tuvo entre sus manos un ejemplar de su "Método para escribir palabras, música y canciones sencillas mediante puntos, para uso de ciegos y especialmente diseñado para ellos", "por Luis Braille, profesor de la Institución Real de Jóvenes Ciegos. París, 1829", sintió los mismos deseos de abrazar a todo el mundo y ponerse a dar saltos de alegría como lo había hecho en su casa de Coupvray el día en que la luz se hizo en su mente y descubrió, con claridad meridiana, la forma de organizar los puntos de manera racional y metódica. Pero ahora tenía veinte años y había aprendido a dominar sus emociones.

Envió inmediatamente un ejemplar a su padre, junto con una carta, dictada al doctor Pignier, en la que le manifestaba, una vez más a su familia, el profundo cariño que les profesaba y el deseo de compartir esta nueva alegría de su vida.

La enorme felicidad que lo embargaba, sólo se vio ensombrecida por un quebranto de su salud. No había transcurrido ni una semana desde el momento en que su libro saliera de la impresora, cuando una fiebre muy alta, acompañada de una tos que no le dejaba dormir por las noches, y le impedía dar clases por el día, se adueñó de su persona.

El intenso frío del invierno y la prácticamente nula calefacción del edificio, no se sabe si hace más frío dentro que fuera, repetía una y otra vez Nanette, le obligaron a guardar cama por espacio de casi un mes.

Su amigo Gabriel se hizo cargo de sus clases y venía todas las tardes a verlo y le comentaba los progresos de sus alumnos y las novedades acaecidas.

Fue así como una tarde supo que tenían un nuevo alumno llamado Hipólito.

—Ya lo conocerás, en cuanto estés bueno.

—Por favor Gabriel —rogó Luis—. Ocúpate de que sufra lo menos posible. Ya sabes lo duro que resulta venirse a vivir aquí. Creo que he logrado terminar con las famosas novatadas nocturnas. Pero por favor, ocúpate de que no pase nada raro.

—Descuida, hombre, descuida. Ya sabes que entre Pignier y tú habéis cambiado bastante las costumbres de este antro. No pasará nada.

También le pidió a Nanette, como lo hacía siempre, que no dejase desamparado al nuevo y procurara ayudarlo a sobrellevar los primeros tiempos en el Instituto.

Cuando por fin Luis pudo conocer a su nuevo alumno, una corriente de simpatía se estableció entre ambos. Pese a la promesa efectuada por Gabriel, el joven lo estaba pasando francamente mal. Luis, conocedor profundo de esos males, era el único que sabía aplicar remedios eficaces para el alma y el corazón.

Pese al entusiasmo y a las expectativas de Pignier, la publicación del folleto de Luis no tuvo ninguna repercusión.

Fuera del Instituto primaba el criterio de los videntes: es un disparate que los ciegos utilicen un sistema distinto al de los que vemos. Eso los aísla aún más y hasta puede que frene los avances que se han logrado hasta ahora en su educación.

Quizás por ese mismo motivo, y por suerte para Luis y para todos los alumnos del Instituto, tampoco el Capitán Barbier había logrado, hasta ese momento, que su sonografía fuese oficialmente aceptada e impuesta como método de lectura y escritura.

Por fin llegaron las vacaciones de Navidad. Ahora Luis podría compartir directamente la alegría de la publicación de su libro con su familia y con su antiguo y anciano maestro del pueblo, a quien tanto afecto tenía.

Ahora era su hermana María Celina quien estaba embarazada y la idea de un nuevo niño en la casa, tenía a la familia gozosa y esperanzada.

Luis encontró a su padre henchido de orgullo. Le había mostrado el libro a todo el pueblo y decía que su hijo sería un escritor famoso.

—Luis, tengas o no tengas hijos, tú perpetuarás el apellido Braille con tu obra.

—Pero papá, cuántos deseos tienes de perpetuidad...

—El mismo que debe sentir todo hombre que se precie, hijo mío.

—Es que temo desilusionarte. Por ahora no tengo pensado escribir ningún libro. Esto es sólo el desarrollo de un método. Yo no siento que tenga vocación de escritor. Mi interés, ya te lo he dicho varias veces, está en la música.

—Bien, dejemos este tema por ahora y cuéntame cómo marchan las cosas por el Instituto.

—Antes deseo saber una cosa. He notado que mamá no está contenta. ¿Le pasa algo?

—Quizás esté un poco preocupada por su nuevo nieto, hijo, pero no le pasa nada. Está muy bien y contenta de tenerte nuevamente en casa.

Simón no estaba siendo sincero. Él sabía muy bien cuál era el problema que preocupaba a su mujer. Pero como no sabía disimular, tampoco convenció a su hijo, que se quedó pensando que se le ocultaba algo.

Esa noche, Simón decidió hablar con su mujer. Luis que poseía un oído muy fino, los oyó desde su habitación, ubicada exactamente encima de la de ellos. Sin hacer el menor ruido se levantó y se instaló en el recodo de la escalera desde donde pudo seguir la conversación. Oyó perfectamente las palabras de su madre:

—Me horroriza que Luis escriba y lea ese amasijo de puntos que nadie entiende...

—Si no los entiendes es porque te has negado a aprenderlo, Monique. Tanto las chicas como yo lo hemos aprendido...

—¿Pero no comprendes lo terrible que es eso, Simón? Luis lo inventó porque es ciego. Si viera como nosotros, no lo necesitaría. ¿Por qué no usa nuestras mismas letras? ¿Por qué tiene que agregar más ceguera a su ceguera?

—Entonces ¿tú crees que tu hijo es más ciego porque use puntos en lugar de letras?

—Es como si lo fuera...

—Pero Monique, ¿acaso no te importa el tiempo que ahorra leyendo con la rapidez que lo hace ahora? Además, antes no podía escribir, y ahora sí. Recuerda las ansias que Luis tenía, desde niño, por aprender a escribir.

—Simón, no me convences. Y además te comunico que hay otra cosa que me preocupa mucho. Encontré a Luis muy delgado. Está muy pálido. No sé si comerá bien, creo que debieras convencerlo para que...

Luis comenzó a subir las escaleras y la voz de su madre se fue escondiendo entre los peldaños. Siempre decía lo mismo, que en París lo alimentaban mal, que mejor dejara el Instituto y se viniera a Coupvray a vivir en casa con su familia...

Pero esta noche había aparecido un elemento nuevo en las preocupaciones de su madre... Hasta qué punto debo hacerle caso, pensaba Luis. Quizás pueda encontrar la forma de representar las letras comunes con puntos en relieve y quizás también sean más fáciles de leer que las de Haüy, que están hechas con trazo continuo. Sí, sí. Eso es lo que tengo que hacer. ¿Por qué no representar letras comunes con puntos?

Es curioso... parece que las ideas importantes siempre se me ocurren en Coupvray. Algo debe de tener este pueblo que resulta tan creativo ¿no? ¿Qué será?...

Bueno, entre otras cosas, el hecho de encontrarme en casa, rodeado de mis seres queridos, no deja de ser excitante y motivador.

Además, aquí todos los que me rodean ven y así puedo complementar la opinión de los que no vemos, todos metidos allá en el Instituto, con la de quienes viven otra realidad, diferente de la mía.

Tengo la suerte de tener unos padres que saben leer y escribir y unos amigos como Bécheret o el cura que tienen inquietudes culturales y abren mi mente a otras preocupaciones... ¡ah! y padrino... que ha aportado lo suyo.

¡Espero que, esta vez, me deje en paz con sus preocupaciones relativas a lo sexual!

Pero bueno, me estoy yendo por las ramas.

¿Se habrán dormido ya mis padres?

Ojalá. Tienen que descansar. A veces pienso que yo vengo a traerles más preocupaciones que alegrías...

Ahora, el tema de mi salud... Es difícil disimular esta maldita tos que, cuando me ataca, parece no quererme abandonar. ¿Será cierto que estoy tan pálido como dice madre? Es que en París, el sol brilla por su ausencia y yo, con la manía que tengo de aprovechar cada minuto de mi tiempo en mi sistema de puntos, tampoco salgo demasiado, que se diga.

En fin, ya le pediré a padre que demos un paseíto cuando haya sol. Pese al frío, si el sol sale, aquí en el pueblo, el ambiente se pone agradable.

¿Qué horas serán? No tengo la menor idea. Entre una cosa y la otra he perdido la noción del tiempo...

Y... ahora que lo pienso ¿por qué no adaptar relojes con mi mismo sistema? Sería sencillo, creo. En un reloj de bolsillo, por ejemplo, que tiene una esfera bastante grande, no sería tan difícil pegar, de algún modo, unos puntitos que señalaran cada uno de los números de la esfera...

¡Dios, qué buena idea! Es lo que pensaba, Coupvray, y esta casa, algo tienen, que me inspiran...

Ahora me pasará lo de siempre, me excito con mis propios hallazgos y no logro dormirme...

Mañana lo comentaré con padre. Estoy seguro de que él me ayudará a encontrar la manera de marcar la esfera de un reloj.

¡Vaya! Es como volver al principio. En lugar de clavar tachas de bronce en una madera, se trata de idear la forma de pegar puntitos sobre la esfera de un reloj. ¿Qué contento se va a poner Gabriel, cuando se lo cuente! Él, que nunca sabe en qué hora vive...

¿Y cómo le caerá esta, llamémosle adaptación, a mi madre? ¿Lo sentirá también como cosa de ciegos?

No sé qué pensar. ¿Cómo puedo convencerla de que mi modesto sistema es un método eficaz y seguro para quienes no vemos? ¿Por qué le cuesta tanto aceptarlo?

¿Acaso no se da cuenta de que es la primera vez en la historia que los ciegos podemos leer con relativa rapidez, pero, sobre todo que podemos escribir? ¡Dios, escribir!... Es como un sueño hecho realidad.

Pero ¿por qué no lo puede entender?

¡Ay, Dios mío, ayúdame, por favor! Señor, si un día me ayudaste a encontrar la forma de elaborar mi método de puntos en relieve, ayúdame ahora a encontrar la forma de sustituirlo por otro, que se adecué a los sentimientos de una madre que ve.

Mientras subía las tortuosas y carcomidas escaleras que conducían a su dormitorio parisino, Luis meditaba en las alegrías y sinsabores de la vida. Es como un constante vaivén, pensaba. Nunca puedo saber si volveré feliz o triste de mis vacaciones, si en las próximas me iré contento o desdichado...

Era evidente que, cada uno de los miembros de su familia, sobrellevaba, de forma diferente, la realidad de su ceguera. Pero su familia no era una excepción. Por lo que había podido comprobar, lo mismo, poco más o menos, sucedía con los padres de sus alumnos y, tanto el director, como el resto de los profesores que formaban el plantel del Instituto, opinaban de la misma forma.

Sentía que no debía de dar demasiada trascendencia a las palabras y sentimientos de su madre. Él no dejaría de ser ni más, ni menos ciego por el hecho de utilizar letras comunes o puntos en relieve. Pero una cosa era evidente: en la medida en que lograran ser lo más normales posible, ayudarían a los que ven a aceptar a los ciegos como personas, que es lo que somos.

Pensó que hacía casi cincuenta años que Valentín Haüy había abierto la primera escuela para ciegos y la situación no parecía haber cambiado demasiado, de esa época al presente, al contrario, quizás hasta retrocediera en algunos aspectos. Porque el viejo maestro, además de educar a los ciegos, llevó sus experiencias más lejos aún, creando un centro de enseñanza mixto, al que asistían tanto ciegos como videntes. Hubo profesores ciegos, además que enseñaban a chicos que veían. En cambio ahora, tanto el gobierno como las autoridades del Instituto, habían abandonado la antigua idea de Haüy de la escuela común para los que ven y los que no. Luis no sabía hasta qué punto esta experiencia podía calificarse de exitosa o de fracaso. Pero lo cierto fue que, a través de los esfuerzos de Haüy, se demostró que una persona ciega era válida como profesor de videntes.

Pero no podía engañarse. Aunque la historia estuviera ahí, continuaba siendo un mero conjunto de anécdotas y, mientras no se aceptara como un cúmulo de experiencias que era necesario asumir y profundizar, todo seguiría igual. ¡Cuánto cuesta cambiar las mentalidades individuales y colectivas, Dios mío!

Lo mismo me está pasando ahora a mí. Con un agravante, porque soy consciente de que aunque mi sistema de puntos en relieve es genial para los dedos, admito que es un engorro para los ojos.

—También podemos utilizar ambos sistemas —juzgó Gabriel cuando Luis le hizo partícipe de sus preocupaciones.

—Sí, pero ¿qué hacemos cuando queramos escribir a un vidente?

—Ya se nos ocurrirá algo, Luis —opinó Pignier, después del almuerzo.

Como siempre, la música y su comunicación con Dios fueron las únicas fuerzas capaces de devolverle la paz a su espíritu.

Pero sentía un desasosiego nuevo en él. Era como si su conciencia se negara a serenarse, como si la idea de que algo terrible y doloroso sucedería dentro de poco tiempo.

Se volvió más taciturno y, curiosamente, dormía muchas más horas de las acostumbradas.

Jamás se había distraído en clase y últimamente le sucedió en dos ocasiones.

—¿Qué pasa profe? ¿Está usted enamorado? Dicen que los que se enamoran se distraen con facilidad —comentó uno de sus alumnos.

Luis se excusó, hablando de la guerra. Y era verdad. Prácticamente Europa entera estaba en guerra y en Francia se sucedían los levantamientos armados. En el Instituto se pasaban muchas necesidades y mucha hambre. Hubo días en que ningún alimento llegaba a los mercados de París... La situación era preocupante, pero Luis sabía que no era sólo esto lo que le tenía a mal traer.

Una tarde del mes de octubre de 1831, se encontraba estudiando un pasaje particularmente difícil, ante el órgano de la iglesia de San Nicolás, cuando oyó la voz del sacristán que lo llamaba desde el altar. Sintió que el estómago le daba un vuelco y el corazón se ponía a correr como un caballo desbocado. Mientras bajaba las escaleras trató de tranquilizarse. Aún no sé por qué me llaman; a santo de qué ponerse tan nervioso.

Un celador había venido a buscarlo y le informó que su hermano estaba en el Instituto y deseaba verlo.

A Luis le parecía que no llegaban nunca. Jamás el camino se le hizo tan largo.

Al llegar fue directamente a la sala de visitas y efectivamente, allí estaba su hermano quien era portador de una de las noticias más terribles que Luis había conocido hasta ese momento:

—Padre ha muerto...

Ninguno de los dos pudo articular palabra. Sólo los brazos entrelazados y las lágrimas amargas y silenciosas eran capaces de trasmitir algo del dolor que les embargaba.

El doctor Pignier insistió en que Luis se fuese al pueblo. Debía acompañar a su madre y sus hermanos.

—En estos casos, nada ni nadie puede sustituir el amor y la compañía de un hijo —afirmó el director.

El trayecto hasta Coupvray fue para Luis como un camino al purgatorio. No podía dejar de evocar su primer viaje en sentido contrario. Recordó que aquél le pareció terrible, lo más terrible de su vida, aunque llevaba la esperanza de aprender a leer y escribir. Ahora, no podía haber esperanza de ningún tipo. ¿Tendrá razón mi madre cuando insiste en que me venga a vivir al pueblo?

Eso es imposible se decía una y otra vez. ¿Qué puedo hacer yo en el pueblo? ¿De qué voy a vivir? No puedo transformarme en una carga para mi familia.

El viaje duraba varias horas y, a pesar de que Luis y su hermano eran los únicos pasajeros, no cruzaron palabra en la mayor parte del trayecto. Sólo los cascos de los caballos y el traquetear de las ruedas sobre el camino, acompañaban el mutismo de ambos.

De pronto la diligencia se detuvo. El cochero anunció que iba a entregar un recado y volvía enseguida.

Luis fue el primero en hablar:

—¿Bajamos a estirar un poco las piernas?

—Sí, y a ver si encontramos un lugar donde mear.

Cuando el viaje se reinició, Luis tuvo un fuerte ataque de tos. Al hermano le pareció ver algo rojo, como si fuera sangre, en su pañuelo, pero no dijo nada.

Una vez repuesto, Luis pensó en voz alta:

—La vida, sin padre, me va a resultar más difícil.

El hermano opinó que todo dependía de cómo cada cual acomodara las ideas en su cabeza.

Luis expresó su extrañeza sobre el hecho de que, siendo hermanos, fueran tan distintos: es curioso, dijo, los dos nos llamamos Luis y sin embargo... Aventuró algunas hipótesis: tal vez la diferencia de edad ¿me llevas como catorce años, no?; tal vez fuera su ceguera... o el hecho de que su hermano se hubiese marchado de casa.

Nos hemos visto tan poco, reflexionó.

Pero daba la impresión de que, esos temas, a su hermano no le interesaban. Luis volvió a pensar en su padre y, de pronto, preguntó:

—Papá y tú nunca os entendisteis demasiado bien ¿verdad?

Esta vez el hermano pareció conmoverse. Exclamó "bueno", varias veces y en distintos tonos de voz y volvió a su mutismo.

Luis le preguntó si estaba muy cansado o si no le gustaba hablar, a lo que él respondió diciendo que lo suyo era el campo. Que si se trataba de hablar de vacas, de ovejas, podía hacerlo, pero que, fuera de esos temas, pocos eran los que le interesaban.

Luis sonrió, reconociendo que no entendía casi nada de esa realidad de la que se sentía muy ajeno. En cambio, en ese momento, le apetecía evocar la figura del padre. Aún no se había hecho a la idea de que ya no volvería a hablar nunca más con él.

Su hermano reaccionó con cierta brusquedad. Manifestó que no deseaba mancillar su memoria cuando aún no había sido enterrado. Su voz, más que dolor, reflejaba un gran resentimiento que hizo aflorar el rencor. Un rencor duro, maduro, afilado como una gubia, crujiente como un pan. Un viejo rencor que colmó el vaso y comenzó a derramarse de forma casi incontenible. Luis no hizo nada por evitarlo. En los doce años que llevaba ya en el Instituto, había aprendido que, cuando los hombres estallan, es mejor abrir el paraguas y esperar a que la tormenta pase.

Ahora el hermano contaba que el padre se volvió insoportable después que Luis se quedara ciego. Que estaba todo el día borracho, que no trabajaba, que llegaron a pasar hambre y que él tuvo que salir a trabajar para traer el pan a casa.

Cuando superó el problema de la bebida, no por eso las cosas mejoraron.

Quiso lavar su culpa, mimando al cieguecito. No hacía más que decir que era el mejor de sus hijos, el más inteligente, el más listo, el más guapo... Luis se convirtió, a los ojos de su padre, prácticamente en su único hijo, y él... ¿qué? ¿Quién había traído dinero a casa para que su madre no terminara en harapos? ¿Quién tenía que salir por las noches a recogerlo, para que no se muriera de frío, tirado por las calles? A ver, ¿quién?

Y, además de soportar las injusticias en casa, estaban las otras, las de la gente del pueblo... Seguramente, Luis, jamás tuvo que aguantarlas, pero él sí.

Un día, por ejemplo, entró muy contento en la taberna. Acababa de conseguir un dinero extra, ayudando en la cosecha de la uva y decidió invitar a una vuelta, algo que nunca había podido hacer, por falta de dinero.

Pues ¿sabes lo que pasó? Que uno de los vendimiadores, cerró los ojos, estiró la mano e, imitando el tambaleante paso de un ciego, le dijo que guardara el dinero, para dárselo a su hermanito el cieguecito...

La emprendió a golpes con el gracioso y terminó preso. Estuvo un mes, un mes, que se dice pronto, en la cárcel. Y el padre ¿qué hizo? Nada. Ni siquiera fue a verlo y dijo que se lo tenía merecido ¡por borracho!

Por eso, al salir de la cárcel se marchó. Bien lejos, donde nadie lo conociera ni tuviera la menor noticia de que él tenía un hermano ciego...

Las últimas palabras quebrantaron su voz.

Luis alzó la cabeza, se pasó la mano derecha por el pelo y dijo:

—Y ahora, hermano ¿estás en condiciones de perdonarme?

—¡Tú no tienes culpa de nada! —respondió el hermano con gran brusquedad— . ¡Ah! Y que sepas que si he ido a buscarte, es porque madre me lo pidió. ¡Y basta! No quiero hablar más. ¡Se terminó!

Aún faltaba una hora para llegar a Coupvray, pero ninguno de los dos abrió la boca hasta llegar a casa.

¡Vaya antagonismos que tiene la vida!, pensó Luis, mientras subían los tres peldaños que daban acceso a la sala común de su casa. ¿Será posible que tenga que perder a un padre, para recuperar a un hermano?...

La madre los recibió con los brazos abiertos y los abrazó a los dos, dejando caer su cabeza entre ambos.

—Hijos, sé que no debo aumentar vuestro dolor, vosotros habéis perdido a un padre, pero os aseguro que la muerte de un esposo es la cosa más terrible del mundo.

—Madre, aquí estamos todos tus hijos. No te dejaremos jamás sola...

—Lo sé, hijos, lo sé. Pero vosotros no podréis jamás sustituir a vuestro padre.

—No se trata de eso, madre, nadie pretende sustituir a padre. Pero tú, ahora, debes pensar en nosotros y en tus nietos.

—Esas palabras se dicen siempre, hijos. Pero no son verdaderas; no sirven para nada. La realidad es que ya deberé acostarme y levantarme sola el resto de mi vida.

Durante el viaje a Coupvray, Luis comenzó a toser de una manera persistente y muy molesta. Hizo miles de esfuerzos por evitarla delante de su madre, pero ella, pese a que no hizo ningún comentario, se percató de que Luis no estaba bien de salud.

Cuando llegó el momento del sepelio, Luis se sen tía francamente mal, pero pensó que era el disgusto sumado al cansancio del viaje, los que le estaban jugando una mala pasada.

Tuvo que discutir con su hermano y los vecinos para que le permitieran formar parte del grupo de hombres que llevarían el ataúd a hombros hasta el pequeño cementerio del pueblo. Luis pensaba que no le permitían hacerlo porque era ciego e insistió en que, al marchar todos juntos, para él era muy fácil seguir la marcha de los demás. Pero lo cierto era que la tos no le dejaba en paz.

—Tan importante como cargar la caja con papá, es que abraces fuerte a mamá y la acompañes en el camino —manifestó su hermano.

—Esa es tarea de mujeres —dijo Luis un tanto enfadado— me tratas como a una mujer.

Pese a sus esfuerzos reivindicatorios, Luis no se sentía bien y era presa de una fiebre bastante elevada. Al fin marchó al cementerio acompañado por su antiguo maestro, el señor Bécheret que estaba también muy afectado por la muerte de su gran amigo y contertulio en las largas tardes de invierno.

Al llegar al recodo del camino que conducía al cementerio, Luis no pudo retener las lágrimas... Ese sitio había sido propicio testigo de charlas fundamentales en su vida mantenidas con el hombre que ahora era portado en una caja a hombros de sus vecinos... Y nuevamente el lugar ejerció su magia y Luis sintió que su padre estaba allí, sentado a la sombra del viejo roble.

—Papá, ¿estás ahí? —preguntó mentalmente.

—Sí hijo, aquí estoy y aquí estaré siempre. Jamás os abandonaré, Luis. Puedes estar tranquilo.

—Lo sé, papá, lo sé.

—Mientras tú no te olvides de mí, yo siempre estaré a tu lado y junto a madre y tus hermanos y los niños. Tú deberás convencerlos de esta realidad, hijo mío. Yo te ayudaré a que te crean.

—¿Qué pasa Luis?, no oigo qué es lo que dices. Recuerda que estoy un poquitín sordo —dijo el señor Bécheret, interrumpiendo la conversación de Luis con su padre.

—Nada, estaba rezando —mintió Luis.

—Ah, hijo, perdona. Sigue... Sigue...

Al volver del cementerio, Luis convenció a su madre para que se recostara un rato. Pero al darle un beso, ella se percató de que su hijo hervía de fiebre. En lugar de su madre, el que terminó en la cama, fue Luis.

La tos y la fiebre persistieron durante varios días. Luis estaba preocupado por sus clases y sus alumnos, pero la verdad es que le resultaba prácticamente imposible realizar el viaje a París. Se sentía cansado y sin fuerzas. Pero los cuidados de su madre y sus hermanas, junto a la buena alimentación restablecieron poco a poco su salud.

En el pueblo, a pesar de la guerra, en los graneros no faltaban los productos de la huerta y su madre realizaba milagros con la harina y las patatas.

También su padre dejó bien provista la bodega. Su padrino producía un vino que sabía a gloria y Luis se aficionó a bajar a la bodega todos los días.

—Si sigues así, nos dejarás sin vino para el resto del año —comentó su hermano.

Luis jamás había sido adicto al vino. Apenas si lo probaba durante las comidas, pero ahora que faltaba el padre,

—Parece que quisieras beber tu parte y la de papá... —comentó Céline, durante la cena.

Al principio Luis descubrió que un par de vasos de vino le producía una agradable sensación de mareo. Transcurridos unos días, ya no alcanzó con un par de vasos. Necesitaba tres. Un atardecer bajó a buscar una botella y, en lugar de subir, decidió abrirla allí mismo. Se sentó sobre uno de los pequeños toneles destinados al licor y comenzó a beber directamente de la botella.

De pronto apareció su padre y le preguntó:

—Luis, ¿qué haces?

No lo sabía. Era la primera vez en su vida que se pescaba una borrachera...

La muerte de su padre sumió a Luis en una profunda tristeza que crecía como una estalagmita en medio de su pecho. A medida que pasaba el tiempo su ausencia se hacía más patente. Aunque sentía, de vez en cuando, su presencia, los registros de su voz tropezaban en su memoria con las piedras del olvido.

No abandonó sus estudios de órgano, ni sus clases, pero fue perdiendo el entusiasmo y la melancolía comenzó a reflejarse en su poco expresivo rostro. Hablaba en voz muy baja y pausada y sólo sus conciertos de los domingos en la iglesia eran capaces de arrancar de la congoja a su espíritu.

Los años fueron pasando de manera monótona y rutinaria que sólo se alteraba por la llegada de algunos alumnos nuevos o por la muerte, cada vez más frecuente, de aquéllos que sucumbían ante la tuberculosis y las pésimas condiciones en las que vivían.

El sistema de puntos en relieve continuaba siendo utilizado por profesores y alumnos ciegos del Instituto, pero su repercusión no sobrepasaba los muros del vetusto edificio que, cada vez, se encontraba en peores condiciones.

Pignier también estaba preocupado por la salud y la falta de ánimo de Luis y una tarde lo mandó llamar para decirle:

—He pensado que quizás convendría que publicásemos una segunda versión de tu método y algún libro, que consideremos útil en ese sistema. ¿Qué te parece?

—Creo que sería bueno sí, porque considero que sus bondades ya han quedado suficientemente probadas.

—Se me ha ocurrido que, quizás lo más interesante sería que publicásemos el libro de historia, que es el más largo y uno de los que más les cuesta leer a los alumnos.

—Si le parece bien, me gustaría consultarlo con Gabriel, pero en principio, estoy de acuerdo.

—No tengo ningún inconveniente. Pero no me has respondido si aceptas reeditar tu libro.

—Supongo que ya no habrá polémicas. Las cartas que Barbier nos ha enviado, tanto a usted como a mí, demuestran que el capitán ha terminado por admitir mis cambios.

—No estoy tan seguro de ello, Luis. Pero a pesar de todo creo que ha llegado el momento de dar una nueva batalla en torno a tu sistema.

—Si le voy a ser sincero, la idea de publicar libros con puntos en relieve, me entusiasma, pero no estoy de ánimo para conflictos...

Durante unos meses, Luis vivió la alegría de la edición del libro de historia y se ocupó personalmente de la reedición de su método. Pero, en contra de sus deseos, las polémicas se reavivaron.

Parecía una lucha de ciegos contra videntes. La controversia llegó incluso a los periódicos y Barbier no dudó en escribir en un folleto: "Los ciegos deben disponer de una escritura privada, adecuada a su situación, es la única que realmente les conviene: hasta ahora, nadie se ha ocupado de ello".

—Sigue tan desgraciado como siempre —vociferó Gabriel—. No está defendiendo tu sistema, Luis. Fíjate en eso de que "nadie se ha ocupado de ello"... Además está diciendo que somos unos pobres cieguecitos y que sólo nos comuniquemos "en privado". ¡Claro! Donde nadie nos vea y sin que nadie se entere...

Frente a los injustos y despiadados ataques, o la ignorancia de que era objeto el sistema de puntos en relieve, Pignier decidió contraatacar, saliendo a la luz pública.

A finales del año 1834 se realizaría una exposición de la industria en la Plaza de la Concordia. Al director se le ocurrió que el Instituto estuviera presente en la misma, con los libros impresos en el método ideado por Luis, demostrando al público las posibilidades que el mismo brindaba a las personas ciegas, tanto para la lectura como para la escritura.

Logró convencer al Consejo Administrador del Instituto y llevó adelante su propósito.

Hipólito, Gabriel y otros profesores y alumnos lograron impresionar a los visitantes demostrando las virtudes del método inventado por Luis.

—Cuando la gente me pregunta, yo digo que esto se llama sistema braille — comentó Gabriel el tercer día de exposición, durante la cena.

—¡Tú estás loco! —se escandalizó Luis.

—Los locos solemos decir muchas verdades —rió Gabriel—. Tú porque no estás allí. Porque eres tan tímido que no te atreves a enfrentar a la gente, pero si lo hicieras, verías su asombro y su entusiasmo.

—Y también las polémicas, Gabriel. ¿O te has olvidado de todas las discusiones que van y que vienen en torno a estos benditos seis puntos?

—Pero ganaremos la batalla, ya verás como la ganamos.

—No sé si lo veré o no. Pero mientras tanto, no me agrada que el apellido de mi familia esté de boca en boca, por eso no me gusta que lo designes así.

Se produjo un repentino silencio en torno a la mesa de la cena y, en ese momento, Simón se hizo presente.

—Hijo, ya te dije que un día tu perpetuarías el apellido Braille.

—Padre, yo no tengo fuerzas...

—¡Luis! ¿Qué estás diciendo?

—Perdona, Gabriel. Os pido disculpas a todos. Estaba pidiéndole fuerzas a Dios...

Un fuerte ataque de tos obligó a Luis a retirarse antes de finalizar la cena. Prácticamente no pudo dormir esa noche. Las palabras que su padre le transmitiera mentalmente, le hicieron revivir aquella noche en Coupvray en la cual le rogó a Dios que lo ayudara a encontrar la forma de dibujar letras comunes con puntos, para adecuarse a los sentimientos de su madre. Esta idea ya no lo abandonó. Al contrario, se metió dentro de él y fue creciendo como una enredadera, ocupando hasta los más recónditos intersticios de su cuerpo y de su mente.

Luis la cuidó, la regó, la abonó, la podó y logró, por fin, transformarla nuevamente en idea. Se podían dibujar las letras comunes de los que ven, por medio de puntos en relieve y de esa forma ambos podrían leerlas. Evidentemente no serían tan efectivas para el tacto. Costaría leerlas casi tanto como las letras de Haüy, pero al menos podrían escribirlas por sí mismos. Claro que para lograrlo, había que inventar un aparato con el cual poder hacerlo.

Su mente, como siempre, se puso a trabajar de forma afanosa. Primero decidió que las letras mayúsculas serían las más fáciles de trazar y de leer al tacto. Diseñó en su cabeza el número de puntos con los que formaría cada letra e hizo construir una pauta especial para dibujarlas. Una vez que comprobó que su idea funcionaba, estableció el número de puntos y la forma definitiva de cada letra. Se dio cuenta de que este tipo de escritura tenía identidad propia y decidió llamarla rafigrafía.

Como solía ocurrir con los inventos de Luis, la rafigrafía tuvo éxito y aceptación tanto entre los que veían, como entre los que no. Sólo subsistía un inconveniente: la escritura era lenta y trabajosa, pues había que hacer entre siete y diez puntos para cada letra.

Luis, siempre inquieto y creativo, pensó que sería práctico disponer de un aparato con diez punzones, por medio del cual se pudiera escribir cada letra de una sola vez, apretando los punzones correspondientes.

La idea parecía acertada, pero... a Luis le fallaban sus conocimientos mecánicos. No poseía una formación, en ese sentido, que le permitiese desarrollar esa "máquina" que su imaginación le sugería.

Le comunicó a Pignier su preocupación y éste le puso en contacto con Frangois—Pierre Foucault, de quien ya le había hablado alguna vez. Se trataba de una persona ciega que vivía en los Quinze—Vingts y que estaba considerado como un inventor genial.

Luis quedó fascinado con Frangois y éste le tomó un gran cariño y respeto a Luis. El inventor hizo todo lo posible por difundir el método de Braille dentro de los Quinze—Vingts donde algunos alumnos trasladados del Instituto ya lo conocían, pero estaba prohibido utilizarlo.

Foucault y Luis se pusieron a trabajar en el desarrollo de una máquina para escribir con la que pretendían comunicarse con las personas que ven.

Fueron tardes fabulosas para ambos a través de las cuales, unas veces en el Instituto y otras en el hospicio, trabajaban, codo con codo, en el desarrollo y construcción de un aparato al que denominaron rafígrafo.

En realidad Frangoise prefería trabajar en los Quince—Vingts porque de esa manera lograba que Luis saliera ya no sólo para ir a misa o practicar el órgano. Además cada vez que iba al Instituto se espantaba del estado calamitoso del edificio. Una tarde se quejó ante Pignier provocando la reacción del director que se había dejado ganar por la rutina. Las visitas de Foucault fueron como un soplo de aire limpio dentro de los vetustos muros del número 68 de la calle Saint —Victor.

Pignier comenzó a mover influencias y a visitar amigos y conocidos para lograr que se mejoraran las condiciones del local. Durante esa campaña no dejaba de aludir a Luis Braille y su método de escritura y lectura para ciegos. También comenzó a mencionar el rafígrafo y a enseñar escritos producidos en rafigrafía que permitían a los ciegos escribir de una forma legible para los que ven.

—Y entonces, ¿por qué no hacéis todos los libros en rafigrafía? —preguntó uno de los diputados visitados por Pignier.

—Por una razón muy sencilla. A través de este método los ciegos pueden escribir las letras comunes y controlarlas, para comunicarse con los que ven, pero si tienen que leer y escribir siempre con estas letras, tanto una tarea como la otra resultarían lentas y trabajosas. En realidad un método complementa a otro.

—Al fin de cuentas lo único que hacemos es facilitarle las cosas a los que ven —comentó una tarde Frangoise— pero, a nosotros los ciegos, se nos exige por partida doble. Ellos no realizan ni el mínimo esfuerzo por aprender tu sistema y nosotros tenemos que dominar dos.

—Es verdad —respondió Luis—, pero es que...

—Tú siempre justificas todo, Luis. La verdad es que yo pienso que deberías ser un poco más agresivo.

—La agresividad no conduce a nada, Frangoise.

—Si está bien encaminada, es absolutamente necesaria para que nos oigan y los demás comprendan que, algunas veces, tenemos razón.

La conversación se interrumpió a raíz del reclamo de Pignier que deseaba hablar con ambos.

—Muchachos —saludó el director, pletórico de alegría y emoción al recibirlos— . ¿Sabéis una cosa? ¡Lamartine vendrá a visitarnos! y me ha prometido que, si el estado del edificio es tan calamitoso como le he dicho, hará una campaña para beneficiarnos. ¡Me siento francamente feliz!

—¿Alphonse de Lamartine? ¿El poeta? —preguntó asombrado Frangoise.

—El mismo —dijo Pignier y agregó— sabéis que ahora se ha dedicado a la política y ha sido electo Diputado.

—Ojalá cumpla su palabra —comentó Luis.

—¿Y por qué no habría de hacerlo? —interrogó Frangoise.

—Los políticos... ya se sabe... —señaló Luis.

—Pero alguna cosa buena, de vez en cuando, hacen ¿no os parece? —afirmó, mas que preguntar, Pignier.

Pese al pesimismo de Luis, Lamartine cumplió su palabra y el propio Braille formó parte de la comitiva que acompañó al escritor y político durante su visita al Instituto.

Pocos días después, Pignier lo mandó llamar a su despacho y cuando Luis entró, el director agitando unos papeles que tenía en la mano le dijo:

—Escucha Luis, escucha, si quieres después te leo todo el discurso, pero escucha esta frase de Lamartine, no tiene desperdicio.

Y antes que Luis pronunciara palabra, Pignier comenzó a leer: "Ayer visité la Institución Real para Niños Ciegos. Ninguna descripción podría dar una idea real de cómo es este edificio pequeño, sucio y triste, con unos pasillos tabicados que reciben el nombre de talleres o clases, con unas escaleras tortuosas y carcomidas que, en lugar de ser adecuadas para esos desgraciados que sólo se pueden guiar por su sentido del tacto, son, si se me permite la expresión, más bien un desafío lanzado a la ceguera de esos niños"...

—¿Qué te parece? ¿Ha cumplido o no ha cumplido con su palabra?

—Y ahora ¿qué?

—Y dale... Mira que estás negativo ¿eh? Pues has de saber que la Cámara de Diputados se ha conmovido profundamente, ¡por algo nuestro defensor es un gran escritor!, y ha votado ya el dinero para comprar un terreno para construir un nuevo edificio. ¿Qué te parece?

—Bien, muy bien y creo que debo darle la enhorabuena ya que todo se lo debemos a su esfuerzo y preocupación.

—Pues yo creo que la enhorabuena se la merece Foucault. A fuer de sinceros, ha sido él, con sus críticas y su preocupación por el Instituto, quien me ha hecho reaccionar.

—A mí también me ha resultado un gran amigo.

—Me alegro, Luis. De verdad. Estaba seguro de que os entenderíais bien. Se trata de una persona ciega fuera de serie, igual que tú...

—Yo apenas le llego a la suela de los zapatos...

—Déjate de tonterías, hombre. Sé que habéis realizado muchas salidas y paseos juntos.

—Sí es verdad. Se trata de una persona muy culta, además de un gran inventor, con un espíritu inquieto y renovador. Y hablamos mucho de historia, de filosofía, de música...

—¿Y de mujeres, no?

—¡Pero bueno! ¿Usted también?

—¡Ah! Ya veo que no soy el único que me preocupo por tus relaciones con el sexo femenino...

Luis, por toda respuesta, tuvo un ataque de tos que le impidió continuar con la conversación y le obligó a permanecer en cama por espacio de una semana.

Cuando su salud mejoró, Pignier le pidió que lo acompañara a ver el terreno que comprarían para construir el nuevo edificio. Se trataba de un solar ubicado en el bulevar Des Invalides en un sitio alto, luminoso y aireado de los suburbios de París y, aunque quedaba un poco alejado del centro, la verdad es que las ilusiones puestas en ese lugar eran muchísimas, era como "salir de un pozo para subir a un monte" en palabras de Foucault.

Pero no todo fueron alegrías. Como confirmando el convencimiento de Luis de que la vida era un continuo vaivén entre penas y alegrías, crecieron, dentro del Instituto las oposiciones a Pignier.

Durante los cinco largos años en que el Instituto permaneció sumido en la rutina, el señor Dufau, que cumplía las funciones de subdirector, y a quien ni Pignier ni Braille, tomaban demasiado en cuenta, se encargó de desmerecer la labor del director, levantando falsos testimonios contra él, y moviendo sus propias influencias para que lo obligaran a jubilarse.

—Ahora que Pignier ha tenido un triunfo, Dufau pretenderá atribuirse todo el mérito a sí mismo —comentó Frangoise, quien por estar fuera del Instituto, se enteraba de los comentarios mejor que el propio Luis.

—Es un malnacido —afirmó este último.

—Sí, pero ándate con cuidado, este malnacido, como tú le llamas, terminará, dentro de poco, siendo el director.

—Resulta más que injusto que un hombre que ha dedicado veinte años de su vida a nosotros, como ha hecho Pignier, ahora se vea obligado a marcharse como si fuese un don nadie.

—Mira, más que preocuparte por Pignier, deberías hacerlo por tu salud, Luis. No te encuentro muy bien.

—Hay cosas que me preocupan más que mi salud, Frangois. Ya sabes que Dufau es absolutamente contrario al uso de mi sistema en el Instituto.

—Sí, lo sé. Pero ¿sabes lo que te digo? Que deberíamos ahogar tus penas y las mías con una buena orgía.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes. Que nos vayamos nosotros de picos pardos y que a ellos se los lleve el diablo.

—Eso no soluciona nada.

—No. Pero ayuda a sobrellevar las penas. ¡Venga, hombre! Hoy es un buen día...

—Mal empezamos este año de 1840, Frangois. Por fin Dufau se ha salido con la suya.

—Sí... Además encontró un buen apoyo en el profe de mates.

—Así es. El muy desgraciado le ha hecho la cama a Pignier, como si el cargo fuera para él...

Una de las primeras decisiones que tomó Dufau al asumir su cargo de director, fue prohibir totalmente el uso del método de Luis Braille dentro del Instituto.

—También pretenderá prohibirlo dentro de los Quinze—Vingts, me imagino.

—Es muy probable. Pero no va a tener mucha suerte. Ya verás que a la larga le ganaremos la batalla.

—Tampoco quiere que usemos el rafígrafo.

—Eso es, entre otras cosas, por celos. Es un estúpido.

—¿Por qué dices que está celoso?

—Porque al fin de cuentas, nosotros los ciegos poseemos una máquina para escribir que ni los videntes tienen.

—También podrían utilizarla ellos, si quisieran.

—Sí, pero para eso necesitaríamos inventar algo para que también escribiera en tinta. Por ahora sólo se consiguen puntos en relieve, aunque tengan forma de letra.

Así conversaban Luis y Frangois una tarde en la que se dirigían a casa de Pignier. Desde que lo habían obligado a jubilarse, los dos iban todas las semanas a visitarlo, para charlar con él y consolarlo en su retiro forzoso.

Cuando Luis le contó que su método había sido prohibido, el ex director manifestó:

—Debo pedirte disculpas, Luis. No fui capaz de lograr que se reconociera oficialmente y fuera impuesto como el mejor método de lectura y escritura para ciegos.

—¡Por Dios, Pignier! ¿Cómo va a pedirme usted, nada menos que usted, disculpas a mí?

—Esa no era una tarea sólo suya —comentó Frangois—. El propio Luis debe luchar por ello. Ya le he dicho, en más de una oportunidad, que tiene que ser más agresivo.

—Cada uno es como es, muchachos...

—También se puede modelar el carácter —afirmó Foucault— estoy convencido de ello.

—O nos lo modelan las pequeñas alegrías y los grandes golpes de la vida... — agregó, casi en un susurro, Luis, como un presagio de la noticia que dos semanas más tarde, le destrozaría el corazón. Su hermana María Celina moría de unas fiebres malignas, dejando huérfanos a una niña de seis y a un niño de trece años.

Luis se trasladó de inmediato a Coupvray. Sus esfuerzos por encontrar la compañía espiritual del padre fueron inútiles. Recordaba sin cesar el día del nacimiento de su primer sobrino y casi le parecía sentir los brazos de Simón apretándolo contra su pecho. Pero todo era un espejismo. Ni siquiera el recodo del camino, cerca del cementerio fue capaz de traer la voz y la presencia del padre.

—Seguramente está sufriendo tanto como nosotros —aseguró Catalina, su hermana mayor.

—No puede ser que alguien se muera con cuarenta y tres años, Luis, y cuando aún se deben criar dos hijos...

—Madre, yo no puedo encontrar palabras de consuelo. No tengo consuelo, ni palabras...

—Lo sé hijo, lo sé. No te pido que me consueles, pero sí te pido que te cuides. Te veo muy pálido y delgado y no me gusta nada la tos que tienes por las noches. No quiero que tú también me des un disgusto...

—Madre, yo...

—Mira Luis, yo no me ando con tapujos, ni con remilgos. La vida me ha endurecido lo suficiente como para llamar a las cosas por su nombre y te aseguro que, lo que tú tienes, si no es una tuberculosis, está muy cerca de serlo.

Estas palabras de su madre golpearon como puños el rostro de Luis. No se había atrevido a preguntarle al doctor Allibert el nombre de su enfermedad. Pero sabía que varios alumnos padecían tuberculosis en el Instituto y ya habían muerto algunos por esa causa.

—Te he pedido más de una vez que te vengas a vivir aquí, con nosotros. Está comprobado que el aire limpio y la buena comida curan este mal.

—No exageremos. No sé qué tengo. Pero lo que sí sé es que debo atender a mis alumnos.

—Que tus alumnos se las arreglen como puedan ¡jolines! Si te mueres, otros deberán ocuparse de ellos. Y ¿quién se ocupará de ti? ¿Por qué no piensas un poco más en tu pobre madre, en lugar de pensar tanto en tus alumnos?

Luis se dejó convencer. Escribió una carta a Dufau solicitando unas vacaciones para acompañar a su madre y para reponer su precaria salud.

Dufau consultó al doctor Allibert para asegurarse de que Luis no mentía. Efectivamente, el médico confirmó la conveniencia de un descanso que, por otra parte al director le convenía, aunque por distintos motivos. Con Luis lejos de París, le resultaba más cómodo liquidar ese odioso sistema de puntos en relieve que para lo único que servía era para aislar a los ciegos.

El se había negado a aprenderlo a pesar de su sencillez y vivía obsesionado con la idea de que los alumnos y los profesores ciegos se intercambiaban mensajes secretos e injuriosos contra su persona. Por ello, no se limitó a prohibir su uso. Hizo revisar las habitaciones y requisó cuanta pauta y punzón había en el Instituto.

Le escribió una carta a la madre de Luis para darle su pésame y aprovechó para decirle que si su hijo tenía en casa alguna guía para escribir con puntos en relieve debía enviarla al Instituto, porque la necesitaba. Monique no le dijo nada a Luis quien, por supuesto, siempre tenía una pauta consigo.

Foucault sabía que Luis no se encontraba bien, pero, a pesar de ello, decidió no ocultarle la verdad. Le escribió una carta, en braille, por supuesto, contándole las barbaridades de Dufau y rogándole que no enviara ninguna misiva en puntos a sus alumnos o compañeros del Instituto.

A mí sí me puedes escribir porque, a pesar de Dufau y de sus maniobras, aquí seguimos utilizándolo y, junto con Hipólito y Gabriel, hemos secuestrado tres pautas que tenemos ocultas en casa de Roberto.

Cuando Luis leyó estas noticias, se encontraba tan débil que decidió que ya no tenía fuerzas para amargarse.

Otra vez su vida se bifurcaba... Quiero a mis alumnos, pensaba, quiero a mis amigos, he pasado más de treinta años en París, me he ganado la vida honradamente y a costa de grandes esfuerzos y hasta de mi salud. Pero aquí están mi madre, mis hermanos y este par de sobrinos que ahora, sin madre, necesitan más que nunca de mi cariño y dedicación.

—Tío Luis, ¡mira lo que he escrito! ¿Puedes leerlo?

El mayor de los niños se había empeñado en aprender a leer y escribir con los puntitos de su tío y ahora interrumpía sus cavilaciones trayendo entre sus manos una frase que decía: mi tío es muy bueno.

—Está muy bien. Pero te has equivocado en dos letras. Ven vamos a corregirlo.

Pese a la persistente tos, Luis se levantaba todos los días a las nueve. Por las mañanas les daba clase a sus sobrinos y les ayudaba en sus tareas escolares. Al atardecer salían al jardín trasero de la casa y jugaban o practicaban con los puntitos. Por las noches, no se acostaba sin antes escribir alguna carta. Se las enviaba todas a Foucault y éste, en secreto, las introducía en el Instituto donde eran sistemáticamente destruidas después de haber sido leídas, ¡tanto era el terror que todos sentían de ser descubiertos por Dufau!

Poco a poco fue recuperándose. Monique tenía sentimientos encontrados. Estaba contenta al ver que su hijo mejoraba, pero sentía que, en cuanto se viera con fuerzas, otra vez se marcharía a ese odioso París. Y no se equivocaba...

—Pero madre, es necesario que vuelva.

—Y es necesario que te quedes.

—Ojalá pudiera...

—Si no te quedas por mí, al menos quédate por los niños.

—Mamá, no me chantajees, por favor.

—Que no ¿que?

—Nada. Que no me hagas más difícil la partida.

—Tío, ¿cuándo vas a volver? —interrumpió el sobrino.

—Pronto. Cuando sean las vacaciones.

—¡Uf! Para eso falta mucho.

—No tanto. Ya verás que pronto llegan...

—Tío, yo te quiero —y la niña rodeó con sus bracitos la pierna derecha de Luis. —Y yo también, cariño —dijo el tío, mientras desordenaba los rubios cabellos. —¿Me traerás otra muñeca de París?

—Pues sí. Pero tengo que ir a comprarla. ¿Lo comprendes, verdad?

—En eso nos pasamos la vida, hijo —dijo Monique asomando su cabeza por la portezuela de la diligencia— tratando de comprender y pidiendo que se nos comprenda. Y un día nos morimos, sin comprender...

—No sé si hice bien en volver, Gabriel. Esto es un desastre.

—Pues sí. Lo único bueno en todos estos meses, es que te has repuesto bastante. De lo demás... más vale ni hablar.

—No me imaginé que Dufau llegara tan lejos.

—Te confieso que más de una vez nos preguntamos si contarte los detalles o no. Yo quería evitarte la sorpresa, pero los demás opinaron que era mejor que te cuidaras y no convenía darte disgustos. Que ya tenías bastante con la muerte de tu hermana.

—¿Y no se salvó ni un solo libro?

—Solamente los de música. Los demás los quemaron todos. Luis no sabía si ponerse a llorar o empezar a dar patadas a las paredes o ir al despacho de Dufau y propinarle un par de puñetazos.

—Luis, ¡jamás te vi en una actitud como ésta!... Por un lado me alegro, ¿sabes? Me has hecho recordar tu primera noche en el palomar. Me dan ganas de repetirte ¡Rubio, ya eres uno de los nuestros!

—¿Qué dices?

—Que me gusta verte enojado. ¡No te enojas nunca! Ahora siento que corre sangre por tus venas... Pero tranquilízate, por favor. No se gana nada con romperle la cara a Dufau. Nosotros hemos optado por utilizar otras tácticas.

—¿Cuáles?

—Ya te las explicaremos. Por ahora trata de serenarte y piensa que, dentro de todo lo malo, por lo menos hay algo bueno. El nuevo edificio marcha viento en popa y dentro de unos meses nos podremos mudar y estaremos en una casa decente. Estas paredes ya no dan para más.

Dufau no se dignó ni siquiera a saludar a Luis. Jamás salía del despacho y cuando deseaba hacerle saber algo, lo hacía a través del subdirector.

Luis había vuelto con su pauta y decidió desafiar la autoridad del director. Los primeros días no se separaba de ella ni para comer. La colocaba bajo la al mohada para dormir y, una vez enterado de las tácticas de las que hablara Gabriel, comenzó a trazar las suyas.

Fue a los Quinze—Vingts y con el rafígrafo escribió: Esta pauta pertenece a Luis Braille.

—Creo que debieras agregar: "Y quien la toque, morirá" —opinó Foucault, muerto de risa.

—No hace falta. Con esto alcanza.

—Ojalá no te equivoques.

Y no se equivocaba. Nadie se atrevió a sustraérsela. La dejaba sobre su mesa, bien a la vista y con el cartelito. Pero Dufau, ni se enteró.

Mientras tanto, los alumnos se negaban a demostrar sus conocimientos. No dejaban de estudiar, pero cuando se trataba de hacer pruebas, todos afirmaban que querían hacerlas por escrito y que con las letras de Haüy no podían escribir.

Dufau hizo imprimir libros con un nuevo sistema similar al de Haüy, pero al que se le habían introducido abreviaturas en un intento por agilizar la lectura. No obstante los comentarios de que si fueran libros en sistema braille, se leerían más rápido aún, no cesaban de oírse.

Hizo construir nuevas letras recortadas en madera, un poco más pequeñas esta vez, para que los alumnos escribieran los exámenes, colocándolas sobre guías de madera, como en los tiempos de Haüy. Pero éstos se pasaban horas para componer dos líneas haciéndose los tontos, equivocándose por gusto y tirando sin querer las guías cuando estaban a punto de finalizar. Y los comentarios de si estuviésemos escribiendo en braille, lo haríamos mejor y más rápido, no cesaban de oírse, día tras día.

Luis intentó varias veces hablar con Dufau, pero el director siempre estaba ocupado, o a punto de salir, o reunido, o le decían que no estaba cuando él sabía perfectamente que se encontraba en su despacho.

Entonces tomó una determinación. Se hizo traer todas las pautas que había en los Quinze— Vingts y las repartió entre sus alumnos diciéndoles:

—En mi clase escribiremos y leeremos con mi sistema. En el resto vosotros veréis lo que hacéis.

—No se preocupe, profe. Siempre estaremos escribiendo y leyendo música...

Esa era una de las tácticas. Dufau no pudo encontrar un sustituto eficaz para la escritura musical. Por ello, las partituras se salvaron de la hoguera y se continuaron utilizando, aunque estuvieran transcritas en sistema braille. Entonces, los ciegos, cada vez que leían algo escrito en braille, decían que era música aunque fueran las cartas que Luis enviaba desde el pueblo durante sus forzadas vacaciones.

Pero, al día siguiente, en todo el edificio no había una sola hoja de papel para escribir...

Luis, furioso, intentó ver al director, pero esta vez era verdad que se había marchado a visitar el nuevo edificio.

Entonces decidió que él mismo iría a comprar papel para su aula. Al llegar a la conserjería, Jaime le gritó:

—¡¡Eh, eh!! ¿A dónde cree que va? Estamos en horario de clase, ¡no se puede salir!

—¡Ah, sí! ¿Eh? Pues entérese de que yo no puedo dar clase por falta de papel. He decidido ir yo mismo a comprarlo. Y si usted no me permite salir, sepa que no tardaré ni un día en brindarle, al señor Dufau, un detalle completo de las comisiones que usted recibe de la sobrina de Nanette, por llevar parroquianos a su antro...

No hizo falta ni una palabra más. Luis tuvo inmediatamente libre la puerta de la calle y se dirigió a una papelería que quedaba enfrente de la iglesia. Allí se surtió de papel para una semana de clases, por lo menos, pagando la factura de su propio bolsillo.

—Dufau sigue sin recibirme y no sé a qué atribuirlo. Si está cediendo ante la evidencia o prepara una nueva embestida.

—Más bien creo en lo primero. Mira, yo pienso que no falta tanto para la inauguración del nuevo edificio y no le convienen las polémicas sobre el Instituto. Ya sabes que no está siendo muy bien mirado. Después de todo, ahora los chicos no avanzan tanto como antes.

—Pero es muy raro. Después de prohibirlo como lo hizo, ahora parece no importarle. Dime una cosa Frangois, y sé bien sincero, ¿tú sigues creyendo en mi sistema?

—¡Hombre! ¡Y que lo digas! ¿Acaso hay algo mejor?

—Por ahora no, que yo sepa, al menos.

—Tú confía en nosotros los ciegos, Luis, ya verás que un día nos saldremos con la nuestra.

—Eso es lo que me preocupa, Frangois. Hasta ahora, todos los métodos han sido inventados por videntes. Pues basta que un ciego invente algo para que se le niegue carta de ciudadanía. Ya ves lo que pasa con nuestro rafígrafo. Creo que es el invento del siglo; hasta los videntes podrían favorecerse de él. Después de todo ellos no tienen una máquina de escribir como ésta.

—Mira Luis, hace un siglo tampoco teníamos la oportunidad de educarnos. Se nos negaba todo. No éramos ni personas casi. Yo creo que poco a poco las cosas van cambiando. Es sólo cuestión de paciencia.

—Sí, pero ¡que Dios nos dé paciencia! Ya hace quince años, quince, que se dice pronto, que desarrollé este método y aún seguimos discutiendo que si sí o que si no.

Frangoise lanzó una sonora carcajada y, ante el asombro de Luis, comentó: —Parece que se han invertido los papeles. Yo pronuncio palabras que parecen tuyas y tú reaccionas como yo lo haría...

—Sí, con la diferencia de que a mí los arrebatos me duran poco...

A Luis no le faltaban motivos para sentirse inquieto y eufórico. El día anterior, uno de sus alumnos Jean Pierre Lamiraut llegó a la clase con un libro copiado, totalmente a mano, con su sistema de puntos en relieve. Se trataba de un vía crucis que le obsequiaban como reconocimiento a su trabajo como profesor.

—He decidido que pase a formar parte de la biblioteca. Pero antes le agregaré una hoja, en rafigrafía que diga: "Este libro pertenece a Luis Braille” y veremos si alguien se atreve a quemarlo...

—Dufau no se atreverá a volver a quemar libros, Luis. Mi denuncia ante la Academia causó su efecto.

—¿Qué denuncia?

—¡Ah! ¿No te has enterado? Fue mientras estabas en Coupvray...

—Cuenta, cuenta.

Foucault gozaba de cierto prestigio como científico e inventor, a pesar de su ceguera. Un prestigio que él hubiera deseado extender a su gran amigo Luis Braille. Por ello, cuando Dufau prohibió el sistema e hizo quemar todos los libros del Instituto, Frangois se dirigió a la Academia y a la Cámara de Diputados para denunciar los hechos. Se reavivó la polémica. Pero esta vez las mentes estaban ocupadas con la idea de que lo mejor que se podía hacer por los ciegos de la Institución Real era dotarles de un nuevo edificio y que el director sabía lo que hacía y nadie quiso comprometerse.

—Profe, no puedo decirle por qué, pero yo siento que no está lejos el día en que se levante la prohibición que pesa sobre su método —sostuvo Hipólito, una tarde, mientras volvían de la iglesia, después de ensayar la misa del domingo.

—La verdad es que ya me importa poco. Debemos aceptar la realidad de que el mundo nos discrimina. Y te aseguro una cosa: mientras haya ciegos que se valgan de mi método para leer y escribir, seguirá siendo útil y los que ven, que inventen algo mejor.

En el Instituto se vivían días de euforia. El nuevo edificio del Boulevard del Invalides estaba prácticamente finalizado y hasta se hablaba del día de la inauguración. Muchos profesores ya lo conocían. Pero Luis no. Jamás Dufau lo invitó a visitarlo. Luis esperaba tranquilo. Ya estaban próximas las vacaciones y si al volver, se habían mudado, mejor para él. Se habría ahorrado el trabajo. Le rogó a Hipólito que, en caso de mudanza, por favor, se ocupara de sus cosas y se fue a la cocina a ver a Nanette.

—Nanette, tengo que pedirte un favor. Le he prometido a mi sobrina que le llevaría una muñeca. Aquí tienes el dinero. ¿Me la puedes comprar, por favor?

—Claro que sí. No sé si será hoy o mañana, pero descuide que se la compraré. Me parece muy bien. Esos niños sin madre, ahora, necesitan mucho cariño.

—Eso es lo que trato de darles. ¿Sabes que el mayor ha aprendido a usar mi sistema? Me escribe cartas, que llegan con las de mi madre o mi hermana. Es un tesoro de chico. Y menos mal que el desgraciado de Rondeau las deja pasar. Dime una cosa, ¿quién es el gusano que le lee las que vienen en puntos? Porque me imagino que Rondeau no debe haberlo aprendido.

—Pues se equivoca usted. Conoce muy bien su método y las lee él sólito. Y no es tan desgraciado como usted cree. La verdad es que es un pobre diablo que tiene que darle de comer a cinco hijos...

—Hay otras maneras de ganarse la vida. Para mí ser censor es indigno de un ser humano.

—¡Bah!, como él mismo dice: "si no lo hago yo, otro lo hará en mi lugar". Alguien tiene que hacerlo ¿no?

—Mejor cambiemos de tema. ¿Has ido a ver el nuevo edificio?

—Sí. Es precioso. Grande, muy iluminado.

—¿Y qué tal la cocina? ¿Te vas a sentir como una reina, verdad?

—¡Ah! no... Ese gusto no lo tendré.

—¿Qué dices?

—Es que... es que yo... Hace tiempo que quería contárselo pero... pero no sé cómo...

—¿Qué pasa Nanette? ¡No me asustes!

—No. No tiene de qué asustarse. Simplemente, me retiro, tiro la esponja... arrojo el delantal, como quien dice...

—Pero... ¿Porqué?

—Porque ya estoy muy vieja, Luis. Allí hay que caminar mucho. Aquello es muy grande y mis huesos ya no aguantan.

—Y ¿de qué vas a vivir?

—Bueno, yo tengo mis ahorrillos y además a mi sobrina le va muy bien y ella está dispuesta a ayudarme.

—Hace mucho que no hablamos de tu sobrina, ¿qué es de su vida?

—Bueno, ¿sabe? hace tiempo que trabaja en casa de Madame Rochas...

—Sí que ha progresado la niña. Ahora es una puta con casa...

—No sea malo, Luis. Usted sabe que...

—Sí, sí, Nanette... ya sé que...

—Es que Madame Rochas también quiere retirarse y va a dejarle el negocio a mi sobrina.

—Vaya, vaya. La niña ha progresado más de lo que me podía sospechar.

—La verdad es que es muy buena.

—Muy buena puta, querrás decir.

—Luis, sin ofender ¡eh! Cada uno hace lo que puede... Después de todo...

—Después de todo, alguien tiene que hacerlo, como el trabajo de los censores ¿no?

—Basta, Luis. No quiero hablar más. Ya le traeré su muñeca.

—Perdóname, Nanette. Tú sabes cuánto te quiero, después de todo, como tú dices. La verdad es que te voy a echar mucho de menos.

—Bueno, espero que algún día irá a visitarme.

—Pero... no será en la casa de Madame Rochas ¿no?

—No. Yo sigo viviendo en mi casa ¿o qué se cree?

—Oye, ¿puedo pedirte otro favor?

—Claro, hombre. Venga ¿qué desea ahora?

—¿Puedo darte un abrazo?

—Luis... esas cosas no se preguntan...

La anciana y el profesor se fundieron en un abrazo aliñado con lágrimas y silencio.

Luis revisó todos sus papeles y acomodó sus pocas pertenencias, para marcharse a Coupvray durante las vacaciones, convencido de que, a la vuelta, estarían en el nuevo edificio que aún no conocía. Por ello, la noche antes de partir, cuando ya todo el mundo dormía, se paseó morosa y lentamente por los viejos, angostos y tortuosos pasillos, penetró en cada una de las antiguas aulas, recorrió los talleres, sobre todo el de la imprenta, deteniéndose ante cada una de sus máquinas, subió las carcomidas escaleras y se acostó con el alma hecha jirones...

Pero al volver del pueblo, aún no se habían mudado.

Algunos detalles de terminación impidieron el traslado que hubo de aplazarse hasta el mes de febrero.

También encontró novedades en el plantel del Instituto. Dufau había nombrado a Gaudet como subdirector.

—Me asombra que Dufau lo haya nombrado y que Gaudet haya aceptado —le comentó a Gabriel.

—Las cosas cambian, Luis —respondió su amigo.

—No me digas que tú también estás cambiando.

—No sé a qué te refieres, pero te aseguro que Gaudet no es mala persona y que Dufau ha tenido que cambiar y aceptar muchas cosas. Entró como un cosaco, quemando libros e imponiendo sus órdenes a diestro y siniestro, pero ya ves que hoy día, hasta usamos tu método sin que se entrometa en nuestros papeles. Creo que tu firmeza ha servido de mucho, aunque no te lo creas, ni hayas pensado en ello.

—No sé, no sé. A mí, nadie que esté cerca de Dufau me merece confianza.

Los hechos le iban a demostrar a Luis que estaba equivocado, pero aún lo ignoraba.

El mes que transcurrió entre su vuelta a París y el traslado al nuevo edificio, fue un tiempo de tristeza y zozobras para Luis Braille. Nadie parecía contar con él para nada. Hasta daba la impresión de que le ocultaban algo...

Una mañana Nanette le dijo:

—Vamos a ver cómo está su ropa. Tiene que estar guapo el día de la inauguración. Vendrá mucha gente importante.

—¿Y a quién le importa cómo estaré yo? No cumpliré ninguna función. Ni dirigiré el coro, ni tocaré el órgano, ni acompañaré a los visitantes... Estaré entre el público, como cualquier hijo de vecino.

—Pues a mí sí me importa ¿no le basta?

Luis, por toda respuesta, abrazó a Nanette y se fue a su habitación a buscar el uniforme del Instituto que vestiría el día de la inauguración.

Pero también ella se equivocaba, pues horas más tarde apareció un sastre para hacerle un uniforme nuevo.

Todos, alumnos y profesores estrenarían uniforme ese día.

—Menos mal que para algo se acordaron de mí —le comentó a Hipólito, durante la cena.

Me da igual, pensó antes de dormirse. Si nadie quiere contar conmigo para nada, me tiene sin cuidado. Aprovecho el tiempo en otra cosa. Ya que todo se ha alterado, y ni siquiera damos clase, me dedicaré a practicar lo más posible el órgano. Por suerte el cura no me impone ningún tipo de horarios...

—Nadie se acordará de ninguno de ellos, Luis —le dijo su padre en sueños, esa noche—. Sus nombres sólo figurarán en los libros de registro de la Institución. En cambio, el nombre de Luis Braille, perdurará durante siglos...

—¿Qué dices papá?

—Que tengas sólo un poco de paciencia. Dentro de unos días verás que tengo razón...—y Luis se despertó. Pasó las dos horas siguientes tratando de interpretar esas palabras que su padre le dijera en sueños.

Y llegó el gran día. Llegó, por fin el 22 de febrero de 1844. Contrariamente a lo que Luis había pensado, no hubo mudanza. El edificio fue totalmente equipado con nuevo mobiliario y nueva maquinaria y lo único que trasladarían, con posterioridad a la inauguración, serían los enseres personales y los libros de la biblioteca.

Gaudet, el subdirector, le dijo a Luis que, para que no se cansase demasiado, vendría un coche por él, media hora antes de la hora fijada para el acto solemne. Que estuviera tranquilo y no se preocupara por nada. Que todo estaba previsto.

Es cierto que estoy un poco enfermo, pensó Luis, pero parece que en lugar de tuberculosis, tuviera la peste o la lepra. Estoy sometido a un aislamiento total...

Como le comentara a Nanette, Luis se instaló entre el público como cualquier hijo de vecino. Dufau, Gaudet y los profesores recibían a los visitantes en la puerta del edificio y los invitaban a pasar a la primera planta, donde se encontraba el salón de actos, hasta allí los acompañaban una serie de colaboradores videntes que consiguió Dufau. Uno de ellos, también acompañó a Luis hasta uno de los asientos del salón. En el camino le preguntó si era alumno. Luis dudó un instante... ¿Le digo que soy profesor?, pensó. Soy un ex alumno, respondió.

—¡Ah!, ¿por eso viste el uniforme del Instituto? —preguntó el acompañante.

—Sí, por eso —respondió Luis.

Luis se moría de ganas de conocer el edificio. Trató de hacerse una composición del lugar mientras se dirigían al salón de actos. Notó que las escaleras eran anchas y cómodas, del mismo modo que los pasillos, que había bastante que caminar, como señaló Nanette... Todo olía a nuevo, a pintura, a cal, a ladrillos, a resinas de maderas, a barnices y tinta fresca...

La vida me ha enseñado a ser paciente —pensó Luis. Ya llegará el momento en que todos se marchen y tengamos tiempo para familiarizarnos con estos muros, estas ventanas y pasillos y llenemos con nuestra voz, nuestro aliento y nuestras ilusiones estas paredes que aún no tienen vida humana.

Luis se estaba preguntando dónde dormirían esa noche, cuando la voz del profesor de matemática, que cumplía las funciones de maestro de ceremonias, llegó fuerte y clara hasta sus oídos al tiempo que el silencio, como una ola, fue ahogando todo sonido en el repleto salón de actos.

A las presentaciones, siguió un número considerable de discursos, canciones, himnos de homenaje —sobre todo a Haüy—, lectura de poemas, ejecuciones musicales de los alumnos más aventajados y aplausos, continuos aplausos que Luis no acompañaba. Sus manos, descansaban, inmóviles, sobre sus rodillas; su tronco y su cabeza, inclinada un poco hacia adelante; y su rostro, en ningún momento, dejó traslucir sus pensamientos, ni sus emociones, ni su disgusto...

Ahora hablaba Gaudet, como subdirector y anunciaba, como último orador, al director, al señor Dufau, quien, "les hablará sobre una persona y un invento de un profesor, antes alumno de nuestra Institución, que nos llena de orgullo y satisfacción. Me refiero al señor Luis Braille, —Luis pegó un respingo en su asiento— profesor desde hace varios años, que ha inventado el sistema de puntos en relieve que, como han podido comprobar a través de las lecturas de poemas, realizadas por nuestros alumnos, les permite leer y sobre todo escribir, con seguridad y rapidez".

Luis no podía dar crédito a sus oídos. ¿Estaría despierto? ¿Se habría dormido, sin darse cuenta? Quizás era su padre el que le hablaba en sueños, con la voz del señor Gaudet...

Dufau tomó la palabra. Señaló que la importancia de ese nuevo edificio así como sus virtudes, ya habían sido destacadas por sus antecesores. Que él iba a centrar sus palabras, como lo anunciara el subdirector, en el señor Luis Braille y su maravillosa y eficaz invención.

Luis cruzó las manos y con la derecha, pellizcó la izquierda que había quedado debajo... Oyó murmullos y sintió las miradas que se posaban sobre su persona. Enderezó la espalda, alzó la cabeza, separando la barbilla de su pecho y quedó expectante, como si se fuera a pronunciar un fallo condenatorio en un juicio...

Dufau afirmó que, más que las palabras, los hechos demostrarían a todos los presentes las bondades de este sistema de puntos en relieve.

Llamó a un alumno —era uno de los mejores, es verdad— y le ordenó que se marchase del salón y no volviera hasta pasados diez minutos.

Luego llamó a un segundo alumno, le entregó una pauta, punzón y papel y pidió al público presente que le dictaran lo que quisiesen. Que no importaba, ni el tema, ni la extensión.

Pasados los diez minutos, volvió el alumno que había salido fuera y leyó con total seguridad y rapidez cuanto le había sido dictado a su compañero.

No conforme con esto, Dufau dijo que harían otra demostración. Esta vez giró sobre música y el procedimiento utilizado fue el mismo, aunque, el encargado de escribir los compases fue un profesor y el de leer, un alumno.

Luis estaba un poco nervioso. No por el resultado de las pruebas, ya que estaba seguro de que nada fallaría, sino por el cariz que estaban tomando los acontecimientos.

Después de las demostraciones, que fueron tres, ya que el público, complacido y curioso, solicitó otra referida a la matemática, Dufau mencionó al Capitán Charles Barbier de la Serré, a quien —señaló—, debemos la idea primigenia de este sistema, para luego, hablar ampliamente del mismo, de Luis y del resto de los alumnos y profesores del Instituto quienes, con su ejemplo y su perseverancia, lo habían convencido de las bondades del método.

Invitó a Luis a que subiera al escenario y un largo y sonoro aplauso acompañó sus pasos hasta que llegó junto a Dufau, quien le estrechó las manos e intentó abrazarlo, pero Luis, volviéndose rápidamente al público, y sin soltar el brazo de su acompañante, se limitó a dar las gracias y solicitó que lo acompañaran nuevamente a su sitio entre el público.

Dufau anunció, por último, que había escrito un folleto hablando de las virtudes del sistema y ofreció ejemplares del mismo a los presentes, que podían pasar por la biblioteca a recogerlos.

No faltaba más, pensó Luis. No podía dejar de lucirse él mismo. Por lo menos podía habérmelo dicho...

El acto llegó al final. Decenas de voces y de manos desconocidas se acercaron a estrechar las de Luis. Por fin Gabriel llegó junto a él y Luis pudo, ahora sí, darle gusto a sus brazos y a su pecho que ansiaban rodear y estrechar un cuerpo amigo...

Al principio se sentían como perdidos. Hubo que adaptar los oídos a los nuevos y espaciosos ambientes, al retumbar y el reverberar de los sonidos dentro de unos pasillos y unas aulas que parecían naves industriales. Pero les costó menos de lo que pensaron en un primer momento.

—Es que a lo bueno uno se acostumbra pronto —comentó Gabriel.

—Yo pensé que aquí nos helaríamos, pero la verdad es que hay menos humedad y el frío se sobrelleva mejor —opinó el profesor de matemática.

—Tengo la esperanza de que la salud del personal mejore —le dijo el doctor Allibert al señor Dufau.

—¿También la de Braille? —preguntó el director.

—Es probable... aunque... lamentablemente no conozco ningún caso que haya superado por completo esta enfermedad.

—Sólo un milagro, ¿verdad? —inquirió Dufau.

—Así es, mi amigo. Pero los milagros... ya se sabe.

Cuando el doctor se marchó, Dufau se quedó pensativo y se formuló el firme propósito de enmendar su actitud y ofrecerle a Luis las mejores condiciones de trabajo. Viviera lo que viviera, se merecía una atención especial y él no escatimaría esfuerzos por lograrlo. Por consejo del médico, se preocupó en mejorar el régimen alimenticio de Luis aun a costa de los demás y aunque pensaran que él hacía diferencias.

Desgraciadamente, Braille no era el único enfermo de tuberculosis. Era evidente que las malas condiciones en que vivieron en el antiguo edificio, mucho tenía que ver con la situación sanitaria del personal. Por ello decidió que todos los diagnosticados de esa enfermedad se les sirvieran las mejores comidas y, de esa manera, disimulaba los aparentes privilegios brindados a Luis.

—Me remuerde la conciencia —le confesó Dufau al subdirector—. Pensar que estuve años machacando a Luis. Pero no fue sólo mía la culpa, la verdad es que eran muchos los que se oponían al uso del sistema de puntos.

—Por lo menos algo bueno sí ha hecho. Recuerde que usted tuvo la valentía de reconocerlo públicamente, y en vida de Braille. Mucho peor hubiera sido que todo esto sucediera después de su muerte, como le ha pasado a más de uno.

—Sí, es verdad, pero no por ello se queda tranquila mi conciencia...

—Quizás el doctor se equivoca —insinuó Gaudet, buscando la forma de consolar al director.

Pero no. El doctor Allíbert no se equivocaba.

Dufau, con el apoyo incondicional de Gaudet, hizo todo lo posible por favorecer a Luis y hacerle la vida agradable y satisfactoria. Organizó varios conciertos en los que Luis pudo demostrar sus condiciones de organista. Lo llevó consigo a todas las charlas y conferencias a las que fue invitado a participar, y siempre lo ponía como ejemplo y lo invitaba a que hablara de su sistema de lectura y escritura para ciegos.

Gaudet, por su parte, planteó la necesidad de que se publicaran libros en braille para que se mejorara la enseñanza.

Nuevamente, la capacidad inventiva de Luis se hizo presente. Basado en la impresión con letras de molde, sugirió la idea de hacer una caja de tipografía en braille, mandando fundir las letras con sus puntos en relieve como los tipos móviles.

La idea era acertada, pero la fundición de los tipos en braille resultaba excesivamente costosa. Luis no se amilanó. Encontró la forma de abatir los costes, mandando fundir los caracteres todos iguales, con los seis puntos. Luego, punzón y martillo en mano, se dedicaron a eliminar puntos formando, de esa manera, cada una de las letras. Fue tanto el entusiasmo que producía la idea de imprimir libros que prácticamente todos colaboraron en la tarea: profesores, alumnos, monitores... y el propio Luis, por supuesto.

Así, a partir de 1847, comenzaron a ver la luz libros impresos en braille, dentro de los propios muros del Instituto y bajo el celoso control de Luis.

Aunque su salud dejaba bastante que desear, se ocupaba también de sus clases. Dufau le aconsejó bajar su ritmo de trabajo y dedicar más horas a sus propias ocupaciones. Fueron años realmente felices, a pesar de la tos y el dolor en el pecho.

El nombre de Braille comenzó a pronunciarse más allá de los muros de la Institución Real de Jóvenes Ciegos.

—Ése era uno de mis sueños —declaró Foucault—. Ahora sólo me falta conseguirte una novia y que te cases de una vez por todas.

—Déjame en paz con esas cosas, ¿quieres? Y escúchame, que lo que he venido a consultarte, nada tiene que ver con faldas.

—¿Qué pasa?

Pasaba que Luis estaba muy preocupado con la situación económica de uno de sus alumnos mayores a quien él consideraba, más que alumno, amigo.

—Y entonces he pensado que, como él es bastante buen músico, podría dejarle mi cargo de cuidador del órgano de la iglesia de San Nicolás.

—Pero... ¿tú estás loco? Él no tendrá dinero, pero a ti no te sobra. Piénsalo bien, Luis. Tú me has dicho que tienes que ayudar económicamente a tu familia y tu sueldo de profesor es muy pequeño, desde que te redujeron las horas.

—La situación de mi familia ha mejorado un poco, en estos momentos no están tan necesitados.

—Eres tan cabezón que me imagino que no habrá quien te disuada.

En efecto, Luis le dejó su cargo a su amigo y redujo sus gastos a la mitad.

—Por suerte no me he equivocado —le comentó al mismo Foucault, seis meses más tarde—. Ha resultado ser un buen profesional del órgano y el párroco también está contento con su comportamiento. Menos mal.

—En lugar de preocuparte tanto por los demás, sería bueno que te ocuparas un poco de ti mismo. No me gusta nada tu estado de salud...

—Oye, no me incordies. Ya sabes. Quizás algún día la ciencia encuentre la manera de combatir la tuberculosis. Por ahora, no tiene cura y tanto tú, como el doctor Allibert, como yo mismo, sabemos que dentro de no mucho tiempo, moriré.

Luis ya se había familiarizado con la idea de la muerte. No le gustaba hablar de ello, pero tanto le insistían en que debía cuidarse, cuando él sabía que nada podía hacerse, que de vez en cuando reaccionaba, como lo hizo esa tarde hablando con Foucault.

—Estoy harto... Todos decís lo mismo. Y ¿qué? ¿Acaso puede hacerse algo? —Creo que no —respondió Frangoise, bajando la voz.

Tampoco Luis se equivocaba. La enfermedad le fue minando sus ganas de vivir y en el año 1850 aceptó —¡qué más remedio!— el ofrecimiento del director. Pasaba largas horas escribiendo cartas a sus amigos y familiares y también mandaba transcribir libros a mano, que pagaba de su bolsillo y luego regalaba a antiguos alumnos o destinaba a la biblioteca.

—Dejarás por completo las clases. El día que no sientas deseos de bajar al comedor, nos lo dices y se te llevará la comida a tu habitación. No tendrás ninguna obligación para con el Instituto.

Durante ese año y el siguiente, se le concedieron licencias médicas para que se marchara a Coupvray en pos de sendas mejorías ciertamente eficaces pero pasajeras.

Llegaba al pueblo poco menos que hecho un estropajo y Monique, sacando fuerzas de flaquezas, lo mimaba y lo colmaba de atenciones, pensando siempre que esa vez, quizás fuera la última.

Le rogaba a Dios, con toda su alma, que se la llevara a ella a cambio de su hijo, y si eso no era posible, que por lo menos, no tuviera que pasar por la terrible desdicha de saberlo muerto.

Pero Luis, apenas se sentía mejor, volvía a París. Amaba a su madre, a sus sobrinos, a su pueblo, pero hacía más de treinta años ya que su vida giraba en torno a sus compañeros y alumnos y quería morir junto a ellos.

Se acercaba la Navidad del año 1851. El doctor Allibert fue muy franco con Luis y no le ocultó la verdad:

—Ya lo he consultado con el director. Y si lo deseas, puedes marcharte a tu pueblo.

Pero Luis se negó a hacerlo.

Eran las tres de la madrugada del 4 de diciembre de 1851. El doctor había sido llamado de urgencia y se las vio en figurillas para detener la terrible hemorragia que en ese momento aquejaba a Luis.

Una hora más tarde, cuando el derrame cesó y la tos le permitió hablar, Luis le solicitó al médico:

—Deseo que sea absolutamente sincero, doctor.

—Creo que siempre lo he sido, Luis.

—Sí, lo sé. Pero hasta este momento jamás le hice esta pregunta: ¿cuánto me queda de vida?

—Menos de un año, muchacho.

Esta vez el doctor no fue auténticamente sincero. Calculaba que sólo le quedarían uno o a lo sumo dos meses...

—Pero tampoco le he mentido —reconoció ante el director—. Menos de un año, pueden ser dos meses ¿no?

Dos días más tarde, tuvo una ligera mejoría y llamó a su amigo Hipólito para que le ayudase a poner en orden sus papeles.

—¿De verdad no quieres irte al pueblo? —insistió Hipólito tratando de cambiar de conversación.

—No. De ninguna manera. Quiero morirme en París.

—¿Lejos de tu familia?

—Todos vosotros sois también mi familia y prefiero ahorrarle a mi madre el bochornoso espectáculo de esta terrible tos y estas espantosas hemorragias.

—Pero en tu casa se asombrarán mucho de que no vayas para Navidad.

—Le he solicitado a Gaudet que les escriba. Yo ya no tengo fuerzas ni para usar el rafígrafo. Y le he pedido también que les eche una mentira piadosa. Algo así como que este año serán unas navidades especiales en el Instituto y debo quedarme.

Gaudet, efectivamente escribió a la familia Braille. Y envió dos cartas, en lugar de una. En la primera, cumplió con el pedido de Luis y la segunda la dirigió exclusivamente a su hermano, poniéndolo en antecedentes sobre su salud y comunicándole la opinión del médico. Tuvo una corazonada y le aconsejó que se trasladara a París para el día del cumpleaños de Luis. Podría alojarse unos días en el Instituto, dado que la mayoría de los alumnos se marcharían a sus casas.

Hubieron de pasar la Navidad en la enfermería... El veinticuatro por la mañana Luis se sentía bien y animado. Mientras Hipólito disponía la habitación para la cena, Luis le comentó que deseaba hacer su testamento.

—Conozco a un notario —respondió Hipólito—. Se llama Thiac y tiene su bufete en la plaza del Palacio de Justicia. Estoy seguro de que no tendrá ningún problema en hacerlo. Te prometo que el día 26, sin falta, lo tendrás aquí. Pero ahora ocupémonos de la Navidad ¿quieres?

Ninguno de los amigos de Luis se marchó a su casa ese año. Todos deseaban pasar la Navidad —seguramente la última— junto al genial inventor del sistema de puntos en relieve.

Pero a las cuatro de la tarde del día 24, Luis tuvo otra hemorragia y hubo de ser trasladado a la enfermería del Instituto. Allí permaneció hasta la mañana del día 26. Hacia las dos y media de la tarde, cumpliendo con la palabra dada, Hipólito apareció con el notario.

Luis, aunque muy debilitado, estaba totalmente lúcido y tranquilo en su cama.

Con la misma serenidad y dominio de sí mismo que lo caracterizó toda su vida, dictó su testamento, ante la presencia de sus amigos y testigos.

—Ha tenido una entereza y una generosidad que todos debiéramos tomar como modelo —le comentó Gaudet al director—. No se ha olvidado de nadie, ni siquiera de la iglesia de su pueblo.

Gaudet fue uno de los que firmó como testigo y estaba, realmente conmovido e impresionado por la capacidad de dominio de sí mismo que demostrara Luis, pese a la gravedad de su estado.

—Parecería ser que, ahora que sabe que ha hecho testamento, se hubiese tranquilizado. Los últimos días los está pasando bastante bien —le contó Gabriel al hermano de Luis cuando éste llegó al Instituto el 4 de enero, por la mañana.

Ese día era el cumpleaños de Luis. Cumplía cuarenta y tres años.

—Me dijo madre que cree que es la primera vez que cumples años fuera de casa. Me pareció justo venir a acompañarte.

—Seamos sinceros. Has venido porque sabes que voy a morir. Quizá no pase de mañana o pasado...

—¡Luis! ¡Por favor!

—Dejémonos de excusas, hermano. Yo ya he aceptado la idea de la muerte y no me asusta. Me gustaría encontrarme con nuestro padre y con María Celina. Además, creo que he llevado una vida digna y Dios ha sabido darme paz y serenidad.

—Luis, aún debes ayudar a criar a nuestros sobrinos...

—Lo sé. Pero espero dejarles un buen recuerdo... Ya no puedo más. Y, te repito, no me asusta. La única persona que me preocupa es madre... Me duele darle este disgusto. Ella lo sabe ¿verdad?

—Sí...

Se hizo un pesado silencio, roto al cabo de unos minutos por un ataque de tos...

Entró el doctor Allibert y aconsejó un nuevo traslado a la enfermería a lo que Luis, entrecortado por la tos dijo:

—Doctor... es lógico que se me conceda mi última voluntad ¿verdad?

—Sí, hijo, sí.

—Quiero morir en mi habitación...

—Está bien.

Y el doctor Allibert dispuso todo para que Luis fuese atendido en su propia habitación hasta el último minuto.

Cuando ambos hermanos volvieron a quedar solos, Luis dijo:

—Estábamos hablando de madre...

—Costó convencerla para que se quedara en el pueblo.

—Has hecho bien. Deseo ahorrarle este espectáculo. Pero me duele pensar en su disgusto.

—Dice que no va a sufrir muchos años. Que a ella también muy pronto, Dios la llamará junto a él.

—¡Pobre mamá!

Gabriel e Hipólito pidieron permiso para entrar. Luis manifestó que deseaba incorporarse un poco en la cama y que ojalá la tos le permitiera hablar un ratito, porque aún les faltaba tratar un tema importante, y que era una suerte que su hermano estuviese presente.

—Me alegro de que te sientas aliviado —señaló Gabriel—. Pero no creo que sea bueno que hables tanto.

—Hemos traído un libro para leer un rato —agregó Hipólito.

—Además, todos queremos estar junto a ti en este día.

—Después... después —dijo Luis—. Quiero hablar del funeral y del sepelio.

—Pero, ¿porqué? —protestó Gabriel.

—Porque hay que ser realistas y no dejarle problemas a los demás. Quiero que...

Las palabras de Luis fueron interrumpidas por unos breves golpecitos en la puerta de la habitación. Era Gaudet que venía a disponer todo para conmemorar el cumpleaños de Luis.

—Hay cosas que me preocupan más —afirmó Luis.

—¿Como qué? —quiso saber Gaudet.

—Mi funeral y mi sepelio —respondió Luis.

—¡Pero hombre!

—Sí. Quiero que no haya discusiones ni problemas. Quiero que me entierren en Coupvray...

—Lo lógico, es que continúes aquí en París, junto a nosotros —opinó Hipólito. —Pienso lo mismo —susurró Gabriel, en un hilo de voz.

—Pero yo quiero descansar junto a mi padre, junto a mi hermana, junto a mis abuelos y junto a mi madre, el día que ello suceda... Quiero recorrer por última vez el recodo del camino y recibir la sombra del árbol de mis recuerdos, quiero visitar la iglesia del pueblo antes de ser polvo...

La tos, no le permitió continuar, pero su voluntad estaba expresada y nadie se atrevería a contrariarla.

—Y ahora... marchaos todos... por favor... y que venga el sacerdote.

Mientras salían de la habitación, Gaudet se acercó al hermano de Luis:

—A nosotros nos gustaría celebrar un funeral en la capilla del Instituto y rendirle el homenaje que Luis se merece.

—Creo que es lo justo —respondió el hermano—. Pero usted comprenderá que también es justo respetar su voluntad en cuanto al sepelio.

—Por supuesto. Se respetará su voluntad.

Fue uno de los almuerzos más silenciosos que se hayan vivido dentro de los muros del Instituto. Pero por la tarde, Luis apareció increíblemente animado, pidió que se reunieran todos junto a su lecho y que, ya que Dios había dispuesto que se festejara su cuarenta y tres cumpleaños,

—¡Vamos a festejarlo!

Hasta su tos pareció hacer un alto en el camino y pasaron la tarde como si de una simple gripe se tratase.

El día 5 de enero, Luis bromeó con la idea de que los Reyes Magos le traerían de regalo, su completo restablecimiento.

El hermano recabó la opinión del doctor Allibert, sobre si debía quedarse o podría marcharse al pueblo.

—Lo siento mucho, señor Braille, pero estamos asistiendo a la mejoría de la muerte. Quizás no pase de hoy o mañana...

Tampoco esta vez, el médico, se equivocaba.

El día 6 de enero, por la mañana, Luis pidió que viniesen todos a su lado. Quería sentirse rodeado por sus seres queridos para que lo ayudasen a dar el paso supremo.

—Ahora que estamos todos, quiero que hablemos del sentido simbólico del oro, el incienso y la mirra, regalo supremo para quien llegó a la tierra acompañado por una estrella en el cielo.

Cada uno de los presentes dio rienda suelta a su imaginación, a sus sentimientos, a su dolor, a sus tristes alegrías del momento y a cada frase Luis repetía:

—¿Y qué más? —mientras que su rostro se iba alternativamente, iluminando y ensombreciéndose, según el aire llegase o no al resto de pulmones que le quedaba.

Sobre el mediodía señaló:

—Sólo me falta comulgar con vosotros. Que venga el sacerdote, por favor.

Gabriel fue el encargado de ir a buscar al cura y mientras se dirigían ambos a la habitación de Luis, le dijo:

—Padre, supongo que estaré cometiendo un pecado, pero es que me angustia pensar que Dios sea tan injusto de llevarse a un hombre como Luis, siendo aún tan joven...

—¿Quienes somos nosotros, los hombres, para oponernos a los designios de Dios, hijo mío?

—No lo sé, padre. Pero si Dios nos creó, será porque necesita de nosotros, digo yo. Y entonces ¿por qué no deja vivir unos años más a quien ha sido uno de sus más fieles corderos?

—Quizás porque ya ha cumplido su función en la tierra y lo necesita en el cielo. —¿Y acaso nosotros no lo necesitamos también?

—¿Y quién puede decir que sea más necesario aquí que allá? Creo que los hombres tenemos una actitud egoísta, Gabriel. No sabemos dónde estarán mejor las almas. Y lo que no nos resignamos a aceptar es que nuestro paso por el mundo tiene un final y que los que nos quedamos debemos, por un lado, aceptar la voluntad divina y, por otro, acostumbrarnos a vivir sin aquellos a quienes amamos.

—Me sigue pareciendo injusto, aún a riesgo de ser egoísta.

—Acaso la justicia divina no coincida con la justicia humana, Gabriel. Pero ello pasa porque los hombres no sabemos aceptar plenamente los designios de Dios.

—Y ¿qué? ¿Acaso se sufre menos pensando como usted?

—Ese es otro tema, Gabriel. Una cosa es la razón y otra muy distinta los sentimientos. Pero si Dios, en su gracia infinita, nos concedió ambas cosas, es para que aprendiéramos a equilibrarlas y a utilizarlas, una en beneficio de la otra. La razón debe gobernar al corazón en algunas ocasiones y, en otras, debe ser al revés...

—¿Y cómo sabremos cuándo?

—Ahí está la sabiduría, que cada hombre debe aprender y desarrollar a lo largo de su vida. Estamos llenos de defectos. Somos humanos, no divinos. Si Dios hubiese querido que fuésemos dioses, de otra forma nos hubiese concebido. Y si nos concibió como hombres y nos dio eso que se llama libre albedrío, es porque, en última instancia sabía que deberíamos ser capaces de ganarnos el cielo o condenarnos al infierno, según eligiésemos el bien o el mal. Y sobre todo si desarrollábamos la capacidad de resignación. Y creo, por fin, que Luis, en este sentido, nos está dejando una lección que debiéramos aprender hasta en sus detalles más mínimos.

Habían llegado junto a la puerta de la habitación. Penetraron como se penetra en un recinto sagrado. La situación no era para menos. Luis aún estaba lúcido y una paz conmovedora se dibujaba en su rostro.

Cuando Hipólito le comunicó: ya está aquí el padre Juan, el rostro de Luis se iluminó y sus labios esbozaron una sonrisa.

—Esta no será mi última cena, pero sí mi último almuerzo y me alegra que todos estéis aquí.

—Luis, por simple rutina debo preguntarte: ¿tienes algún pecado que confesar?

—No padre, ya hemos cumplido ayer con esa obligación.

—Es increíble lo bien que controla el tiempo —le comentó al oído, Gabriel a Hipólito.

Éste asintió con la cabeza, tragó saliva y se volvió hacia la puerta para ocultar las lágrimas. Para disimular dijo bajito:

—Creí que habían llamado...

—Después de comulgar —pidió Luis— quiero que recemos en silencio un Padrenuestro y luego, uno a uno me daréis un beso. ¿Qué hora es?

—Son las dos de la tarde —respondió el sacerdote que fue el único capaz de hablar en esos momentos.

Como si de un confesionario se tratase, uno a uno fueron acercándose a la cama, besaban la frente de Luis y recibían sus últimas palabras que siempre eran de cariño y amistad.

Cuando ya no pudo hablar, Luis seguía moviendo los labios y Gaudet, con una media voz quebrada, se lo hacía saber a los amigos ciegos que rodeaban al hombre ya agónico.

Cuando los labios dejaron de moverse, Gaudet le dijo al hermano:

—Señor Braille, deseo solicitarle autorización para tomarle una mascarilla mortuoria a Luis. No tenemos ningún retrato suyo y, la verdad, nos gustaría que las nuevas generaciones de alumnos conocieran el rostro de este hombre que tanto ha beneficiado a sus hermanos de infortunio.

El hermano de Luis asintió con un leve movimiento de cabeza, ya que las lágrimas le impedían articular palabra.

Hacia las cuatro de la tarde, el doctor Allibert indicó, simplemente:

—Debéis comprenderlo, ha comenzado la agonía...

La habitación se fue llenando de rezos, sollozos y suspiros y, a las siete y media de la tarde del 6 de enero de 1852, mientras afuera el cielo de París se desplomaba y el viento y la lluvia barrían las calles, Luis Braille, por fin, pudo cumplir con su voluntad de entregar su alma a Dios.

•• *^ Á. \**